

# NOTAS Y FRAGMENTOS INÉDITOS <sup>(1)</sup>

---

## MEMORIAS MINISTERIALES

Soy el hombre público de Sud-América que haya escrito mayor número de «Memorias», lo que demuestra á lo menos que mi carrera política ha sido lentamente elaborada en los servicios administrativos.

Las introduje en el régimen de la provincia de Buenos-Aires, siendo ministro de Gobierno, y cuando no existía ninguna prescripción que las hiciera obligatorias. Mis Memorias son siete, correspondientes á un número igual de años, durante los que he desempeñado ministerios en las administraciones públicas.

Pocos documentos de esta naturaleza han tenido mayor repercusión. — En el interior, mis memorias fueron acogidas con entusiasmo por la prensa de todas las opiniones. — En el exterior, han sido reproducidas en extensos fragmentos y recibidas con señalada benevolencia. — El Anuario de Appleton copiaba sus datos, al mismo

(1) Por un rasgo de confianza que agradecemos debidamente, la familia del doctor Avellaneda nos ha dado comunicación de varios cuadernos en que el ilustre escritor apuntaba casi día á día sus impresiones de la vida política y literaria, ó consignaba algunas veces la versión, ya esbozada, ya corregida, de escritos destinados á la publicidad. De ellos hemos extractado los presentes fragmentos, procurando mostrar facetas diversas de un talento de pensador y artista que, como se verá, á sus grandes cualidades por todos proclamadas, unía la menos conocida de la espontaneidad.

tiempo que los informes del Inspector de educación en Washington reproducían sus doctrinas para divulgarlas.

De estas memorias, la más leída y aplaudida fué la de 1872. El señor Estrada, secretario de la Legación Argentina de Santiago de Chile, me envió once artículos de la prensa de aquella República que encomiaban unánimemente estas memorias.

Mi opinión no es la del público. — La memoria de 1872 no tiene sino una importancia mediocre, y fué siempre para mí una muestra del escaso criterio público la boga que alcanzó.

El aplauso encuentra á veces ecos complacientes y se propaga acrecentándose en el camino.— *Vires acquirit eundo*, decía el poeta latino, hablando de la Fama.

Reputo cien veces más fundamentales por el pensamiento y más literarias por el estilo las dos primeras Memorias, que escribí como Ministro de Gobierno, y como Ministro de Instrucción Pública. Son las de 1866 y 1869; y ellas encierran la exposición capital de las ideas, á las que he consagrado mis tareas administrativas.

La Memoria de 1866 contiene un extenso resumen sobre las cuestiones que se relacionan con la educación popular; una exposición sobre el sistema municipal; y un plan para descentralizar la administración argentina y las funciones del Poder Judicial.

El señor Sarmiento reprodujo en «*Ambas Américas*» la parte relativa á la educación común: y el *Radical* de Vera-Cruz la tradujo del inglés para insertarla en sus páginas. La exposición del sistema municipal coordinaba por vez primera ideas incoherentes y vagas, como las que había sobre esta materia, anticipando otras que, manifestadas en discursos, aparecían nueve años después como una novedad en la Convención de Buenos-Aires.

Este trabajo y mi libro sobre «*Tierras*» fueron cuidadosamente redactados. — He escrito hasta diez veces algunas de sus páginas (1).

Mi primera Memoria en el ministerio de Instrucción Pública, fué

(1) Véase la página 338. Es la franca declaración del artista consciente, sin que ello obste á que fuera á las veces un periodista muy brillante y espontáneo.

para el público una revelación de la importancia de este ministerio, hasta entonces desconocida, y el programa de los trabajos que he ejecutado durante cinco años.

En mi primera Memoria se encuentra todo propuesto y proyectado, principiando por la formación de maestros y maestras, por la dotación de las escuelas con nuevos implementos, por la ley de subvenciones, por las bibliotecas populares, y concluyendo por los grandes establecimientos que revelan el culto de un país por las más altas ciencias.

Mi exposición apareció como una novedad sospechosa para los literalistas de la Constitución. Vino por fin á prevalecer después de haber sido consignada en muchas leyes, porque los pueblos vieron muy pronto las ventajas prácticas que se derivaban de la Constitución así entendida.

¿ Por qué no sería aceptable este sistema de confirmar una interpretación constitucional por los beneficios prácticos que ella trae para los pueblos ? ¿ No es el resultado la piedra de toque de las instituciones ? Ha dejado de discutirse, dice Seaman en su reciente libro sobre el Sistema americano, la constitucionalidad de los bancos nacionales, desde que la experiencia ha demostrado cómo sirven á desenvolver la prosperidad general del país.

Pero me desvíó de mi objeto. He querido escribir estas líneas al presentar mi última Memoria ministerial. — Sea cual fuere el resultado de la lucha electoral en que se halla comprometida mi candidatura, es casi seguro que no volveré á ser Ministro en los años que pueda aún destinar al servicio de mi país. (Buenos-Aires, mayo 12 de 1873).

#### UN MINISTRO

*Octubre 14 de 1880.* — ... El nombramiento de los ministros, es la prerrogativa más personal del Presidente. Nadie puede ni debe indicarle el nombre de sus consejeros; y es difícil acertar con los motivos que haya tenido para la designación de una ú otra persona.

En cuanto al público, su único derecho consiste en aguardar la conducta del ministro y en juzgarlo por sus actos. Este derecho es también completo.

La personalidad política que descuella en el nuevo gabinete es la del doctor Irigoyen, ministro de Relaciones exteriores.

El doctor Irigoyen tiene en su foja de servicios, el arreglo de la cuestión brasileroparaguaya. Este es un gran acto.

Los otros ministros son también conocidos en la vida política, aunque no hayan llegado á esta cima de la notoriedad.

Hay impaciencia. Se esperan estrepitosos actos de la administración que empezó ayer. Pero es difícil satisfacer esta necesidad de ruido, obrando seriamente.

El presidente y sus ministros necesitan penetrar en el conocimiento de los negocios. Sólo escapan á esta exigencia inevitable el doctor Irigoyen, que conoce perfectamente su departamento, y el ministro de Hacienda, que no ha sido sustituido por otro.

Pero el teatro de acción del ministro de Relaciones exteriores no está en la prensa ni en la plaza pública. Su acción es más reservada y casi siempre lenta.

El ministro de Relaciones exteriores es el único funcionario que no aprovecha á sabiendas de los inventos modernos.

No envía un telegrama, porque sería revelar demasiada impaciencia, y pone pacientemente su carta en el correo aunque no contenga sino una palabra. El ministro de Relaciones exteriores hace aguardar sus respuestas y las envía, calculando, no el horario de los ferrocarriles y vapores, sino el antiguo itinerario de las postas y las salidas de los buques de vela.

Talleyrand enfermo y ya próximo á la muerte, se hizo un día conducir al Instituto y, deteniéndose delante del tipo ideal, al que había procurado amoldarse en su vida, definió del modo siguiente al *Ministro de Relaciones exteriores*:

«Es necesario que un ministro de Relaciones exteriores se halle dotado de una especie de instinto, que lo tenga siempre advertido,

impidiéndole comprometerse, aunque no hayan ocurrido las manifestaciones de una discusión.

«Un ministro de Relaciones exteriores necesita mostrarse abierto, quedando impenetrable — ser reservado, con las formas del abandono — y ser hábil hasta en la elección de sus distracciones.

«Es necesario que su conversación sea simple, variada inesperada, siempre natural y algunas veces hasta ingenua.

«En una palabra, un ministro de Relaciones exteriores, no debe dejar de serlo ni aun por un momento, en las 24 horas del día.» (1).

El retrato fué trazado ahora cuarenta años por la mano del maestro, y aunque pueda decirse que las formas de la diplomacia actual han cambiado bajo la mano brusca de Bismarck ó el pulso nervioso de Disraeli, siempre quedará el cuadro, verdadero en su fondo.

El método *bismarquiano* no es sino un accidente, puesto que necesita por apoyo, una nación convertida en un ejército. Un canciller de *fierro* no puede ser sino una excepción.

Con la paz sólidamente establecida, con la transmisión de mando verificada dentro del orden constitucional, con la seguridad y con el aumento de crédito que es su expresión, con la ley de Capital ya dada en la conciencia pública, aunque falten algunos trámites: la atención, libre de los cuidados interiores, se vuelve al exterior y contempla los horizontes de la América.

Un gran cambio se está ya operando en las condiciones territoriales de esta parte de la América. Un pueblo es el usufructuario, porque es el vencedor.

¿Cuál será la suerte de Bolivia? La victoria que no dió derechos en el Paraguay, ¿los dará sobre las costas del Pacífico?

La geografía de tres repúblicas se va á modificar, y nosotros debemos preguntarnos si hemos de quedar extraños á los nuevos repartos.

Todo es grave empezando por la *acción* ó resolviéndose á la

(1) SAINTE-BEUVE, *Nouveaux Lundis*, XII, página 108. (Nota de la Dirección).

*inacción*. Mantenemos pendiente aún nuestra cuestión de límites con Chile mismo, y debemos también preguntarnos ¿hasta cuándo durará la expectativa ?

Es insensato buscar aventuras guerreras, pero la paz armada no puede constituir la situación normal de un pueblo, porque es un cáncer que devora.

Estas son las cuestiones que buscan hoy asiento en el Ministerio de Relaciones exteriores y se hallan felizmente encomendadas á un hombre tan hábil como prudente. Tiene muchas de las calidades descritas por el príncipe de la diplomacia francesa y tiene además lo que falta en aquel retrato *florentino*: — un patriotismo sincero y elevado.

#### SARMIENTO ESCRITOR

El nuevo libro de Sarmiento (1) removerá profundamente la atención pública. No son sus memorias políticas, pero es el resumen de su vida como pensador y como artista.

Repito la palabra como *artista*. Lo que en el *Facundo* es un cuadro, fuése modificando al través del tiempo en una teoría, pero en una teoría pensada y sentida al mismo tiempo. Entre el *Facundo* y el nuevo libro han corrido cuarenta años. ¡ Cuántos cambios en el autor, de cuántas vestiduras carnales se ha desprendido y por cuántas transformaciones ha pasado ! Pero leed las páginas del nuevo libro y notareis este rasgo persistente : el pintor. Sarmiento lo fué siempre : en la juventud, describiendo la pampa infinita y sus monótonos accidentes, viajando en la edad madura y lo es hoy mismo en la vejez.

No conozco del nuevo libro sino dos páginas, que son el comienzo de un capítulo titulado « El indio á caballo ». Es una nueva teoría para explicar hechos de nuestra historia y es al mismo tiempo un paisaje de vastos horizontes : — *un cuadro*. He sentido dos impre-

(1) *Conflictos y Armonías*. (Nota de la Dirección).

siones oyendo su lectura, la una moral, y era producida por un rayo de luz en mi espíritu; — y la otra física, como si me encontrara en medio de los campos, respirando aquel aire áspero y puro que da tono á los nervios, ó haciéndome dueño del espacio por el galope rápido de un caballo.

Encuentro al mismo hombre cuyos escritos exaltaron tanto mi espíritu en los días de mi juventud. — El autor no ha cambiado, es el mismo: pero se ha dado vuelta. — Joven, era un pintor que pensaba; anciano, es un pensador, que pinta. ¡Cuánta facilidad tiene su pluma para convertirse en pincel, pero ya grave, correcto y puro! (Noviembre de 1882).

EN MONTEVIDEO. — ENERO DE 1882

El verso puede ser declamado. La pompa de la imagen necesita ser representada por el gesto expresivo y el ritmo marcado por las modulaciones de la voz. Pero la prosa, y sobre todo la prosa improvisada, que ya brilla con la idea súbita, ó languidece bajo el pensamiento vulgar, debe ser *hablada*. De ahí el uso de la conferencia moderna.

El *discurso* ha quedado relegado para las ocasiones solemnes, para asociarse á las majestuosas ceremonias del Templo, para cuando se habla en presencia de la eternidad sobre el dintel de una tumba, ó en las grandes festividades patrias. El orador actual no declama, ni recita: habla simplemente. Estas mismas consideraciones son aplicables á la elocuencia parlamentaria. Ejemplo: Gladstone y Castelar. ¿Queréis conocer la verdadera palabra parlamentaria, la palabra que gobierna y rige, qué es opinión y qué es ley? Puede ser vehemente, apasionada, sarcástica ó amarga, dialéctica ó sutil, pero será siempre natural, naciendo del *asunto* y conteniéndose dentro de su cuadro. No la encontraréis jamás envuelta en el manto purpúreo de un rey asiático. Esta es la palabra de Gladstone, de Disraeli, de Cánovas del Castillo ó de Thiers.

Ahora bien — la palabra parlamentaria que no gobierna, es todo, menos natural y sencilla. ¿Queréis conocerla? Es pomposa y se anuncia con un redoble de tambor. Es cierto que suele recoger fácilmente aplausos entusiastas; pero es también cierto, que sólo es escuchada en aquellos pueblos donde las palabras ó las ideas van por un lado y los hechos por otro. El ejemplo es visible.

CARTA AL VICE-PRESIDENTE DOCTOR MARCOS PAZ (1)

Respetable señor y amigo:

Nuestro común amigo el doctor Alsina le ha llevado mi respuesta. Siento sin embargo la necesidad de dirigirme á Vd. porque reputaría incompleta la expresión de mi gratitud profunda, si no se la manifestara directamente. Estoy verdaderamente conmovido por la gran prueba de deferencia que acabo de recibir de Vd., y creo que mi vida política, por más que se prolongue, no obtendrá otro honor más señalado.

Pero, los mismos sentimientos de reconocimiento que su conducta para conmigo me inspiran, me han obligado á examinar, repléjandome en mi conciencia, si me encuentro en aptitud de corresponder á su benevolencia, prestando servicios reales en el elevado puesto á que Vd. me llama.

Mi respuesta, lo sabe Vd., ha sido negativa. Pienso que no puedo llevar al gobierno que Vd. preside, elemento alguno que robustezca su acción, y que dé mayor vigor á sus esfuerzos, para dominar la situación difícil en que la República se encuentra.

No poseo para ello la autoridad que da la opinión, ni la capacidad que sólo desenvuelve la práctica en la dirección de los negocios po-

(1) Aunque esta carta no lleva fecha puede asignársele la del 4 ó 5 de septiembre de 1867. El vice-presidente Paz (en ejercicio del P. E. por hallarse el presidente Mitre en el Paraguay, al frente del ejército aliado) al querer reprimir los ataques violentos de la *Nación* fué abandonado por sus ministros Elizalde y Costa. Las renunciaciones llevan la fecha del 3 de septiembre.

líticos, y de la que uno mismo no puede tener conciencia, sino cuando ha sido comprobada por los sucesos. Esta confianza en sus propias fuerzas es sin embargo necesaria, porque ella constituye el más firme apoyo del hombre político.

Me he dicho también que debe ser real y sincero este sentimiento de mi ineficacia, para servir útilmente en los momentos actuales al gobierno de mi país, cuando encuentro que se sobrepone en mi conciencia al brillo de una posición elevada, á los estímulos de la vanidad y al deseo ferviente y sincero de responder al llamamiento que Vd. me dirige.

Hace por otra parte menos penosa mi respuesta, y lo es sin embargo tanto, la consideración de que me hallo en un puesto público, y de que sustrayéndome al desempeño de funciones más elevadas, no rehusó, sin embargo, mis servicios al país. Cada uno se debe á su obra, grande ó pequeña, y el gobierno de que formo parte emprende, en estos momentos, trabajos de administración interior que serán de alguna utilidad para la Provincia, y á cuya ejecución quisiera, aunque débilmente, concurrir.

Vuelvo á presentarle el sentimiento de mi gratitud profunda, y agregándole que ella será indeleble,

Lo saludo con respeto y cariño.

N. AVELLANEDA

1868. — Nota. — El doctor Marcos Paz por intermedio del doctor Rawson me había ofrecido el ministerio de Relaciones exteriores, vacante por la salida del doctor Elizalde.

Á pesar de las instancias encarecidas de los doctores Paz y Rawson, rehusé con decisión el puesto que se me ofrecía. Lo aceptó el doctor Ugarte que se vió obligado á dejarlo muy pronto, quedando en una posición muy comprometida.

Esta evolución ministerial no tenía base, puesto que se producía en hostilidad al jefe del gobierno (presidente Mitre), y habría sido de todo punto temerario embarcarse en ella.

Esto que era para mi evidente, no lo era para el doctor Rawson, alma de todas estas peripecias. Por lo demás, creo haber dado en esta ocasión una muestra de tino político, no dejándome seducir por el brillo de una posición elevada, que ningún hombre público de mi país había alcanzado á mi edad. Tenía entonces 28 á 29 años.



*Pourquoi la révolution d'Angleterre a-t-elle réussi ?*

*L'esprit révolutionnaire est fatal aux grandeurs qu'il élève comme à celles qu'il renverse. La politique qui conserve les États est aussi la seule qui termine et fonde les révolutions (Guizot).*

(1) El general Mitre ha empleado esta misma frase y con el mismo designio en una alocución al Congreso.

El Presidente ha leído y releído este discurso, empapándose en su espíritu y en sus doctrinas. No hay palabra suya que no lleve su sello, desde dos años á esta parte.

Guizot fué mal ministro, porque su instinto y sus doctrinas de gobierno no se hallaban modificadas por el espíritu democrático, espíritu que él combatió y desconoció en su siglo y en la Francia, cuando era precisamente el espíritu del siglo y de la Francia.

El general Mitre, republicano gobernando una república, tribuno ayer no más envuelto en la corriente popular, está llamado á adoptar la doctrina de Guizot, sin temer el escollo en que se estrelló la doctrina del ministro de Luis Felipe, haciéndola servir no como un *instrumento de combate contra el espíritu democrático*, sino aplicándola como la política reparadora que cierra los períodos de anarquía,

(1) Estas palabras fueron escritas por mí en la última página del libro de Guizot, sobre Monck y la Restauración. No conservaba memoria de ellas. El otro día me dijeron que el doctor Rawson hacía en su conversación mención de este juicio sobre el general Mitre, citando el libro que tenía en su poder, y he creído conveniente tener una copia de la nota.

El doctor Rocha me ha facilitado el libro. (Buenos-Aires, junio 3 de 1873).

y que se escapa á la presión de los partidos, para fundar el gobierno bajo bases extensas, regulares y permanentes.

El general Mitre lo ha comprendido con su seguro instinto. Pienso que este instinto es el de un hombre de gobierno. (Marzo 11 de 1864).



Cuando se ha adoptado maduramente una resolución, es necesario dejar ya en paz el pensamiento.

Se puede y aún se debe modificar el plan primitivo y hasta abandonarlo, pero siguiendo la indicación de los hechos en los principios de la ejecución.

La meditación es buena. Pero la cavilación es enemiga de la meditación y es mala. El campo de las conjeturas es infinito, y á fuerza de quererlo prever todo se paraliza la acción.

Todo hombre con el dón de la acción política lleva consigo cierta intuición nacida del conjunto de las cosas, y que le enseña instintivamente cuáles son las eventualidades que debe prever y cuáles las que puede apartar. Á éstas, en este caso, debe las tres cuartas partes del éxito.

#### ALBERDI

Ha pensado y ha escrito. No ha tenido ingerencia personal en el Gobierno interior de su país, ni aun siquiera por medio de la vida activa del ciudadano. Así, sabe palabras — formas. Sabe el pensamiento mismo como concepción mental y lo maneja poderosamente. Pero no sabe su aplicación práctica. No sabe la realidad, en su forma trivial, tangible, por decirlo así.

Descubriría el sistema del mundo político, cual otro Kepler ó Copérnico, pero no sabría dirigir los debates de una Cámara en sus pormenores reglamentarios.

Nunca veo al doctor Alberdi, sin traer á la memoria estas pala-

bras con que el Padre Laurencio Altieri define al beato y y sutil Scott :

*Vir acutissimus in verbis, atque in rerum substantia, sed in materia plene ignarus.*

« Varón ingeniosísimo en las palabras y hasta para explicar la substancia ó esencia de las cosas, pero ignorante en todo lo que se refiere á la materia. »

#### MUERTE DE ALSINA

*28 de Diciembre de 1877.* — ...Pero estos no son sino rasguños sobre cicatrices muy hondas. Otros se mueren y llevan las suyas al otro mundo. Los acompañaría sin pena.

Adolfo Alsina está agonizando. Delira y da voces de mando á las fuerzas de la frontera. Esta mañana tuvo un momento lúcido y pronunció dos veces mi nombre, llamándome con palabras de cariño. No ha recordado á ninguna otra persona.

No se siembra siempre sobre la arena estéril ó sobre la onda salada. Cuando más se desespera de las afecciones humanas, la voz de un moribundo puede darnos aliento y esperanzas.

Estos son los misterios de la vida.

*Diciembre 29 de 1877.* — Adolfo Alsina ha muerto. Es el hombre político con quien me he encontrado más vinculado. Fuí su ministro en el gobierno de la provincia de Buenos-Aires, y él lo fué más tarde mío, cuando vine á desempeñar la presidencia de la República.



Me confirmo cada día en una observación de experiencia. No hay resolución política, por buena y acertada que sea, que no encuentre inconvenientes en su ejecución. Un día los inconvenientes hablan, todas las objeciones se levantan, y los débiles fracasan delante de las

resistencias : los fuertes saben sobreponerse á su poder, que muchas veces no es sino aparente.

Me refería á esto mismo, cuando en la carta al señor Leguizamón he dicho : « Que para todo plan político hay sus días de lluvia y de sol y que es necesario tener firmeza para dejar que los primeros pasen. »

#### UNA CONCLUSIÓN

(Para el discurso de la cuestión « San Juan » había escrito este final. Dije todo, menos lo preparado : había hablado tres horas, notaba la convicción en las fisonomías, la impresión profunda sobre el fondo de la cuestión, y no quise terminar por una digresión favorable tal vez al orador, pero perjudicial al asunto.)

...El general Mitre decía que cada letra, cada artículo de la Constitución es una reparación, respecto de los errores del pasado, puesto que los corrige — respecto de las faltas ó de los crímenes, puesto que los condena. — Yo digo más, y es que la vida de los hombres y la historia de los pueblos son una reparación perpetua, y por eso se ha llamado al tiempo el gran reparador. — Nosotros mismos, no debemos salir de estos debates, sin hacer dos actos de reparación sincera y con espíritu verdaderamente religioso.

Hemos estado discutiendo sobre el cadáver de un ajusticiado; y mis colegas, por una necesidad suprema de la defensa, han debido contar su vida marcada por crímenes, desde las asechanzas del saltador hasta la ferocidad del asesino. — Así hemos olvidado que la pena no se prolonga más allá de la muerte, que ella no se inflige á la memoria, y que los vivos debemos á lo menos ser piadosos, con el olvido, para con los muertos.

Nuestros adversarios, á la vez, queriendo dar á la memoria del infeliz ajusticiado esa vibración simpática de la compasión y de las lágrimas, han ido á modelar su retrato sobre un tipo fantástico, bello y sombrío como un personaje de Byron. — Pero ellos olvidaban que el retrato se calcaba en esta ocasión sobre un muerto, y que la

fantasía que se complacía en soltar sus cabellos, en iluminar sus ojos, en dilatar su frente, estaba profanando un cadáver.

Así, todos hemos delinquido delante de esta tumba; y le debemos una reparación solemne.

¡ Que ella sea la de contribuir con todos nuestros esfuerzos, para que no sea necesario levantar nuevos cadalsos que empapen en sangre esta tierra, que ya ha absorbido la de tres generaciones! La ignorancia y la miseria engendran el crimen. — Dictemos leyes, votemos recursos para difundir la educación hasta que ella sea como el aire y la luz: un dón universal; hasta que no exista una alma de hombre, en la que no haya penetrado un soplo de luz ó de verdad. — El bandolero vive del desierto y de la vida vagabunda. — Suprimiremos el desierto con sabias leyes, creando para el hombre errante una propiedad, una familia, un hogar, á fin de que bajo su influencia se aquieten y desaparezcan esas pasiones salvajes que necesitamos extirpar hoy con el fierro, porque sólo se complacen en la destrucción y en la sangre.

Debemos también otra reparación solemne, no ya á un muerto, sino al pueblo de la Nación que nos escucha.

El Congreso se ha reunido en la época más tranquila que haya alcanzado la República después de seis años. — El país espera leyes de paz, leyes de progreso, y nos hemos dado en espectáculo durante diez días discutiendo las leyes de la guerra, — en presencia del comercio que nos pide un puerto, en presencia de nuestros productos que quieren ser conocidos y expuestos, ante propios y extraños, para atraer, como un incentivo vivo, el trabajo y el capital que han de crear con ellos nuevas industrias; en presencia de los pueblos casi incomunicados por las distancias que nos piden á gritos vías de comunicación, para que circulen libremente los hombres, las mercaderías, las ideas, sintiéndose viva, activa y poderosa la comunidad de la vida nacional.

Abandonemos debates estériles, para contraer nuestra atención á las tareas á las que el país nos llama y en las que nos espera. En

este nuevo campo podemos discutir y disentiremos ; pero no penetraremos en él con la frente pálida para salir con el corazón airado, cuando veamos que, á pesar de la diversidad en las ideas, hay identidad en las miras, y que éstas son inspiradas por un mismo patriotismo.

¡Ah! somos Argentinos! y sobre este vasto campo de los intereses comunes, no repetiremos las palabras de la Tribuna antigua, diciendo á nuestros adversarios : « Entre vosotros y nosotros no hay nada de común, fuera de la tierra que nos sustenta ». En estos debates, por más ardientes que sean, no olvidaremos ni la fraternidad patriótica ni la caridad humana.

#### MINISTERIO, CANDIDATURA, EXCURSIÓN POR EL INTERIOR

En agosto dejé el Ministerio, después de tres días destinados á preparar esta resolución, para mí suprema. La adopté tomando inspiración en mi consejo y desoyendo la opinión de todos mis amigos, que era adversa. Ellos creían que mi separación del Ministerio comprometía mi candidatura presidencial.

Recordaré un incidente, porque es característico. No había puesto en posesión del secreto sino á José M. Carril, buscando el apoyo de un carácter firme, por si me era necesaria su intervención en los momentos decisivos. Carril aprobó mi plan. Sorprender y desconcertar á Tejedor por lo imprevisto; derrocar al general X. de un modo irrevocable y salir del Ministerio, no dejando ya sombras tras de mí.

Pasa la noche. Había ya redactado mi renuncia y la guardaba en el bolsillo, cuando se me anuncia la visita de Carril, que entra poseído de una agitación febril. « Vengo á implorarlo, me dice, porque nada haga ó lo demore. Me he abierto con Cortínez y éste opina que su renuncia todo lo compromete. Usted saldrá del Ministerio y el general X. quedará en su puesto. »

Le faltaba al pobre Carril su coraje habitual en aquella hora tan decisiva.

« Le había elegido para mi confidente, le respondí, buscando su sostén. Pero veo que flaquea. Mi resolución es irrevocable, y le pido que no me perturbe con sus reflexiones en estos momentos de la acción.

« ¿Es un duelo á muerte con el general X., que no encontrará nada vedado para su venganza ?

« Los dados pueden ser de fierro, pero son tirados. »

Con esto terminó el diálogo. Eran las siete de la noche de este día, y mi renuncia se hallaba aceptada y el general X. destituido. La confusión del ministro de Relaciones exteriores había llegado hasta tal punto que me pidió con instancia que no dejase el Ministerio.

Vine á casa. Imposible comer ; pero podía escribir para aquietar mis nervios bajo una presión cualquiera.

Escribí el artículo titulado *El Ministro candidato*, y algunas palabras sobre el doctor Burmeister y su libro de *La Creación* que han sido reproducidas por la prensa de toda la América.

Á las diez salí de mi escritorio y anuncié á mi señora y á algunos amigos que había dejado de ser ministro. (Agosto, 1873.)

#### EDUCACIÓN COMÚN

Tendamos á la educación común ; que sea éste el fin buscado por los esfuerzos de todos, ya se dirijan unos á la opinión, á fin de que se halle pronta á seguir sus vías, ya procuren los otros organizar en nuestras leyes los medios de acción que la preparan. Esta es la gran labor que solicita á pueblos y á gobiernos, ofreciéndoles el insigne honor de marcar sus actos de un día con el sello de una causa imperecedera.

¿Cuál necesidad puede presentarse más legítima y más grande

que la necesidad de desenvolver la aptitud moral é intelectual del pueblo ? Esta cuestión refunde en sí todas las cuestiones ; abarca la vida universal, y principia por ser humana, social y democrática, para colocarse como término último hasta en los pormenores del régimen administrativo. Se ha iniciado un noble programa. Quere-mos traer á la existencia de la provincia, las instituciones que hemos adoptado para la existencia de la nación ; tratamos de concluir con el centralismo absorbente. Está bien ; pero la descentralización con-tiene un acto doble. Hay una autoridad que se desprende de ciertas atribuciones ; pero hay también un municipio, una parroquia, un vecindario que las recoge : y para que la descentralización sea bené-fica, es necesario que éstos tengan la capacidad de las funciones que componen la vida colectiva.

El pensamiento de la educación popular es la preocupación del siglo, y se siente dentro de ella removerse como la incubación de destinos desconocidos. Es la humanidad que recoge sus fuerzas has-ta hoy latentes, extraviadas ó perdidas, para que tomen su parte de posesión en el señorío del mundo. Es el hombre que quiere levantarse con la plenitud de su sér. Son la inteligencia y la libertad que se buscan, para expandirse la una, para ilustrarse la otra, sosteniéndose ambas con recíproco apoyo, al mismo tiempo que bajo la influencia de su consorcio las sociedades se transforman. Toda alma de hombre re-clama su rayo de sol, su parte de luz ó de verdad, y los gobiernos y los pueblos se vuelven solícitos reconociendo el deber de dársela. ¿Cómo dársela ? La cuestión se halla planteada en todas partes ; en América y en Europa — y los pueblos nuevos, sin tradiciones de retroceso que los compriman, están llamados más que cualesquiera otros á aprovechar de esta labor universal.

Necesitamos incorporarnos al movimiento.

Hemos adoptado instituciones que no solamente reposan sobre el voto directo del pueblo, sino que tienden á entregarle la dirección de los negocios comunes en la nación, en la provincia, en el mu-nicipio, en la parroquia ; y no conseguiremos jamás encarnarla en

vida real, sino desarrollando la aptitud necesaria en el agente que debe aplicarlas. De lo contrario, nada habremos hecho sino girar de nuevo alrededor del eterno círculo que constituye la política sud-americana, ensayando siempre constituciones nominales ó efímeras, para caer en la realidad de pavorosos desastres. (1867)

#### NUEVOS RUMBOS

Una nueva luz se ha levantado en el horizonte de los pueblos sud-americanos, para dar un rumbo á sus esfuerzos, una norma á sus constituciones y una dirección á su política; y esta luz que irradia en ambos mundos, es el grande ejemplo del pueblo anglo-americano. Los hombres pensadores de la Europa han vuelto sus ojos para admirarla y tratar de explicar el misterio de sus prodigios; mientras que los pueblos sud-americanos la saludan desde la obscuridad que los envuelve, como un salvador y como una guía. Ella se ha aparecido, como un designio providencial, para ayudarlos á sobreponerse á este espectáculo anheloso que hoy ofrecen, debatiéndose bajo todo género de incertidumbres, ávidos de romper con el pasado, pero fluctuando, ya tímida, ya osadamente, de uno á otro ensayo, sin encontrar ni su personalidad política, ni la verdadera ruta de sus progresos industriales.

Las combinaciones europeas sobre el poder político, las teorías de sus escritores han producido en la América los mismos desengaños que en la Europa, con más las descomposiciones internas que sobrevienen en cada contraste á los pueblos nacientes, por la debilidad y la dispersión de los elementos que los constituyen. Cuéntase que Sieyès, llamado el legislador de Francia, contemplando la vanidad de su propia obra, como la de todos sus contemporáneos, dejaba caer en un momento de amargura esta frase que define admirablemente su época y su país: «Nuestras palabras son más sabias que nuestras ideas. Nada hemos hecho». Sentencia triste, pero que

debía quedar como el epitafio de tantas teorías de falso resplandor y de tantas soluciones abortadas, en el intento nunca conseguido de fundar la libertad.

Pero aún suponiendo la eficacia de las doctrinas europeas, que los resultados no han comprobado, ellas no podrían darnos sino el conocimiento de las instituciones políticas. La democracia, entretanto, más que una institución política, es una organización social; y ella requiere para encarnarse en los hechos, para desenvolverse y vivir, condiciones esenciales que abarcan bajo todas sus faces la vida de los pueblos. ¿Qué importa, por ejemplo, declarar la soberanía popular, estableciendo el sufragio universal, si se le entrega á muchedumbres bárbaras. caídas en la ignorancia ó esclavas de la miseria?

La democracia, para vivir, necesita animar la existencia entera de los pueblos, constituyendo á su imagen y para su apoyo todos los elementos sociales; y las naciones de la Europa no pueden en su presente ni en su pasado presentarnos en esta vía ejemplos dignos de imitación. La Europa no adolece de nuestros males, y nosotros no tenemos los de ella. Es necesario, por lo tanto, abjurando el culto de los viejos ídolos, poner la mirada sobre otros pueblos, sobre otros ejemplos, sobre otros horizontes. Es necesario buscar la democracia y el estudio de las condiciones que la sostienen, allí donde no es solamente una frase escrita, una institución bosquejada, sino donde vivifica con su aliento un pueblo todo, donde se ha hecho carne y sangre el dogma político, y la ley viva que preside á las relaciones de los hombres.

Llamados de este modo á estudiar tanto las instituciones como la vida del pueblo norte-americano, nuestra política económica, siguiendo la nueva dirección, será la que primero encuentre su vía definitiva. El punto de partida y el fin buscado aquí, realizado allá, son unos mismos. Fueron ellos pocos. Son hoy muchos. — Fueron pobres. Son ricos. — Sufrieron el mal del desierto; y han aprendido á sojuzgarlo. — ¿En qué otra parte podrían encontrar nuestras leyes económicas, modelos más seguros y mejor apropiados?

La legislación agraria debe sobre todo acudir dócil á esta fecunda escuela, la única que puede imprimirle un rumbo salvador. Imposible es decir cuáles serán las formas que en sus manifestaciones futuras asumirán nuestros fenómenos económicos, pero sabemos que el desierto es un mal y que necesitamos combatirlo. Sabemos también que el desierto sólo es vencido por la población y que para poblar es menester ocupar la tierra. ¿Cuál es el mejor sistema para impulsar la ocupación del suelo? Este es un problema práctico, del que las leyes anglo-americanas contienen la solución. Hagámoslas entonces nuestras, adoptándolas á lo menos en su espíritu y en sus tendencias, que lejos de contrariar las peculiaridades de nuestro modo de ser, son su consecuencia racional y necesaria.

No nos basta para realizar la democracia norte-americana el haber adoptado su constitución política.

La constitución no es más que una enseña, y después de proclamarla, réstanos todavía la laboriosa y secular tarea de formar las condiciones económicas, morales y sociales que la convertirán en un hecho vivo y duradero. De lo contrario, esta luz que hoy saludamos porque ha venido á levantar nuestras convicciones desfallecidas, mostrando el camino á los pueblos y á los hombres desorientados, en este caos informe de la política sud-americana, sólo habrá sido un fenómeno deslumbrador pero engañoso, como la aurora boreal que regocija al marino inexperto, extraviado por la tempestad en los mares del norte, porque piensa que le anuncia el nacimiento de un día que está distante y que él no verá amanecer.

#### SOBRE LA POESÍA

La más alta poesía no es á veces la expresión directa de nuestros sentimientos, sino una especie de ritmo ó de refrán que se les asocia.

La poesía obra entonces sobre nosotros casi como la música. Acompaña, *mece* el pensamiento.—No lo expresa.

Conozco que para la claridad es necesario un ejemplo. Lo busco en Enrique Heine y lo encuentro en este fragmento de uno de sus más bellos y tristes cantares (1) :

« El Runenstein se eleva en medio del mar, y yo me siento sobre una de sus rocas, entregado enteramente á mis sueños. El viento silba, las gaviotas gritan y las olas revientan en argentada espuma.

« He amado á más de una bella mujer.—He apretado la mano de más de un valiente camarada, y ¿dónde están?

« El viento silva, las gaviotas gritan, las olas revientan en blanca espuma. »

#### MEMORIAS

¿ Por qué los franceses escriben tantas « Memorias » ?—Chateaubriand ha respondido á la pregunta, atribuyendo el hecho á las dotes de sociabilidad y á las propensiones comunicativas que los distinguen. Merece aún leerse este capítulo del *Genio del Cristianismo* (2), pero la respuesta puede ser todavía más profunda.

No es escritor de Memorias el que quiere. Para escribir Memorias, se necesita un sentimiento profundo de la propia personalidad.

Es necesario referir á sí mismo todo lo que pasa, hacerse en una palabra el centro universal. Las memorias sólo interesan bajo esta condición.— Es el *yo* intensamente sentido, lo que liga los relatos de las épocas diversas y da unidad al libro. De lo contrario las páginas se desprenden por sí mismas, se dispersan.

Habrá exageración, infatuación pueril, pero esto es la condición del género.

De volúmenes enteros de « Memorias » sale así á veces una sola línea para la historia.—Victor Hugo acaba de escribir un libro de Memorias en su última obra : *Historia de un crimen*. Se trata del

(1) *Verschiedene*, 15 : *Es ragt ins Meer der Runenstein...* (Nota de la Dirección.)

(2) Es el capítulo IV del libro III. — Sainte-Beuve cita y comenta el pasaje (*Causeries du Lundi*, II, artículo sobre Mazarin) y es muy posible que Avellaneda lo tomara en su autor favorito. (Nota de la Dirección.)

2 de Diciembre. ¡Qué creación tan grande y tan múltiple la suya! Está el gran poeta en todas partes, y hasta los pavimentos de París iban á levantarse bajo su acción, cuando sobrevino una serie de circunstancias desgraciadas que paralizaron el movimiento...

¿Qué hay de realidad en todo esto? Tenemos la historia escrita de estos acontecimientos y podemos poner bajo su confrontación las Memorias del poeta. La historia sólo menciona una vez á Victor Hugo y dice: « En aquellos días se publicó el llamamiento al pueblo de Victor Hugo, que produjo una extraordinaria sensación ».

¿Lo demás es entonces falso? ¿Las quinientas páginas de los volúmenes deben desaparecer? No, precisamente.—Decir *falso* sería demasiado; pero sí exagerado, abultado, engrandecido fuera de toda medida por el sentimiento inmenso de la propia personalidad.

#### BECQUER

Había oído hablar de este poeta español y acabo de leer el pequeño volumen de sus poesías. Tiene además otro volumen en prosa, que pocos alcanzarán á leer, por lo subalterno del pensamiento y porque no hay en su estilo una sola calidad superior.

Hablemos de Becquer como poeta. Le falta intensidad y extensión, pero tiene en verdad instinto poético. No es un poeta, no, sino un ensayo, un intento ó un preludio de poeta, como el germen de una planta no es una flor.

En Becquer había sin duda el dón de la poesía; pero no ha tenido desenvolvimiento por el trabajo. No basta llevar consigo la fuente de agua viva. — Es necesario que se convierta en fuente de agua surgente á fin de que sean visibles y útiles para los demás.

Becquer no posee sino una nota, y Aristóteles lo ha dicho: no se puede hacer música con una sola nota.

## EL PADRE ESQUIÚ

He hablado con el Padre Rossi sobre la renuncia que el Padre Esquiú ha hecho del Obispado de Córdoba y de los términos en que ha redactado su renuncia.

Algunos han encontrado este escrito del Padre Esquiú afectado, transparentando una modestia falsa y con un estilo en que se hace visible la *compunción* y la violencia. El Padre habla efectivamente y á cada momento de su indignidad, de su falta de virtudes y confiesa no ser irreprensible, como deben ser los obispos según San Pablo.

El Padre Rossi me dijo : Esta apreciación es muy mundana y concebida bajo un criterio falso. Se olvida que la renuncia ha sido escrita en una celda por un monje místico y austero, y que reproduce, no por imitación artificial, sino por identidad de situaciones y de espíritu, el lenguaje de los Santos.

El Padre Esquiú es hijo de aquel simplísimo y santísimo Francisco de Asis, que hacía reír y llorar á sus *frailes*, cuando les decía : Soy el mayor de los pecadores, y mi alma no es sino un abismo de miserias.

La observación, sino exacta, es á lo menos digna de ser recogida.

El Padre Rossi conoce al Padre Esquiú y pone sobre toda comparación sus virtudes, su instrucción sólida y la suavidad afable y penetrante de su trato.

## PENSAMIENTOS

Ó se tiene una gran literatura como la francesa, inglesa ó alemana, ó es mejor no tener ninguna.

El caballero B... es un literato y no tiene dificultad en decir que está presente, cuando se le llama con esta denominación.

Ayer conversábamos algunos, y se hallaba el Sr. B... en el círculo. Hablábamos de los autores franceses, y el señor B... no conocía ni aún á los que pueden ser nombrados como clásicos entre los modernos. — No había leído, por ejemplo, los panfletos de Pablo Luis Courier; igual ignorancia sobre los escritores ingleses ó alemanes.

Esta falta de lecturas se traducía en la ausencia más completa de ciertas noticias. Así el señor B... no comprendía que la antigua *Sátira* ha sido reemplazada en las formas del pensamiento moderno por la *Crítica*, que no forma, las más veces, un género aparte de producción, sino que se asocia, por lo general, á los estudios históricos, científicos, sociales ó sociológicos para darles mayor relieve, perfeccionarlos ó completarlos.

¿Qué sabe el señor B... ?

El señor B... es un literato español y sabe la literatura española. Los españoles no tienen, por lo común, la curiosidad de las literaturas extrañas, porque estudian la propia.

Es mejor nuestra condición, me decía á mí mismo al hacer esta reflexión. Vivimos confesadamente del pensamiento ajeno. Nos asociamos al movimiento literario de todos los países, porque no tenemos por delante este embarazo de una literatura nacional envejecida y atrasada.



Se dice que lo propio del espíritu francés y de su literatura es *divulgar* y *vulgarizar*. Se habla del carácter cosmopolita de la literatura francesa y de la facultad de asimilación que la distingue.

Todo esto es cierto. — Pero sólo es cierto después de Voltaire.

Antes de Voltaire la literatura francesa era tan peculiar, revestía un carácter tan local, como la inglesa ó española. Voltaire puso en contacto intelectual la Inglaterra y la Francia — é hizo que ésta conociera á Pope, el clásico perfecto, y á Shakspeare el bárbaro.

Pero la facultad suprema de Voltaire consistía en su dón de *vulgarizador*. Éste se imprimió al idioma francés, á su literatura, y una aptitud de su espíritu quedó convertida en una calidad nacional.

No conozco otro ejemplo de una influencia semejante, ejercida por un hombre sobre el carácter de una nación, ó á lo menos sobre la tendencia de su literatura.

#### DOS COMPOSICIONES

Comparaba el otro día la composición de Espronceda, *El Sol*, con la del poeta cubano Heredia, que lleva el mismo nombre.

En Espronceda hay los detalles de una inspiración viva. En Heredia hay las manifestaciones de un sentimiento más profundo.

La composición del poeta español tiene pensamientos muy elevados, pero no es en su conjunto sino un fragmento retórico. Puede ser la obra de un brillante alumno que termina sus cursos de humanidades.

En la del poeta cubano no aparecen ni el retórico ni el alumno, pero se siente el hombre. El tono de la composición desmaya á veces, pero encierra mayor verdad que la del poeta español. No ha sido como la de éste, escrita en un gabinete de estudio, sino bajo los ardores de la zona tórrida.

Hay algo de simbólico en *El Sol* de Espronceda. Es para él «el padre de la luz». — Para Heredia es el astro que quema.

En el movimiento más levantado de la composición, el poeta español parece decir: — «Quiero al sol por su luz». El poeta cubano dice resueltamente: — «Lo quiero por su calor que enciende las pasiones y fecunda el universo». — Espronceda dice admirablemente, dirigiéndose al sol:

Vívido lanzas de tu frente el día  
 . . . . .  
 Y te elevas triunfante  
 Corona de los orbes centellante...

Pero, cuánto sentimiento hay en este grito de Heredia :

Dadme, clamaba, dadme un sol de fuego,  
Y bajo el agua, sombras y verdura,  
Y me véreis feliz!...

Los dos poetas empiezan sus himnos entonando una nota altísima. Pero Heredia exclama: *Yo te amo, oh! sol!*—y Espronceda; *Párate, oh sol! yo te saludo....*

Este primer movimiento es lírico, brillante en ambos poetas, y á pesar de su aparente identidad, es también característico para cada una de sus composiciones.

#### TRES POETAS ARGENTINOS

En los últimos cuarenta años, la República ha producido tres poetas notables. Es necesario apenas nombrarlos. —Estos poetas son: Echeverría, de 1835 á 1850; y Gutiérrez y Andrade que pertenecen á una generación posterior.

*Echeverría.*—Hay un verdadero contraste entre Echeverría y sus dos sucesores en el orden del genio poético y de la gloria que los versos producen.

Echeverría tiene un gran talento poético: anima, crea y posee la facultad inventiva de producir ideas en presencia de cualquier objeto.

Echeverría siente la naturaleza, no tanto en sus aspectos exteriores como en sus relaciones con el espíritu. De ahí la novedad de la *Cautiva* y de las poesías de esa época que se hallan impregnadas de su genio inspirador. Es la naturaleza argentina, no precisamente vista, sino sentida por vez primera y traducida en cuadros que van del interior al exterior.

Pero el talento de Echeverría es estético; no es oratorio. Su poesía es íntimamente bella, como un alma que se recoge á pensar.

Ha nacido bajo las alas silenciosas de aquel Angel que Klopstock coloca en los confines del cielo y de la tierra, abismado en meditaciones eternas, que los ruidos subidos de la tierra ni las armonías que bajan de las esferas alcanzan á turbar.

Echeverría tiene el sentimiento íntimo, la percepción poderosa, la idea variada y profunda, pero le faltan las dotes de la manifestación exterior. Su producción es angustiosa. Le cuesta arrancar la voz del pecho. Gobierna mal la palabra y sufre el embarazo del metro y de la rima.

La *Cautiva* está escrita en el octosílabo de callejuela, no por simplicidad, sino por esterilidad de expresión. Echeverría es por fin un pensador más que un poeta; pero es el americano que haya dejado tras sí una obra poética más extensa, á pesar de la brevedad de su vida, de las dificultades de su producción, de las angustias de su patriotismo y de los tiempos de *bronce* que le tocaron en suerte.

*Andrade.* — En Andrade sobran las imágenes, faltan las ideas. Es un poeta externo. No es un poeta interno, y mucho menos un poeta íntimo. Es un pincel, el más rico tal vez en colorido, que haya producido la América: no es un alma... Me equivoco: es á veces un alma, pero no para sentirse y oirse pensar en sí misma, sino para transparentar en frases inimitables los estados del espíritu que los objetos exteriores suscitan. Nada es casual en la producción poética, cuando es espontánea y obedece solamente al capricho ó á la inspiración. — Andrade no ha escrito *versos de amor*.

*Gutiérrez.* — Gutiérrez no se halla dotado igualmente de un talento poético extenso, en tanto se entiende éste como la facultad de penetrar el sentido de las cosas más diversas y de arrancarles ideas nuevas. La poesía de Gutiérrez no tiene sino una nota íntima, profunda, dolorosa; su verso es un gemido! Y qué gemido! Sólo en los labios de Byron hemos escuchado otros iguales. Pero su poesía no piensa, no inventa, no crea. Es siempre la misma, aunque no

fatigue en ocasiones á pesar de su repetición, por su intensidad profunda. Todos sus cantos son un canto. Su verso está admirablemente modulado para dar expresión á un grito de dolor.

Ricardo Gutiérrez tiene su antecesor en la poesía, y es Tomas Gray, el autor del *Cementerio de Campaña*, composición única, eterna, y que pertenece hoy á todas las literaturas. Ciertos individuos llevan consigo un caudal poético, intenso y profundo, pero estrecho, y cuando se le ha abierto paso en un canto, la nota vibra inmortal en el mundo. Pero el poeta ha pasado, y sólo le queda la triste tarea de sobrevivirse á sí mismo.

Ricardo Gutiérrez ha abordado hoy el tema filosófico, cristiano ó humanitario, para dar variedad á su canto. ¡Qué riqueza de rimas, qué esterilidad de ideas! Aquel verso sonoro y doliente ¡cómo se presta mal á recibir las inspiraciones del lugar común ó de la filosofía convencional !!!

NICOLÁS AVELLANEDA.

# LENGUAS AMERICANAS

---

## EL TUPY EGIPCIACO

### I

El Tupy, clasificado por algunos filólogos como lengua aparte, y que además de otros nombres (Tamoyo, Tupinamba, etc.), se llama por antonomasia en el Brasil *A lingua geral*, por ser la generalmente hablada por sus indígenas; es el mismo idioma guaraní, cuyo imperio verbal, con sus varios dialectos, se extiende desde el 23° de latitud norte hasta el 37° de latitud sud, en toda la parte oriental de la América meridional, á lo largo de su litoral marítimo y de sus grandes ríos; y que al tiempo del descubrimiento se hablaba no sólo en el Brasil, sino también en parte de las Guayanas, en el Paraguay, las antiguas Misiones jesuíticas del Paraná y del Uruguay, en Corrientes y también en el Chaco, llegando en sus migraciones hasta el pie de los Andes bolivianos. Su marcha parece haber seguido el camino de norte á sur, asignándosele por cuna, ya las islas de las Antillas, ya la Florida, ó el Orinoco en sus nacientes ó sus desembocaduras en el mar, circunscribiéndolo algunos entre el Amazonas y el Paraná, y dándole otros por centro primitivo el Brasil mismo, en lo que quizás no van del todo descaminados.

El Guaraní, que lleva impreso en sí el sello auténtico de una lengua autóctona, escrita en la geografía del vasto territorio que abraza, poblado por más de cuatrocientas tribus salvajes de un común origen, sin relaciones políticas ni sociales entre sí, y sin más vínculo que el de la lengua misma, es un fenómeno que constituye por su extensión y unidad, por la estructura de sus palabras y por sus formas gramaticales, combinadas con su vocabulario analítico, el tipo más característico de las lenguas polisintéticas de la gran familia americana á que pertenece. Á esto había debido el escapar, por excepción, á las lucubraciones sistemáticas de la escuela filológica, que ha pretendido asignar á los americanos y á sus lenguas y dialectos indígenas, orígenes remotos y extraños á su naturaleza intrínseca.

Todas las cuestiones hipotéticas que se relacionan con el origen de los americanos, han sido tratadas sistemáticamente bajo diversos puntos de vista, unas veces sobre bases científicas ó de hecho; otras, obedeciendo á ideas preconcebidas, con más ó menos fundamento, ó bien á verdaderas manías, y no pocas, con pruebas tan inconsistentes como extravagantes. La única cuestión que no ha sido tratada, es la sentada espiritualmente por Voltaire: « ¿ De dónde provienen las moscas que se encontraron en el Nuevo Mundo? » Si en América, como en cualquier otra parte del globo, pudieran nacer moscas como las ya conocidas en el antiguo continente, ¿ por qué no también hombres? Y siendo éstos distintos de todas las razas conocidas ¿ por qué no pudieron encontrar los medios apropiados para entenderse verbalmente entre sí? Y si se tiene en cuenta que las lenguas americanas, por su vocabulario, y principalmente por su sistema gramatical, así como por su estructura, son orgánicamente distintas de las conocidas, ¿ por qué no admitir que pudieran tener el mismo origen de las moscas?

Respecto de las lenguas americanas, se ha buscado su origen en el Indostan, el Japón, la China, la Escitia, la Siberia, Noruega, Irlanda y Escocia, Grecia y Roma, haciéndolas derivar así del

ariaco como del hebreo, y hasta de la confusión de las lenguas en la torre de Babel, viniendo en línea recta de Noé...

Algunos habían creído encontrar similitud entre la escultura prehistórica de los americanos y la de los egipcios, y analogías aisladas en sus vocabularios respectivos; pero ninguno ha sostenido la tesis de que los americanos fuesen descendientes directos de los egipcios. Demostrar esto por medio de la filología, tal es el objeto de un libro muerto al nacer, que no ha tenido los honores fúnebres de la crítica. Hay que esparcir un puñado de polvo sobre él, para que no vague como sombra errante en el panteón de la lingüística americana, á la manera de los muertos insepultos de la mitología, pues no falta quien todavía lo crea substancial.

## II

El libro en cuestión, obra de uno de los más notables historiadores nacionales del Brasil, lleva el título siguiente:

*L'origine Touranienne des Américains Tupis-Caribes et des anciens Egyptiens, montrée principalement par la philologie comparée: et notice d'une émigration en Amérique effectuée à travers l'Atlantique plusieurs siècles avant notre ère. — Vienne d'Autriche, 1876.*

Es un volumen en 8º, con XVII más 154 páginas, y 2 fojas sin foliar al fin. La portada no lleva el nombre del autor, pero se declara en el prefacio, firmado por el *Baron de Porto Seguro*, título de nobleza que le fué dado en premio de sus trabajos históricos sobre el Brasil, siendo más generalmente conocido con el nombre de Adolfo Varnhagen.

Según su autor, después de buscar el origen del idioma Tupy, ó sea el Guaraní, en el griego y el latín, en el hebreo y el fenicio, en el siríaco y el arameo, y finalmente en el árabe, sin encontrarlo en ninguna de esas lenguas, lo buscó en el asyrio, ó babilónico an-

tiguo; y remontando más allá, en el accadio, en el zenda, el iránico arménico, el ariaco ó sanscrito; hasta que últimamente lo halló en una lengua de la antigua familia egipcia, hablada por una raza turaniana, guiándose á la vez en sus investigaciones por las luces que le suministraron, el basco, el húngaro, el turco y los dialectos fineses.

Esta investigación políglota, emprendida á tientas con un propósito preconcebido, debía conducir naturalmente al autor á la confusión de las lenguas que sucesivamente comparaba, hasta llegar á formarse una convicción convencional, según un sistema de analogías y etimologías arbitrarias, sin base histórica ni científica. — « Los resultados, — dice él mismo, — me parecen, empero, tan extraordinarios, que yo mismo estoy espantado y experimento casi vértigo. » Bajo la influencia de esta especie de delirio, como el del titán del Dante que hablaba una lengua que él mismo ni nadie entendía, se apresuró á comunicar al mundo científico su gran descubrimiento, « dando el grito de alerta », — según sus propias palabras, — « á los americanistas y á los orientalistas ».

Su punto de partida etnológico es que la raza guaraníca, — que él encierra de norte á sud en el territorio americano, desde el Amazonas hasta el Río de la Plata — era, según la casi identidad de su lengua, perteneciente á la raza caribe, que se había extendido en un tiempo inmemorial, desde las Antillas hasta Honduras y la Florida y aun hasta el golfo Californiano, y al norte del imperio de Anahuac.

Su argumento fundamental al respecto es que los Guaranís se denominaban á sí mismos *Carys* ó *Cari-os* (descendientes de los *Carys*) de donde vendría la palabra *Carioca*, aplicada á los que habitaban el Brasil central, y que daban al hombre europeo el nombre de *Caray*, recordando tal vez su antiguo origen.

Sobre estas bases, sin base sólida, se establece la comparación filológica, que se reduce á vocablos ó sonidos más ó menos análogos, y á inducciones y deducciones más ó menos arbitrarias, traídas al

acaso y sin método, y que carecen en absoluto de la única prueba que podría darles algún valor relativo, que es su encadenamiento histórico y geográfico, punto en que han escollado los teorizadores sistemáticos de esta escuela de analogías y etimologías aisladas y dudosas de los vocabularios comparados, haciendo caso omiso del sistema gramatical.

Sus demostraciones lexicológicas en el sentido de su tesis, no resisten al examen más elemental. Examinaremos, como ejemplos, las principales en el orden en que están expuestas.

Empezando por la astronomía, observa que los egipcios designaban el sol, la luna y las estrellas, con las palabras, *rha, ioth* y *siu*, y establece en consecuencia: « De un origen semejante, han venido á lo que nos parece, las palabras Tupys: *ara* (día); *ara-cy* (sol) ó sea « la madre del día »; así como *ia-cy*, la madre de los frutos. Esta última palabra recuerda bastante el de *Isis*, aplicada también á la luna, considerada como madre de los frutos. En cuanto á las estrellas, los Tupys las nombraban *fuegos de la luna (ia-cy-tâtâ)*, y aunque estemos lejos de pensar que la sílaba (*cy*) venga de la palabra egipcia *siu*, es necesario no perder de vista, que los mismos egipcios daban á la estrella de Siro el nombre de *Isis Thoth* ».

Llama la atención en esta inconexa y vacilante demostración, en puntos tan fundamentales, el olvido de las raíces que dan la clave de la composición elemental de las palabras, y la falta de estudio de las partículas que en el guaraní las contienen, y que constituyen todo el artificio de su lengua, más acentuadamente que en ninguna otra de la familia polisintética americana.

Como se dijo antes, los Tupys y Guaranís hablan casi idéntica lengua, con ligeras diferencias de pronunciación, como se ve, por ejemplo, en su nomenclatura astronómica.

	Sol	Luna	Estrellas
En Tupy .....	<i>Coaraci</i>	<i>Iaci</i>	<i>Iacitâtâ</i>
En Guaraní .....	<i>Quaraci</i>	<i>Jaci</i>	<i>Jaciâtâ</i>

Esta nomenclatura tiene por núcleo, como se nota á primera vista,

dos raíces principales : *ara* y *cia*, que han pasado desapercibidas para el teorizador egipciaco, imbuido en los misterios de Isis. La palabra sol (*quaraci*), que es la más complicada, en que interviene otra raíz (*quá*), y de que provienen las demás, representa en el guaraní una asociación de ideas ó evocación de cosas, que en su conjunto significan el objeto que se quiere expresar. Así *quarasi*, descompuesto en sus partículas radicales, se reduce á tres elementos. *Qua* es en general, hoyo, agujero, pozo, etc., *verenda muliebra*, y, agregándole la partícula significativa (*i* = agua) es pozo de agua ó manantial. *Ara*, es raíz que representa la noción de tiempo en todas sus variedades y acepciones, sea como transcurso de tiempo pasado ó futuro, sea en sus relaciones con la climatología, significando especialmente *día*, y por extensión, hora, edad, vez, luz ó luz del día ó sea claridad, y hasta mundo, según los guaranistas. *Ci* es madre natural y razón de la cosa de que se habla. De manera que, sincopando la primera (*a*), *qu(a)-ara-ci*, quiere decir metafóricamente, tal como los salvajes comprendían la síntesis del sol : « pozo (de agua que mana), día (ó luz del día), y madre (de que proviene la luz del día), ó sea, « manantial del día, ó de la luz del día ». En cuanto á la palabra luna (*i-a-ci*), la filiación es más obscura, pero puede explicarse por analogía. La partícula (*i*) en principio de dicción, es relativo de bueno ó de bondad. *A*, es lo mismo que *ara*, que representado por su letra inicial, significa día, tiempo y claridad. De manera que es la misma palabra anterior sincopada, en que prevalece la raíz (*ci*), indicando una luz menor y buena. También significa mes. Á su vez, las estrellas provienen etimológicamente de la luna, como la luna del sol. Así, pues, (*i-a (ra)-ci*, unido á *tatá*, que es fuego en todos sus accidentes, ó sea, *yacitátá*, significa, « fuegos ó chispas de la luna », es decir, las estrellas.

Como complemento de esta parte, pondremos la serie de palabras que expresan los fenómenos meteorológicos expresados de una manera figurada, combinándose las raíces significativas con los sonidos onomatopéyicos :

*Amá*, es en general, círculo y cerco, y todo lo que es redondo. Así, el círculo del sol se llama *cuaraci-amá*. En particular, quiere decir «nube de aguas», porque es redondeada. Á la idea de lluvia, se asociaban los demás fenómenos meteorológicos.

*Amâ-berá*, compuesto de nube de lluvia, y *berá*, brillo (resplandor), es el relámpago.

*Amâ-zunú*, es el trueno, compuesto de la nube de aguas, y *zunú* sonido onomatopéyico que indica ruido.

*Tatâ-bebé*, se compone de fuego y vuelo, fuego que vuela, ó sea exhalación celeste.

*Ibi-tu*, viento, se compone de (*ibi*) tierra, y (*tu*) golpe, en el sentido de aporrear.

¿Qué tiene que ver todo esto, que se explica naturalmente por la asociación metafórica de ideas pintorescas del salvaje, producto de impresiones primitivas, y de la estructura especial de las lenguas polisintéticas de la América, con la Isis de la mitología egipcia, y con las raíces *rah*, *ioh* y *siu*, que corresponden á otras concepciones intelectuales, á otras creencias, y á otras formas gramaticales, cuyos vocabularios difieren hasta en su etimología?

Bajando del cielo á la tierra, ó sea al habitáculo, el autor dice que los Tupys designaban sus aldeas bajo el nombre de *Taba*, y recuerda, con tal motivo, que éste era precisamente el nombre que, letra más ó menos, los egipcios daban á la ciudad de Tebas, capital del segundo imperio en la supuesta época de la emigración Caryana. Algo más ingenioso, y aparentemente más ajustado á la verosimilitud histórica, habría sido decir que los egipcios designaban á Tebas con el nombre de *Tape*, palabra que se encuentra en el guaraní en otra forma distinta por su acentuación, ó sea *Tapé*, que significa lugar donde estuvo un pueblo, y pueblo arruinado : de manera que con alguna propiedad podría sostenerse que *tapé*, en guaraní, significa las ruinas de Tebas! Pero ni aún en esto acierta el autor. *Taba*, es un compuesto de dos palabras : (*ta*) aldea ó pueblo, y (*ba*) contracción de (*bae*) que suple á (el) (los) (cuyo) cuando precede al

sustantivo, de manera que no significa en concreto otra cosa que «el pueblo, ó la aldea». Así: *che-ta-ba*, quiere decir: «el mi pueblo».

En historia natural, ó botánica, no anda el autor más acertado.—*Ibirá*, es el único abstracto, ó más bien dicho, el único nombre genérico que parecería poseer el guaraní, á estar á la interpretación no muy segura de los primitivos filólogos europeos (los Jesuitas), que lo redujeron á gramática y diccionario, y que según ellos significaría árbol, palo, madera, garrote, etc., etc. Según Varnhagen, el nombre de los árboles más notables de la región guaranítica, terminaría con la sílaba *ba* (forma que no trae ningún guaranista). Así, para él, *ambat-bá* (especie de higuera); *copáu-ba*; *jato-ba*; *cui-ci-bá* (otros vegetales cuya naturaleza y sonidos terminales son distintos), sería lo mismo que *bbáa* (árbol) en egipcio, según su lenguaje geroglífico, y *ba* en copto. La composición originaria de los vocablos excluye esta interpretación arbitraria, que toma una sílaba inerte ó servil, por el todo de la cosa misma. Aquí se desconoce hasta la estructura y el encadenamiento lógico de las palabras del idioma que se estudia. *Ibi*, es tierra ó suelo: (*a*) en composición, es cabeza, fruta, grano de fruta; y así, (*ibi-a*) significa fruta de tierra. Es curioso seguir esta palabra en su desarrollo sucesivo, en que la planta brota de la tierra, se une con la idea de fructificar, se convierte luego en palo ó garrote, después en palo de fruta,—naciendo aquí el sustantivo árbol,—y se distingue, por medio de la partícula, la raíz atributiva de la raíz demostrativa.

*Ibí*, tierra, suelo (radical irreductible, que complementa, modifica ó se combina con la partícula significativa).

*A*, en composición, cabeza de fruta, grano de fruta, cosa corpórea nacida en tierra, y en absoluto, nacida.

*Ibí-á*, compuesto de *ibi* (tierra) y de (*a*), es cosa nacida ó fruto de tierra.

*Ib-á*, es fruta en general, sincopada la raíz (*ibi*).

*Ibi-r(a)-á*. Palo ó garrote, que por extensión puede ser madera en general, compuesto de *ibi* (tierra), de la partícula *ra* sincopada,

que significa espiga ó indica semejanza, y que en este caso hace también oficio eufónico.

*Ibi-rá.* Árbol, en que por el mismo proceder el palo se convierte en otro sustantivo con otros atributos.

*Ibi-rá-a.* Fruta de árbol, en que se combinan las dos raíces significativas (*ibi* y *a*), y la partícula (*ra*) en su integridad, significando fruta de árbol, ó árbol con fruta, ó sea fructífero, que se descompone de este modo: « palo, fruto de la tierra, que da fruta, ó tiene fruta ».

Aquí se sorprende en su cuna el germen de la palabra, según la concepción primitiva del salvaje, en que por asociación de ideas, las palabras brotan de un tronco, y se suceden como las ramas del árbol en su progresión. Esto se comprueba, por la concepción de la noción contraria en la mente guaraní, que se expresa negativamente de este modo: *ibirá-ay-mbae*, que es árbol infructífero y sin fruta, y el nombre colectivo, *ibirá-ay-mbae-tibá*, que es arboleda infructífera. En estas composiciones, la partícula (*ay*) indica desmedro; *mbae*, es cosa, en absoluto ó relativamente; y *t-ibá*, designa la idea de fruta en ambos casos como raíz demostrativa.

Se ve, pues, que aún tomando la sílaba *ba* (que es alternativa ó sucesivamente *iba* y *bae*) como parte integrante del vocablo en sus varias acepciones, no expresa ni puede expresar una idea parcial ó general de la cosa, y menos como lo pretende Varnhagen, como elemento filológico comparativo. Además, según queda explicado, la sílaba *ba*, que no se encuentra en esta forma en el guaraní, es, ó puede ser también la partícula *bae* (eliminada la *e*), que precede como artículo á los sustantivos, modificando en ciertos casos los verbos, ó bien expresa la noción de la pluralidad, como lo reconoce el mismo Varnhagen en su Ensayo sobre la misma lengua (Cap. VII), donde dice que la abundancia se designa por la repetición de la palabra *tuba*; de manera que, según su propia teoría, bien podría ser *ibirá-ba*, lo mismo que abundancia de árboles, sincopada la sílaba *tu*, lo que es muy frecuente en el idioma de que se trata.

En zoología, los ejemplos son más peregrinos. — *Perro*, en egipciaco, es *uhor*, según Champollion, y Varnhagen supone, porque así le parece, que en guaraní es *iaguar*. Los guaranistas que hacen autoridad, como Montoya, Restivo y Azara, escriben *yâguar*, siendo ésta la misma diferencia de pronunciación entre tupys y guaranís, que se nota en (*iaci*) y (*yaci*) en la palabra *luna*. Admitiendo con las dos ortografías, la remota analogía de sonidos elementales, hay que advertir que en guaraní, se distinguen varios animales con la designación de *jaguar* (ó *yâhuar*, ó *iaguar*), agregando el calificativo que los distingue, y así se llama al leopardo *yâguá-pitá* (*pitá*, es colorado), y al tigre ó pantera americana, *yaguar-eté* (*eté*, es verdadero) para distinguirlos del perro, al que llamaron por analogía *yaguá*, que es una palabra en que el *guá* indica un sonido onomatopéyico, imitando el ladrido del perro, siendo sabido que los Guaranís, así del Brasil como del Paraguay, no conocían este animal antes de la llegada de los europeos. Así, la prueba falla no sólo en sus dos puntos de apoyo, — la filología comparada y la historia natural, — sino también en el hecho mismo, pues no teniendo los Guaranís perros, su idioma no podía tener la palabra que lo designase antes.

Un último ejemplo en el orden de las palabras abstractas, que han tenido en su origen una significación material. El autor dice: «*Alma*, en tupy, es *ang*, y en egipcio es *ânx*». No dice más al respecto para demostrar la conexión. Esta palabra merecía, empero, llamar la atención de un filólogo, por la rara coincidencia de que la raíz sanscrita *an* (que se encuentra modificada en el guaraní), haya dado origen á las palabras alma y espíritu, que se derivan como lo observa Müller, citando á Cicerón, de *spiritus*, que viene del verbo *spirare*, que significa respirar, y *animus* (alma, espíritu), que tienen un origen semejante, y proviene de *anima* «soplo de aire». En guaraní, la palabra *ang* obedecería, al parecer, á la misma concepción, pero en el orden material puramente. Los Jesuitas, imbuidos de ideas metafísicas y teológicas, le dieron un alcance espiritual, adap-

tándola á la doctrina, para designar con ella la conciencia, el espíritu puro, y, en general, el alma inmaterial é inmortal según la creencia cristiana. En guaraní, la raíz *ang* (que también tiene un sentido adverbial y pronominal), parece envolver la idea de aliento, fuerza, espíritu, en su acepción material; y así dicen: 1° *Che-anga* (mi aliento); 2° *Náche-anga* (no mi aliento), que los Jesuitas traducen á su manera: «no tengo alma», ó «soy desalmado», y la aplican igualmente á la conciencia en su sentido moral y espiritual. Así dicen también: *Ang-píatá*, siendo *píatá*, fuerte ó recio, lo que equivale á mucha fuerza, y los intérpretes Jesuitas arreglan así: «tengo fuerzas contra el demonio».

Como corolario de nuestra versión, pueden señalarse algunas palabras que traen los mismos diccionarios de los Jesuitas. *An-ho*, compuesto de *ang* y *ho* (ir), es suspiro, que ellos traducen por ida del alma incorpórea. *Ang-uera* (que los Tupys pronuncian *angöera*), compuesto de *ang* y *cüera*, pretérito, es el alma fuera del cuerpo, ó sea aliento ó fuerza que se fué fuera del cuerpo, lo que da idea de un muerto, que los mismos Jesuitas pretenden signifique fantasma. *An-gog*, compuesto de *ang* y *og*, partícula de composición que expresa la acción de quitar, arrancar, borrar, sacar, dejar, y en algunos casos, tapar, que ellos traducen «sin alma», es aliento vital tapado en el sepulcro. Á este respecto trae el P. Ruiz de Montoya, en su «Conquista Espiritual del Paraguay», un pasaje ilustrativo: «Tiénelos (á los indios) el demonio engañados, persuadiéndolos que el morir no es cosa natural, y común á todos, sino que la muerte es acaso. Juzgaban que el cuerpo ya muerto acompaña el alma en su sepultura, aunque separada; y así, muchos enterraban los muertos en unas grandes tinajas, poniendo un plato en la boca, para que en aquella concavidad estuviese más acomodada el alma, aunque estas tinajas las enterraban hasta el cuello. Y cuando á los cristianos enterrábamos en la tierra, acudía al disimulo una vieja con un cedazo muy curioso y pequeño, y muy al disimulo traía el cedazo por la sepultura, como que sacaba algo, con que decían, que en él saca-

ban el alma del difunto, para que no padeciese enterrada con su cuerpo ».

En este cúmulo de adaptaciones y de interpretaciones, es difícil seguir la raíz en su desarrollo sucesivo, según la asociación de ideas del hombre primitivo en su lenguaje y con su concepción propia. Parece, sin embargo, según las frases y palabras compuestas que traen los diccionarios guaraníes, que éstos asociaban en algunos casos á la noción general de *ang* la idea de cierto estado del ánimo, en la acepción de inquietud, tristeza, recelo, peligro, daño, y también anhelo, ó afecto, por un proceder mental que escapa á nuestro análisis. Así se ve que *ang-ho*, que, como queda explicado, es suspiro, agregándole *lorí*, que es alegría, significa solazarse, que los Jesuitas traducen á su modo por consuelo espiritual. *Ang-ecó*, compuesto de *ang* y *tecó*, que en esta forma es costumbre ó constancia, y duplicado (*tecó-tecó*) inquietud física, expresaba inquietud de ánimo. Por el contrario, *anga-píci*, compuesto de *ang* en el sentido recto de aliento, y *píu*, que es apretar, coger, tomar, bañar, es sosiego del cuerpo y del ánimo. *Ang-erú*, compuesto de *ang* y *ru*, traer, es desear, ó sea traer el aliento de otra persona, en el sentido de suspirar de amor. *Anga-bei*, en que *bei* es compuesto de la partícula *be* (más) y *de* (*y*) porfiar pidiendo, que los filólogos guaraníes traducen por cuidado ó duda, sería suspirar pidiendo con instancia otro aliento. El guaraní es muy expresivo por sus imágenes de sensualismo. Hay además una palabra en el *Tesoro Guaraní*, del P. Ruiz de Montoya, que fué su codificador, en que el radical *ang* se asocia á la acción ó idea de comer. *Ang-u*, compuesto de *ang* (alma, según él) y de (*u*) comer, lo traduce de este modo: « comeró comerse el alma », en la acepción de cuidado moral, asociándola, como en *ang-ecó*, á la idea de inquietud del ánimo, deduciéndose, de los mismos ejemplos que trae, que envuelve la idea de recelo de un daño ó de un enemigo que se quisiera comer ó devorar.

Pero cualesquiera que sean las coincidencias aisladas que puedan señalarse, por otra parte, meramente aproximativas y casuales, no

es posible traerlas á un sistema lógico, ni encontrarles conexión histórica. La noción del alma de los Egipcios, que ellos creían inmortal y dupla, con sus resurrecciones, transformaciones y transmigraciones, nada absolutamente tiene que ver con las creencias groseras de los Guaranís, que no profesaban más religión que la del miedo de un ente maligno, que ni siquiera tenían la noción de la muerte natural, como lo atestigua el P. Ruíz de Montoya, y que, si en algo creían, era en la perpetuidad del cuerpo con todos sus sentidos, que así en la vida como en la muerte se asociaba en su mente á la idea de la fuerza, del aliento, del sér físico, idea que envolvía en suma la raíz *ang*.

Bastan estos ejemplos para demostrar la inconsistencia filológica de la teoría Tupí-egipciaca de Varnhagen.

### III

El relato que de la emigración hipotética de los antiguos Caryos hace el autor, es una odisea transatlántica, que para mayor similitud habría tenido lugar después de la caída de Ilión.

La conclusión histórica que en definitiva se deduce de las pruebas filológicas examinadas es que, antes del siglo VIII, acaso allá por el siglo VI después de la ruina de Troya, y á consecuencia de este acontecimiento homérico, se efectuó una gran emigración de *Coryanos*, habitantes del antiguo Egipto, pueblo navegante del Mediterráneo, aliado de los Fenicios, y en consecuencia con los Griegos y Egipcios.

Después de la analogía del nombre, la otra prueba inductiva ó deductiva que se aduce, es que los Coryanos usaban embarcaciones de remeros (*pente-koutoros*) parecidas á las canoas de los Guaranís, y que él encuentra muy semejantes á los actuales *caiks* turcos. — La semejanza no pasa de tener ambas embarcaciones dos

proas. — Los navegantes guaraníes no conocían el remo, sino la pala de vogar, por medio de la cual impulsaban y gobernaban su canoa, pues ésta no tenía timón. Sin fijarse en ésto, él supone que la flota así equipada y tripulada por remeros, se lanzó al mar desconocido, al *mare magnum* de los antiguos, huyendo de las persecuciones, que también se suponen después de la destrucción de Troya; que salvó las columnas de Hércules y atravesó el océano de oriente á poniente como Colón, hasta llegar á las Antillas, por donde penetró al nuevo continente, esparciéndose la inmigración por el occidente y el norte en són de conquista; pero evitando chocar con las civilizaciones de Méjico y del Perú, para tomar el camino del Orinoco y del Amazonas al sud; y que, por último, afirmaron su dominio al propagar su lengua hasta los ríos superiores del Plata.

Este itinerario fantástico se funda únicamente en la palabra del autor, que no aduce ninguna prueba, siquiera sea deductiva, para afirmarla. Si por acaso se anticipa á responder á algunas objeciones fundamentales, las resuelve muy cómodamente. Así, observa que si los Coryanos no trajeron en sus canoas, vacas, carneros ni cerdos, fué porque no tenían tendencias pastoriles. Que si no llevaron consigo el fierro, el acero, el bronce, conocidos en el antiguo continente en la época de la supuesta emigración, no hay que admirarse de ello: 1º porque si trajeron algunos instrumentos de hierro ó de acero, estos metales deben haber desaparecido, consumidos por el clima de los trópicos, y por la frecuencia de afilarlos durante varios siglos; 2º porque si bien el bronce no se ha encontrado entre los Caribes antillanos ni entre los Tupys, se ha encontrado el *guariem*, ó sea el oro machacado entre dos piedras duras, que para él es equivalente, — el cual, sin embargo, tampoco conocieron los Tupys ni los Guaraníes. Del uso de la piedra pulida, deduce, por razón contraria, la antigüedad de la emigración cariyana-guaraníca ó Tupy.

Todo esto se exhibe con gran lujo de los geroglíficos, y de los caracteres de su alfabeto ideográfico, así como del silábico de los

Coptos y Turcos, que da al libro una fisonomía pintoresca de apariencia científica, lo que es una prueba negativa de lo contrario que en él se sostiene, pues el alfabeto guaraní es absolutamente distinto, no sólo del egipcio y del copto, sino también de todos los conocidos en América, no habiendo sido jamás representados sus vocablos, como los de los Yucatecos ó Mejicanos por signos, ni jeroglíficos ni ideográficos.

Podría creerse, después de lo expuesto, que el autor, ó no conocía el idioma guaraní, ó que al menos no había estudiado como filólogo su gramática y su vocabulario. El penúltimo capítulo de su libro (que es el VII) lo salva hasta cierto punto de este cargo, pues es sin duda el mejor, como exposición metódica. Empero, este mismo trabajo es objetable en su parte teórica. Dice, por ejemplo, que el Tupy no debe considerarse como lengua polisintética, es decir, lengua compuesta de elipsis y síncope, en que las raíces ó partículas monosilábicas por medio de sufijos y posposiciones forman nuevos nombres. — Esto es precisamente lo que caracteriza al guaraní como lengua aparte. — El autor, al admitir que no carece de monosílabos componentes, reconoce que es aglutinante, lo que es contradictorio. Así, al tratar de las partículas significativas ó inertes que constituyen todo el mecanismo del guaraní como lengua polisintética, y establecer que ellas no tienen valor aisladamente, sino incorporadas á otras que representan un gran papel en la formación de las palabras, afirma lo mismo que niega, pues es precisamente este artificio gramatical lo que hace del guaraní la lengua polisintética por excelencia de todas las encontradas en América, como la más adecuada para crear analíticamente nuevas palabras, aunque no posea ninguna abstracta.

## IV

Resumiendo nuestro juicio en términos generales, diremos que este es un libro curioso, que sólo puede leerse por obligación, como un título más para agregar á la bibliografía de la lingüística americana, y que no ha traído á ella ningún contingente útil.

El autor de este libro fué un fatigable investigador de documentos originales sobre la historia del descubrimiento de América, que algo nuevo ha aportado á su historia y á su geografía, un historiador concienzudo en cuanto á los hechos en sí, pero difuso y falso en sus apreciaciones; era hasta cierto punto un enciclopedista histórico-geográfico-etnológico con bastante preparación, pero que ha mostrado en todas sus obras poco criterio y un espíritu sistemático sin equilibrio. Tal es el carácter de su estudio sobre el Tupy-egipciaco.

BARTOLOMÉ MITRE.

## ARTÉMIS

---

Salve, oh muy bella! La más hermosa de las vírgenes del Olimpo, Artémis soberana : te doy esta corona tejida en intacta pradera, nunca tocada por la hoz, donde nunca ha pacido un rebaño, que sólo visita la abeja primaveral y el Pudor fecunda con su rocío.

(EURÍPIDES, *Hippólito*.)

Era uno de los bellos días de la Grecia. Un cielo luminoso y sin nubes desplegaba sus velos de oro sobre el valle de Olimpia. Por el oriente, los montes de la Arcadia se alejaban como las olas de un mar iluminado : mientras que el vecino Cronio interponía por el norte su falda encantadora cubierta de laureles florecidos, y las montañas de Trifilia cerraban el sur con sus caídas estériles y sus laderas pedregosas y lucientes que brillaban al sol.

En medio del valle, ceñida por sus altos muros y coronada de santuarios, de pórticos, de carros de triunfo y estatuas innumerables, la ciudad de Olimpia destacaba sobre el azul del cielo su blanco acrópolis sagrado ; y el radiante mediodía iluminaba los mármoles y encendía fulgores de llama en la pintura dorada de los templos.

Fuera del estadio, donde en aquel momento se celebraban los juegos de la olimpiada nonagésima, todo estaba entonces silencioso

y desierto ; y apenas si algunos vendedores descansaban á la sombra cálida y adormecedora de los toldos, en las tiendas que cubrían la llanura, ó algún sacerdote cruzaba solitario las calles asoleadas del Altis.

Sin embargo, como arrastrado por el vuelo inseguro del viento, un alegre murmullo, que se apagaba y renacía por instantes, llegaba del otro lado del Alfeo. Era bullicio de las mujeres á quienes las leyes prohibían, bajo pena de ser precipitadas de lo alto de una roca, la entrada en el recinto de las fiestas, y que reunidas en la margen opuesta del ancho río, se consolaban con escuchar, á la distancia, el estruendo de las aclamaciones que llegaba hasta ellas como el bramido intermitente y lejano de un mar.

Así, á la sombra de los grandes árboles y sentadas, unas en toda especie de asientos y otras formando sobre la hierba animadas ruedas, ó adormecidas al rumor delicioso de las aguas, esperaban la terminación de los juegos : las hermanas, las esposas y las madres de los atletas que habían querido seguirlos hasta la misma Olimpia ; las livianas hetairas en busca de un mercado de amor ; y las simples curiosas arrastradas por la ola de la peregrinación y la grandiosidad incomparable de las fiestas.

Veíanse allí mujeres de todos los pueblos : Elias, Árcades, Mesenias, Megarenses, Sicilianas esbeltas, Jonias del Asia Menor y de la islas, las que habitaban la divina Atenas y Rodas y Creta la de golfos azules ; las hijas ardientes de Lesbos y Abydos rica en palomas y las nacidas en las colonias del Mediterráneo y en las riberas brillantes del Euxino ; y así confundida, la alegre multitud se esparcía por aquel paraje encantador, donde las hojas murmuraban en las altas copas de los plátanos y encinas, y la hierba extendía sus pliegues suntuosos por debajo del rojo madroño, del mirto obscuro, y dellaurel de tallos elegantes, que entrelazando sus follajes formaban graciosas espesuras y senos furtivos, frescos como grutas, y poblados de musgosas estatuas de ninfas y de sátiros que sonreían entre las hojas, sobre sus viejos pedestales.

Donde los caminos se reúnen en agreste encrucijada, bajo el alto follaje de los robles, extendida en graciosa silla y rodeada de esclavas numerosas,—Mircia, la joven cortesana, inclina blandamente sobre el hombro su adorable cabeza coronada de rosas, y parece dormir.

Como brilla Artémis y se la reconoce entre su cortejo de ninfas, así resplandece ahora, entre todas las mujeres, la encantadora Mircia, y su frente tranquila reluce como una estrella.

Teñida de pálido azafrán y bordada á la moda asiática, de flores desconocidas, la tela transparente de su vestido toma sobre su piel rosada el brillo de las auroras. Un estrófion de perlas sustenta por debajo sus firmes senos en flor, y, desprendidos los broches de oro del peplos, vése nacer desnuda su fresca garganta, con la gracia tentadora de una fuente. Ajústale al cuello prodigioso collar, con las nueve Musas cinceladas en la blanquísima veta de una piedra celeste como el cielo, y un aro de bacante acentúa, con extraño incentivo, la delicadeza sensual de sus pies, calzados con sandalias de marfil, dignas de una diosa.

Todo era en ella gracia, luz, armonía. Un extraño resplandor rodeaba, como una aureola divina, su belleza fatal y serena « como la calma de los mares »; la luz del sol no era más brillante que sus diáfanos cabellos y la sola mirada de sus ojos desconcertaba los sentidos.

Si pueden darla los triunfos del amor, ninguna mujer alcanzaba entonces en Grecia, la gloria de Mircia. Nacida en la populosa Corinto y destinada desde temprano por sus padres al templo de Afrodita, recibió en aquel famoso seminario de cortesanas la más completa educación amorosa. Luego, tan pronto como pudo considerarse dueña de su vida, se estableció en Atenas; y sin hacer nada de su parte por excitar los entusiasmos, con el solo esplendor de su tranquila belleza, la reina de la hetairía vió rodar á sus pies, como un río, el oro de los ricos mercaderes, los homenajes frenéticos del arte y las guirnaldas de flores de los mancebos. Los más famosos avaros se sentían poseídos por el vértigo de la prodigalidad, á la sola caricia de sus labios, y don-

de quiera que guiara sus pasos, atraía en pos de sí las miradas, los corazones y los deseos, y todo era incompleto en Atenas sin su presencia. La brillante cortesana era, en fin, la púrpura de las fiestas, la copa dorada del vicio, la rosa de las orgías, la misma Cypris. El oro hacía crugir el cedro de sus cofres; y su nombre viajaba de ciudad en ciudad, aborrecido por las esposas y cantado por los poetas.

Sin embargo Mircia no era feliz. Había esperado alcanzar por el renombre y la riqueza la satisfacción de sus inmensos anhelos; pero su alma era demasiado selecta para ello, y como un actor fatigado de su vida ficticia y vana, así ella sentíase ahora esclavizada por su gloria, y privada, tal vez para siempre, de las pasiones desordenadas y de los sacrificios libres y voluptuosos del amor; y ya su espíritu comenzaba á doblarse bajo el peso del hastío, como una débil rama abrumada por la nieve.

¿Qué le valía todo aquel oro arrancado á fuerza de ardidés deplorables á viejos mercaderes? ¿No hubiera sido tal vez más feliz con la sola dicha de un amor sincero?... Estas ideas angustiosas rodaban ahora en su espíritu, despertándole á la vez el recuerdo de los efebos apasionados, llenos de vigor floreciente y en toda la gracia de la vida, que habían suspendido en vano tantas coronas de flores en su puerta; y el íntimo murmullo de la meditación cerrábale los azulados párpados, manteniéndola alejada del círculo bullicioso de las demás cortesanas.

De pronto dos gritos agudos, que dominaron el rumor de las conversaciones, la hicieron abrir los ojos. Era la voz femenina y destemplada de Calipo, el intermediario galante de las hetairas, personaje abyecto, pálido, seco, nervioso, de piernas miserables y de ojos absortos y serviles. Vestía su cuerpo el lino azulado de una túnica ateniense y colgaban de sus orejas, como único adorno, dos aros toscos de madera.

Durante los juegos, Calipo, en un incesante ir y venir del Alfeo al estadio y del estadio al Alfeo, mantenía informadas á las mujeres de los más pequeños incidentes de las luchas y del nombre de los

vencedores aclamados por el heraldo; y allí iban por el aire y llovían de todas partes sobre su calvicie, las monedas con que las malignas cortesanas retribuían sus servicios arrojándoselas á la distancia.

—¡Dryas! ¡Dryas!—exclamaba ahora.—¡Vencedor en el pancracio!... Y llovían las preguntas.

—¿De dónde?

—Cazador de Mesenia.

—¿Es muy fuerte?

—Es más diestro que fuerte. No ha recibido un solo golpe. Mañana aspirará también á las tres coronas del *pentatlo*!

—¿Es hermoso? preguntaba otra.

—Parece un Dios! agregaba Calipo, jadeante por la carrera.

Entretanto la tarde declinaba con sus céfiros húmedos, y las montañas extendían sus sombras sobre el valle; mientras que en el bosque el sol comenzaba á filtrar oblicuamente el polvo de oro de sus rayos y los pájaros agitaban los follajes oscuros regresando á sus nidos; y así como asoman de pronto por todas partes y se dispersan en los aires las doradas abejas en zumbadora nube, así ahora, por todas las puertas del estadio, tumultuosa y alegre, una turba inmensa comenzaba á desbordarse por la llanura, continuando sus disputas debajo de los pórticos, vitoreando á los vencedores, corriendo á las tabernas y haciendo crugir la arena bajo las sandalias numerosas.

Un inmenso clamor subía de aquel océano viviente y poblaba los aires; los hombres venidos de las más alejadas regiones se disputaban con desesperación el puesto á lo largo de los caminos, para ver á los grandes personajes cuya celebridad había traspasado los confines de la Grecia, ó admirar la pompa de las *teorías* y el desfile de los helanódicos, que presidían los juegos con sus largos vestidos de púrpura; y mientras la sudorosa multitud invadía, luego, entre los gritos de los mercaderes, las habitaciones de los peregrinos, las tiendas, las tabernas, el Paecilo, el Buleuterión, los pórticos y los te-

rrados, — las mujeres abandonaban en cambio su retiro y se esparcían por el camino que venía del mar, festoneado por una hilera de templos, de estatuas y de boscajes florecidos, que se sucedían armoniosamente en la penumbra tranquila de la tarde.

Sin embargo Mircia no quiso disputar á otras el camino con esfuerzos, y sólo cuando todas las mujeres hubieron desaparecido detrás de los árboles, subió en su litera y se hizo llevar por sus vigorosos esclavos, que marcaban á compás el paso sobre el polvo.

La muchedumbre se abría ante ella, y la hermosa hetaira adelantaba por entre aquel pueblo enamorado de la belleza, escuchando á trechos su suave nombre de Mircia, balbuceado dulcemente, como el nombre de una diosa favorable.

Á un costado del camino de Pylos, la llanura formaba como una terraza natural, y sobre ella levantábase un viejo pórtico, presente de los Mesenios á la ciudad sagrada de Olimpia. Desde allí la vista se volcaba ampliamente sobre la llanura inundada por el pueblo, hasta las más lejanas perspectivas del valle. Al pasar junto á él, Mircia ordenó á sus esclavos que subiesen las gradas, y una vez arriba, descendió de la litera y comenzó á pasearse tranquilamente por debajo del exedra. El andar armonioso animaba su belleza, y su perfil se destacaba sobre el fondo de cielo comprendido por el vano, como esas figuras serenas que desfilan sobre la arcilla de las ánforas.

En poco tiempo la ribera se cubrió de público; pero Mircia parecía no advertir aquella multitud que se agitaba á su lado, y de donde las miradas partían como flechas hacia ella. Algunas amigas se le juntaron y bien pronto comenzaron á llegar también los compradores de amor.

Hoplitas enriquecidos en la guerra y adornados con las joyas de los muertos; viejos mercaderes, que querían gozar al fin del fruto de sus fatigas y llegaban tarde al placer, filósofos sensuales, artistas envanecidos, políticos solemnes y misteriosos: todo aquello comenzó á agitarse, como una jauria ardiente, en torno de la carne perfumada de las hetairas.

Entretanto, sobre la otra margen del río, un bullicioso tumulto se movía en dirección al puente más próximo. En su centro, distinguíase un personaje esbelto y teatral que arrastraba el manto resplandeciente de los afeminados. La plebe ateniense lo seguía y lo aclamaba con delirio, y de cuando en cuando algunos curiosos trepaban en los hombros de sus compañeros para verlo pasar.

Era Alcibiades, en todo el esplendor de su prestigio, y que después de haber roto la paz de Nicias y conseguido la alianza de Argos contra Esparta, enviaba ahora siete carros á los Juegos de Olimpia para deslumbrar á la Grecia, lo que no habían conseguido jamás ni las ciudades ni los reyes. Al llegar á un declive de la ribera, donde la tierra se mostraba polvorosa y estéril, como en esos parajes por donde los animales bajan á los ríos, se detuvo, y una multitud de cuidadores de caballos, aurigas y toda clase de gentes hábiles en el manejo de los carros, le rodeó al instante. Uno de ellos se acercaba trayendo, asido por el cuello, un hermoso caballo cuya piel tenía la blancura luminosa de la nieve. Era un tésalo lleno, ardiente, elástico, de mirada inquieta y la nariz dilatada y fogosa. Parecía escapado con vida de un marmóreo carro triunfal; y Alcibiades examinó con atención aquellos músculos poderosos, que guardaban una parte de su más anhelada gloria : el triunfo de los hipódromos, « donde los corceles corrían más veloces que la piedra de la honda y que la flecha misma ».

Á alguna distancia y siguiendo los pasos de Alcibiades, venía una especie de viejo Sileno, rústicamente vestido, abultado de facciones y de vientre, con la barba y los cabellos descuidados y lleno de bondadosa viveza en la mirada. Rodeábale á su vez un alegre auditorio, ante el cual discutía sobre la esencia de la Virtud, con un famoso sofista de Cyrene que caminaba enmudecido al lado suyo. Como poseído por una divinidad, gesticulaba, agitaba las manos y se detenía por instantes, prosiguiendo luego su camino, mientras que las palabras brotaban abundantes de su labios y resonaban á la distancia como el zumbido de las abejas en la boca de la colmena. Bien conocido era entonces en toda la Grecia el nombre de Sócrates !

Mientras tanto, Alcibiades cruzó el puente, continuando su paseo por el camino del mar, y su nombre corrió por la turba como los ecos sucesivos de las montañas: Alcibiades! El Alcmeónida! murmuraban todos los labios; y las cortesanas se estrechaban en la terraza para mirarlo, estremecidas por aquel nombre que representaba para ellas el más dorado de los sueños. Unas se extasiaban ante la finura de sus cabellos ondulantes, peinados con el corimbo de las doncellas y prendidos sobre las sienes y la frente con brillantes cigarras de oro; otras admiraban la elegante insolencia de su andar majestuoso, la nobleza de su rostro donde los dioses habían reunido, en graciosa armonía, todo lo que tienen de hermoso el hombre y la mujer, — hasta el primor de sus sandalias ó la esplendidez de su manto resplandeciente que arrastraba sobre el polvo.

Caminaban á su lado, Calias hijo de Hipónicos, Theodoros, Antiocos, Polytión y el célebre Zeuxis, cuya clámide llevaba escrito varias veces su propio nombre en letras de oro.

Aquel grupo iniciaba el desfile y la multitud se movía por detrás desbordando en los caminos.

De pronto, cuatro esclavos, haciendo resonar las gradas con su calzado de palo, lanzaron sus altas voces pidiendo paso entre la turba, y una vez en la terraza depositaron sobre el suelo una suntuosa litera, fabricada con extrañas maderas del Asia. Sus cortinas celestes, con espesas franjas de plata, se descorrieron, y por entre ellas asomó la cabeza monstruosa de Megabasis de Sárdes, el más rico comerciante de Atenas, el rey del oro en el puerto del Pireo.

Megabasis se apeó de su litera y se puso á caminar penosamente en dirección á las cortesanas. Con cada movimiento su vientre enorme oscilaba á uno y otro lado, como un odre lleno, bajo la riquísima túnica. Iba cubierto, como un rey bárbaro, de collares, zarcillos y sortijas innumerables que aumentaban su fealdad; y en el ancho rostro, encuadrado por la cerda dura y luciente de sus cabellos ennegrecidos por la grasa de los ungüentos, sus pupilas brillaban inmóviles, como los ojos de esmalte de los ídolos.

Las hetairas sintieron especial interés por aquel nuevo personaje. Mircia, sin embargo, sentada en los bancos interiores del pórtico, pareció dar poca importancia á la llegada del asiático, y continuó conversando animadamente con el círculo de admiradores y de amigas que la rodeaban como á una reina, hasta que sus ojos se detuvieron, con intensa curiosidad, en un grupo tumultuoso que atravesaba la terraza aclamando á un joven atleta. — « Es Dryas de Mesenia, vencedor en el pancracio! exclamó entonces el escultor Pylades que conversaba á su lado. — ¡ Por Zeus ! jamás he visto un cuerpo más bello ni más noble cabeza, y qué manera de luchar ! ¿ Le vistéis? — continuaba dirigiéndose á los hombres — con qué seguridad resistía los ataques y con qué astucia engañaba á sus adversarios, para que descubrieran el sitio donde quería asestar su golpe poderoso, sin perder jamás la nobleza de la actitud ! Qué vigor y al mismo tiempo qué esbelta elegancia ! Al verlo se experimenta, como ante las bellas estatuas, la tentación de tocarlo y sentir bajo la mano los relieves armoniosos y la riqueza de los músculos. ¡ Hay algo de divino en su cuerpo ! Parece el mismo Piritoo de nuestro templo de Zeus, con todo el fuego de la vida !

Á un gesto de Mircia, un guerrero de altos hombros se dirigió fuera del pórtico, y al caminar sus armas resonaron con un ritmo de bronce. Era Polictor de Tebas, famoso estratega, valiente como Aquiles y maestro consumado en los ardides de la guerra. De pie sobre las gradas, comenzó á hacer señas al grupo para que se acercase. Su casco y su coraza relucían con resplandores de fuego á la luz enrojecida de la tarde, y la púrpura espléndida se escapaba por entre las juntas del bronce, como la sangre de las heridas.

Sus ademanes fueron bien pronto comprendidos por la turba. El efebo, con los ojos iluminados por la embriaguez del triunfo, venía en el medio, aturdido por el clamor de las ovaciones ; y algunos compatriotas se disputaban el sitio á su lado, para dejar comprender que eran amigos del vencedor.

Como una luz que brilla de pronto en la noche, así la belleza

de Dryas atrajo todas las miradas. Una gracia armoniosa se esparcía como el reflejo de un astro por todas las formas de su cuerpo, apenas vestido con la sobria túnica doria. Sus cabellos encrespados y sencillamente ceñidos sobre los sienes, formábanle como una corona de jacintos negros en torno de la cabeza, sostenida con vigor por el orgulloso cuello; y el surco que partía su pecho robusto se allanaba al llegar á la garganta, para perderse en la línea vigorosa de los hombros. Conocíase que el calor de los amores no había quemado aún la flor intacta de sus labios, finos como los de una virgen, y la expresión de timidez selvática de su mirada revelaba, al pronto, la plena inconciencia de su belleza soberana.

Entre tanto, Mircia no apartaba un solo instante sus grandes ojos del Mesenio: contemplaba su cuerpo floreciente, cubierto todavía por el polvo del estadio, su noble cabeza donde brillaba el resplandor divino de los vencedores; y entonces, ante la visión evocada en sus sueños, sintió que desde aquellas obscuras pestañas, Eros le disparaba su flecha infalible y fatal. Así, al verlo pasar junto á ella, impasible como la nieve inanimada de las estátuas, ante las solicitudes amorosas de las cortesanas que le tiraban de la túnica, se oprimían sobre él ó le deslizaban al oído palabras lascivas, Mircia con un esfuerzo íntimo, frenético, desesperado, que sólo conocen las mujeres, atrajo hacia sí los ojos del atleta y clavó en ellos la más perturbadora, la más ardiente, la más honda de sus miradas. Dryas se detuvo desconcertado, vaciló un instante, y luego, bajando la cabeza, continuó su camino entre el clamor de los aplausos que estallaban á su paso como un aleteo innumerable.

Fué entonces que la cortesana, cuyo corazón palpitaba todavía, escuchó á su lado la voz de Megabasis que balbuceaba con acento amoroso y rendido:—¡Salud blanca Mircia!—Y añadía después de breve intervalo:—Esta noche Megabasis escoge á Mircia y le ofrece treinta minas por su amor.—La hetaira por única respuesta meneó negativamente la cabeza.—Y bien, cuarenta minas, agregó entonces el mercader.—Ni cuarenta, ni mil, ni todo tu abominable dinero,

contestó la cortesana con exasperada violencia. Y Megabasis con una amarga sonrisa de despecho:—Pero, Mircia, exclamó, ¿por qué tanta soberbia con los viejos amigos? ¿Has olvidado ya cuantas veces se te encendieron los ojos de alegría, al leer tu nombre y el mío en el muro del Cerámico, seguidos de espléndida oferta, y cuántas mi generosidad te libró de crueles acreedores? Y ahora...

Como cuando un rayo de crepúsculo resbala de pronto sobre la nieve, así la excitación encendió entonces el rostro pálido de Mircia: la joven atiesó el cuerpo y, tomándose las manos con los brazos extendidos, fulminó al mercader sin darle tiempo á que terminase su frase:

—¿Quieres saberlo? Y bien desde hoy te aborrezco á tí y á todos los que como tú viven sin más pasión que la codicia y sin más gloria que el lucro. Por los dioses! antes dejaré que el hambre me devore viva que volver á tocar una boca de mercader!...

El asiático se enrojeció; la sangre inyectaba sus ojos, y su rostro todo se demudó con una contracción indescriptible, sólo comparable al gesto aterrador de las Gorgonas funestas... Pero una de las hetairas, más oportuna que las otras, pasóle el brazo por encima del cuello, diciéndole amorosamente: —Sígueme, buen Megabasis, y no te arrepentirás! Y se lo llevó consigo.

Las horas huían y el sol precipitaba su carro del otro lado de las cumbres. Los horizontes se poblaban de gritos lejanos y los vapores del crepúsculo doraban la llanura y el pié de las montañas.

Ya la multitud se recogía en las instalaciones innumerables que rodeaban el Altis y los grupos comenzaban á dispersarse en las sombras.

Mircia llamó á Calipo, y colocándole en la mano una pesada moneda de plata, se puso á escribir apresuradamente en una de sus tabletas:

«Dryas: una traición se prepara contra tí para mañana en el juego del *pentatlo*. Si esperas esta noche donde te indicará Calipo, lo sabrás todo por boca de un amigo.»

—Toma, Calipo, añadió luego Mircia : engáñalo con astucia porque es asustadizo como un ciervo, y si sospecha el lazo no querrá seguirte. Corre ! corre ! Ya sabes : junto al lago y á la estatua de Artémis. Cuando salga la luna !

Ya la noche cubre la tierra con sus sombras, las claras estrellas tiemblan en los cielos, como agitadas por un viento divino.

Es la hora del sueño. Sin embargo la ciudad de Olimpia vela entre las sombras. Un vapor de oro sube en la noche por la puerta de sus templos, y los aires resuenan con el clamor de los festines en las tiendas iluminadas.

En el valle, el céfiro inseguro que llega del mar cruza por instantes como un velo arrastrado en las tinieblas, agitando la llama errante de la antorchas y los negros follajes de los árboles.

De pronto, luciente y puro, como el hombre divino de una náyade emergiendo de las aguas, asoma sobre el oscuro horizonte el disco de la luna. Sus primeros rayos destacan del cielo las crestas sombrías de los montes y, resbalando luego sobre el valle, su resplandor invade el seno de las selvas : así como surge de pronto, por entre la penumbra del recuerdo, toda una ciudad hace tiempo olvidada, con sus muros, sus monumentos y sus calles ; así aparece ahora, en la noche blanqueada por la luna, con su sobria belleza y sus perfiles de mármol, la ciudad sagrada de Olimpia.

Era la hora ; entonces, aprovechando la embriaguez de los comensales, ya reclinados en actitudes abandonadas al lado de las hetairas, ya extendidos como muertos debajo de las mesas, entre las copas vacías, Mircia envolvióse la cabeza en un velo y abandonó cautelosamente la orgía.

Una vez fuera, el aire puro de la noche refrescó deliciosamente su pecho, quemado por el aliento lascivo de los hombres, y una ráfaga etérea y divina descendió de la Naturaleza adormecida hasta el fondo de su alma. Al punto la imagen de Dryas se levantó ante ella con un prestigio irresistible, y, al aspirar el mágico perfume que llegaba del

bosque, como si fuera el propio aliento de aquellos labios codiciados, sintió que el deseo corría por sus miembros con la voracidad de la llama en los campos secos del estío.

La emoción la hizo apresurar el paso. Algunos hombres, que tomaban el fresco en los caminos, á la luz de la luna, la chistaban suavemente ; otros la detenían por el vestido para ofrecerle su dinero ; pero ella contestaba siempre con un movimiento soberbio de su cabeza, invisible entre los pliegues espesos del velo.

Un instante después entraba en el bosque. Las masas de follaje se levantaban como obscuras faldas de monte, á uno y otro lado del camino, donde el pasto había crecido libremente ocultando los senderos. Mircia caminaba, sin embargo, rompiendo la alta hierba con sus pies delicados, azuzada por el miedo y con el oído atento á los más imperceptibles rumores.

De pronto, llegó hasta ella un gemido ahogado y siniestro, y su ojos percibieron al instante, á pocos pasos del camino, una forma humana apoyada en el ancho tronco de una encina : con un movimiento veloz de su instinto, desprendió de sus cabellos la aguja de oro de las hetairas, más temible que un puñal...

El desconocido conservó, sin embargo, su actitud tranquila ; y por su aspecto desesperado y sórdido, así como por el desorden lamentable de sus ropas, Mircia reconoció á un vencido del estadio.

Tenía las orejas inmensamente hinchadas como los púgiles, el labio despedazado y sangriento, destrozada la garganta por las cinco heridas de una garra humana. ¡ La mano de Dryas ! pensó Mircia sin detenerse, y con su alma de griega, sintió que la admiración dilatada en su pecho la llama del amor.

Los follajes se hacían cada vez más espesos sobre el camino, y Mircia adelantaba con la imaginación llena de visiones fabulosas por entre aquel bosque poblado para ella de divinidades y prodigios ; ahora, en los claros y encrucijadas, sus ojos dilatados por el terror distinguían con la realidad de la vida, danzas de sátiros, agitando con sus patas tortuosas el polvo de los caminos que al levantarse

se plateaba en los rayos de la luna, rondas numerosas de Driadas y Ninfas, que tomadas de la mano y enredadas en los troncos, levantaban hasta las altas copas sus torbellinos aéreos. Todo era lleno de númenes, todo divino en la espesura: las lágrimas fecundadoras de la noche, la risa de las fuentes, el aleteo de las aves nocturnas, los perfumes vivos de la selva, el crugir de las cortezas en las sombras. Y Mircia se apresuraba cada vez más, como enloquecida por el miedo; hasta que, por fin, los árboles se hicieron más escasos y una tenue claridad comenzó á filtrar entre las hojas.

El bosque terminaba; en una vuelta del camino, sus ojos distinguieron, detrás de las negras ramas, un resplandor que anunciaba la llanura. Mircia dió algunos pasos todavía y bien pronto se abrió ante ella el alumbrado valle.

Algunos templos, bañados por los rayos azules de la luna, coronaban á lo lejos los altos promontorios, y, en medio del valle, el lago luminoso resplandecía como la plata de un escudo. Todo el bosque resonaba con el rumor de las fiestas y los himnos; y el estridor continuo de mil insectos invisibles rasgaba la vasta armonía nocturna.

Sobre el borde del lago, junto al paraje en que sus ondas mojaban las raíces musgosas de los sauces, la piedad anónima había colocado una imagen de Artémis. La casta diosa corría en su eterna fuga, con la cierva salvaje á su lado, y descolgando de su aljaba, con la mano á la altura del oído, el dardo de la caza. Á algunos pasos, la crecida maleza ocultaba, casi por completo, un viejo banco de mármol, colocado allí como para meditar tranquilamente en la pureza divina de la Virgen.

Era el sitio mismo de la cita; y Mircia, al acercarse, divisó junto al pedestal de la estatua, la figura de un joven que al escuchar su paso se adelantó hacia ella. — ¡Es él! balbuceó brevemente, y el corazón le resonó dentro del pecho, como el aleteo de un pájaro. Era en efecto Dryas que se acercaba con la serena hermosura de un dios. La cortesana dejó caer entonces sobre sus hombros el blanco

velo, y su piel brilló en la noche, luciente como la luna. En seguida, con un movimiento disimulado, ordenó las ondas de oro de sus cabellos y el lino de su peplos, cuyos pliegues señalaban la graciosa firmeza de los senos, alzados por la juventud. Ella conocía los más sutiles secretos de su belleza, y, al pasarse la mano por el rostro, se sintió más hermosa que nunca.

Entonces las brisas esparcieron en la tranquilidad de la noche el rumor de este diálogo:

— ¿Eres tú...?

— ¡Sí, yo, Mircia!

— ¿... Vienes á revelarme una traición?

— La gloriosa Mircia!

— ¿Qué traición?

Antes de responder, la cortesana se adelantó hacia el banco, y, sentándose en él, llamó á Dryas con un vago ademán. El efebo dócil y turbado obedeció en silencio.

— ¿Me conoces?

— En mi ciudad natal se repite á veces tu nombre.

— ¿Y sabes algo de mí?

— Retirado en los bosques, poco he podido aprender de las cosas del mundo; pero recuerdo sin embargo haberte oído llamar la más bella de las griegas.

— Y bien, Mircia te ha visto hoy por vez primera y, desafiando sola y debil los terrores de este bosque obscuro, viene á decirte... Aquí la cortesana se detuvo, y el Mesenio, al ver su turbación, exclamó con ingenua impaciencia:

— Habla sin miedo, no temas sorprender demasiado mi confianza: bien sé yo que muy pocos son los que celebran la fortuna de un amigo sin envidiarla. Revélame cuanto sepas, para que así pueda burlar el lazo que me tienden; y no olvides sobre todo el nombre del traidor... Será, tal vez, que el insistente Eubotas trata ahora de vengar mis desdenes, ó que Dorcon, envidioso al ver cómo mis flechas alcanzaban siempre la presa perseguida, mientras que su

mano insegura y cobarde no acertaba jamás, pretende detener ahora mis triunfos con alguna perfidia, como espantaba los ciervos en el bosque para que no cayesen en mis manos. Oh! ¡Augusta Virgen, la más bella de las que habitan el cielo,—agregó entonces levantando los ojos á la estatua de Artémis, — tú que derramas la fuerza en el brazo de los atletas puros: haz que se rompan á tu sola mirada las redes de la venganza y que mi frente se cubra de nuevo con el olivo salvaje, y te prometo, ¡oh! casta hija de Zeus! dar todas mis verdes coronas para tu cabellera de oro, de vuelta á la tierra querida de mi patria!

Exaltado por sus propias palabras y llena la mirada de fervoroso fuego, Dryas tenía en aquel momento la graciosa majestad de un Hermes, y todo lo que encierra de fuerte, de casto y de dulce á la vez la libre Naturaleza, parecía palpitar como un resplandor divino en su salvaje hermosura. Mircia al mirarlo sintió que la flecha del deseo se removía en su pecho, para penetrar más hondamente, y con voz entrecortada, exclamó:

— No es una traición, sino algo más dulce lo que vengo á revelarte; pero la vergüenza me retiene... Entonces el joven le respondió lleno de sorpresa:

— Si tu espíritu no medita ningún mal pensamiento, ¿por qué la vergüenza ha de cubrir tus ojos?

— Y bien...

— Habla!

— Vengo á confesarte... mi amor. Escucha, continuó después la cortesana, doblando su blanco brazo sobre el cuello del mancebo, como segura de su triunfo, — las horas huyen. Mira! ya Hesperos descende en los cielos inflamando los amores. Ay! de quien pretenda evitar su dulce llama! Escucha...

Mas él la interrumpía con palabras solemnes como una incantación:

— ¡Sí, es la hora en que la casta Artémis enemiga del amor sube en su carro celeste y recorre los espacios iluminados, con el arco de plata sobre el hombro y la túnica bañada por el rocío de la noche.

Su mirada domina ahora las selvas y las montañas; y ay! de quien se atreva á profanarlas!...

Aquellas frases austeras irritaron á Mircia, quien acercando su rostro al rostro del efebo, y fijando en él sus grandes ojos fascinadores, comenzó á decirle:

— ¿No sabes que los hombres más célebres de Corinto y Atenas se arrastran como esclavos á mis pies, y que mi palacio encierra más maravillas que el más rico de los templos? Y bien: toda esa gloria, toda esa riqueza, y las dulzuras de mi cuerpo, y mi sangre y mi vida, todo lo ofrezco ahora por tu amor!...

Al terminar este discurso, Mircia se oprimió con frenesí sobre el fuerte pecho de Dryas, quien, desconcertado y trémulo, murmuraba sintiéndose desfallecer:

— Eres hermosa, oh Mircia! pero ¿cómo podría vencer mañana si me abandonase ahora á tu amor? Afrodita sólo tiene para sus adoradores coronas femeniles... ¡Déjame por los dioses! El calor de tu cuerpo me abrasa la sangre y toda mi fuerza me abandona con el sudor de mi frente!... Pero la hetaira, como una astuta cazadora, lanzó entonces su flecha decisiva: buscando aquellos labios puros, imprimió en ellos el más sabio de sus besos. Dryas se sintió perdido; una fiebre invencible corrió por debajo de su piel como una llama, inflamando sus sienes humedecidas y despertando mil desconocidos anhelos. Siempre que sus ojos rozaban la mirada perturbadora de Mircia, el frío del vértigo estremecía sus miembros, como cuando se inclinaba sobre el fondo de los abismos, en sus carreras por las montañas. Era el filtro irresistible, el mal incurable, el veneno divino que corría por sus venas, despertando la virginidad adormecida; y, mientras la cortesana le deslizaba en el oído su canto de Sirena, él balbuceaba como un ebrio que no encuentra sus palabras: ¡Tu belleza es fatal! ¡Pluguiera á los dioses que pudiese aplastarla con mi mano! ¡Me roba el vigor y seré vencido!...

De repente, al rozar con sus ojos perdidos la estatua de Arté-

mis, que brillaba á su lado bañada por la luna, parecióle que la diosa lo miraba con un ceño terrible, descolgando una saeta de su espalda para herirlo. Entonces, veloz como el ciervo que se desprende de las redes, con un movimiento brusco de sus hombros, se desligó de aquella mujer funesta que le arrebatava su fuerza y su gloria. En vano hizo Mircia un esfuerzo desesperado por contenerlo: aquellos fuertes brazos, que conservaban todavía el aceite del estadio, se escurrieron fácilmente entre los suyos, y el efebo desapareció en el bosque sombrío como la desvanecida visión de un sueño!

La hetaira corrió trás él algunos pasos, y, apartando el húmedo follaje, hundió su mirada en la obscuridad. El atleta estaba ya lejos y las hojas secas crugían bajo sus pies apresurados. Extraviada, Mircia comenzó á gritar: ¡Dryas! ¡Dryas!—pero su voz se perdió en el seno profundo de la selva, donde sólo respondieron los ecos, como si fuesen la voz de las ninfas desveladas; y entonces, recogiendo un pliegue de sus peplos, enjugó su primera lágrima de amor.

Así, con el rostro cubierto por sus manos delicadas, la dorada cabellera en desorden, el paso vacilante y tardío, volvió hacia atrás. Al rato, sin que su memoria la llamara, espontánea, pura, armoniosa con toda la gracia inefable de sus ritmos, Mircia escuchó en su alma, como íntimo murmullo, aquella oración de Sapho, que tantas veces había entonado en los coros sagrados de Corinto: « *Diosa de trono reluciente, Aphrodita inmortal, hija de Zeus, no dejes sucumbir mi corazón...* » y dejándose caer tristemente sobre el banco, oprimió su seno encendido, sus brazos ardientes y su mejilla bañada en llanto contra la nieve del rudo mármol...

Los templos, bañados por los rayos azules de la luna, coronaban á lo lejos los altos promontorios. En medio del valle, el terso lago resplandecía como la plata de un escudo y una deliciosa frescura llegaba de sus ondas; mientras que el bosque resonaba todavía con el rumor de las fiestas y los himnos, y el cantar prolongado y puro de los follajes dispersaba en la noche sus sobrias armonías.

Días después, vestido de púrpura y con el brillante olivo doblado en torno de la frente, un atleta vencedor dirige la blanca cuadriga de su carro por el camino de Mesenia inundado por el sol. En derredor, montados en sudorosos corceles, vienen sus amigos, y por detrás, envueltos en dorada nube, ruedan pesadamente los carros numerosos.

Una inmensa muchedumbre los espera en las murallas de la ciudad, y, al penetrar por la puerta sonora, el estruendo de las aclamaciones llena los aires. Siguiendo luego la calle principal, el cortejo se detiene por fin frente á las gradas de un templo.

El vencedor desciende entonces de su carro de hermosas ruedas y, entre la admiración de todos, depone cuatro coronas de olivo en el altar severo de Artémis.

ENRIQUE RODRÍGUEZ LARRETA.

## « RECUERDOS DE LA TIERRA »

---

Sorpréndeme la llegada de este libro (1) en momentos azarosos, de lucha y de labor prosaicas, durante las cuales apenas puedo alzar los ojos á contemplar un paisaje del cielo ó de la tierra, vestidos ya, sin duda, con la brillantez y el colorido de esta primavera recién venida, que ha de ser como todas, como muchas que en otros tiempos yo conocí y gocé, risueña, opulenta, saturada de perfumes de regiones distantes y del río próximo, poblada de tintas nuevas para los envidiables crepúsculos de sol de esta metrópoli, que quizá los ignora. La transición es fuerte, la sacudida violenta y el efecto doloroso : casi no he tenido alientos para resistirlos, yo que nunca fuí indiferente á las influencias de ese mago llamado *memoria*, y sus evocaciones de tiempos felices, ya sean de la propia vida, ya de la grande ó pequeña tierra donde nacimos.

Y *Recuerdos de la tierra* es el título con que se aparece en esta época, en la cual creyérase que nadie se ocupara de cosas pasadas. Pero es que él contiene más de lo que promete, y es más libro de lo que su autor tal vez premeditara ; porque más allá de esos « re-

(1) Con el propio título de estas páginas, — que le servirán de introducción, — saldrá próximamente á luz la mencionada obra del señor Martiniano Leguizamón : un tomo en-8º, con ilustraciones de Malharro, Del Nido y Fortuny. — F. Lajouane, editor.

cuerdos » viven, como mal ocultos tras de un velo transparente y movable, sucesos, personajes, leyendas, panoramas y cuadros, ni tan remotos que escapen á la impresión personal del narrador, ni tan cercanos que pierdan para nosotros ese dulce y fantástico prestigio de los días que pasaron.



Quizá fuera mejor, para dar una idea de conjunto, decir que estas páginas comprenden tres elementos fundamentales: el descriptivo de lugares, costumbres y tipos de la región circunscripta por el Paraná y el Uruguay, el tradicional é histórico sobre episodios relativos á tiempos de heroísmos y miserias comunes; y el *Folk-lore*, ó sea la exposición de esas creencias y usos locales, que dan á conocer los caracteres ingénitos de las agrupaciones humanas moradoras de sus riberas, bosques, planicies y hondonadas. Á través de todas ellas circula, á manera de espíritu invisible, conduciendo el hilo del relato, esparciendo cierto suave aroma de *gratia*, y distribuyendo ya el color, ya la luz, ya la sombra en todos los sitios, personajes, escenas y cuadros puestos, con no poco meditado desorden, sobre el escenario: él les imprime la unción de tristeza de la tierra, y del ambiente regional, y la de esos íntimos afectos que nacen y mueren con nosotros, que resisten á las tempestades, á los despojos y á los incendios de todas las esperanzas é ilusiones, y brillan sobre el cielo del pasado y del futuro como la única revelación de lo ideal y de lo imperecedero.

Por todo esto, y por las afinidades y propios caracteres literarios de la obra, se imaginaria al autor preocupado de dar á las letras algo como el poema regional, ó el libro de la comarca argentina en él sentida y pintada, si no se advirtiese al propio tiempo la ausencia de rasgos intensos y precisos que, mejor que los nombres, establecen las diferencias geográficas. Porque la grandeza de nuestra

patria tiene esta cualidad: no permitir que por un solo signo se retrate ó califique toda su extensión, pues hay en ella las naturalezas más antitéticas y los climas, las vegetaciones, los hábitos y supersticiones locales más diversos. Causas históricas, además, concurren á hacer que agrupaciones nacidas para un destino común se separen en la infancia y sigan caminos diferentes en ciertas faces del desarrollo social. No es necesario recordar cómo desde los tiempos primitivos la región bellísima de los ríos caudalosos, de las selvas dilatadas y las *cuchillas* ondulantes, que circundan el Paraná y el Uruguay, y á la cual conducen sus caudales repletos de limo el Paraguay, el Pilcomayo, el Bermejo, el Salado, el Carcarañá y otros graciosos afluentes de esta Mesopotamia feliz, fué siempre singular en sus manifestaciones sociales, y que muy poco ó nada se distingue, en el sentido étnico, de la ocupada por Buenos-Aires, que, dominadora del río de la Plata, era, al fin, ante quien se depositaba tanta magnificencia. Así, pues, si los *Recuerdos de la tierra*, se limitan sólo á la que sustentara el hogar del escritor, con tanta tristeza descrito al final del libro, han realizado como todas las obras individuales la expresión del alma y la fisonomía de sociedad hermanas ó vinculadas en una marcha histórica más ó menos uniforme; porque tanto nos parece asistir en sus escenas á la vida de la campaña bonaerense y escuchar las revelaciones de su poesía, como á la de la propia gente habitadora de las comarcas selváticas y por mil corrientes surcadas, donde Montiel extiende sus vastas y temerosas obscuridades, y el Gualeguay, tomándolo de extremo á extremo, se dibuja como haz de nervios conductores de la sensación y de la vida de un cuerpo gigantesco.

Pertenece, pues, este libro, al género valiosísimo de los que prepara en lenta y laboriosa gestación los elementos de la futura historia nacional, la historia verdadera, la que sigue á una Nación como organismo fisiológico y como personalidad humana, sin desprenderla de sus orígenes, de sus adherencias fatales hacia la tierra que habita y el ambiente que respira y la rodea. Nuestra historia de hoy,

fruto de investigaciones pacientes sobre los archivos de papel y la memoria de los hombres, comprobada por sus propias deficiencias, habrá de transformarse por completo en lo futuro, gracias á la observación de aquellas leyes fundamentales; y entonces los hombres y sus actos podrán ser juzgados con la única imparcialidad posible, y puestas de relieve aquellas cualidades superiores que influyeron como fuerzas eficientes de la nacionalidad en la dirección de la corriente civilizadora. Los estudios de costumbres primitivas, de creencias en dioses y en mitos más ó menos racionales ó absurdos; las pinturas de cuadros y escenas de multitud, donde se muestran las aptitudes y las cualidades bellas de las razas y pueblos; la descripción simple ó colorida de las monstruosidades, aberraciones ó extravíos mentales ú orgánicos que en su seno aparecen, personificados en seres extraños ó exóticos, así como entre las plantas, todos esos aspectos, nuevos por sus aplicaciones, aunque antiguos en el tiempo, que se llaman el *folk-lore*, que es ciencia y arte fecundísima, constituyen los elementos primarios de aquella historia venidera que tan sorprendentes revelaciones guarda para nuestra posteridad. Pero, sin duda, la formación de la literatura nacional folk-lórica es obra lenta, de término incierto, porque si hoy existen algunas fuentes escritas, legadas por los viejos cronistas y viajeros, y por poetas ó escritores contemporáneos, ellas se refieren sólo á muy escasas regiones, y la más completa obscuridad reina sobre el mayor número de nuestras provincias. ¿Y qué diremos de esa vastísima extensión limitada por el Océano Austral, en la que hace apenas una década penetraron la luz de la cultura, el brillo de las armas, los signos de la soberanía nacional? No hemos nacido viejos, ciertamente, como quisiéramos creerlo á veces en nuestra vanidad, cuando en el dominio de la vida intelectual, de las labores del espíritu sólo contemplamos el inmenso vacío y la vasta soledad inexplorada.

Nada, en nuestro país, se halla más disperso é incongruente que los materiales de la historia literaria y geográfica; la tarea de reunirlos, combinarlos y utilizarlos, en la investigación de alguna ley

histórica nacional, sería quizá de toda una vida y de sacrificios incalculables. Sabemos, no obstante, por pacientes lecturas y propias experiencias, que puede construirse un sistema ó un mapa de las cualidades y costumbres, creencias, supersticiones, modismos ó variantes de lenguaje, y que las diferencias constitutivas de cada zona se hallan determinadas por los caracteres del suelo correspondiente y de su historia, comprendidas en ésta la de las razas primitivas y la del establecimiento y desarrollo de la nación conquistadora. En tal variedad de elementos físicos é históricos como existe de un cabo al otro de la tierra argentina, la formación de esta literatura deberá ser, pues, regional, si ella ha de ser la expresión exacta del espíritu y cualidades de la nación que la habita.

Mientras llega la hora,—que será para otros hombres y tiempos,—de contemplar tan hermosa conquista, fijemos la atención, con el cariño que merecen, en las obras del presente, verdaderos *pioneers* de la múltiple y ardua jornada. Los *Recuerdos de la tierra* están llenos de este material precioso, como lo estará toda obra de experiencia directa, amorosa observación y sincero relato sobre las cosas, las ideas, las creencias y sentimientos de nuestro país: la virtud suprema del que las describa consistirá en saber exhumar lo que pasaron, pintar lo que viera, y deducir con acierto sus leyes permanentes para incorporarlas al caudal de la historia común. Todos los matices del color, las pulcritudes de la forma, las delicadezas de la música y las profundidades del análisis tienen su campo abierto en este género de producción literaria que tantos espacios y elementos domina, desde los sutiles y vagos deleites de la fantasía hasta los hondos y positivos problemas de las instituciones sociales. Aquí los hallará el lector, arrojados con pródiga mano y envueltos en ropaje atractivo y pintoresco, ya en la forma de efectos de los fenómenos naturales sobre la sensibilidad de las gentes comarcanas, ya como residuos moribundos de pasadas existencias, ó como frescos retoños de árboles corpulentos que derribaron el hacha, el vendaval ó las corrientes de las aguas desbordadas.



El elemento histórico de este libro pudiera comprender dos divisiones, los episodios relativos á acciones ó impulsos patrióticos, á personajes y sucesos de la vida política, y el tradicional, ó, como se dice, folk-lórico: en la primera podríamos colocar el animado relato de *La maroma cortada*, donde, si más conmueve el sentimiento que la pintura, se revela una cualidad especial del autor, manifiesta en las demás narraciones del mismo género, como el *Sargento Velázquez*, *El Chasque*, *Capturar...?*, la unción del patriotismo, visto hacia el pasado, con esa suave melancolía de los recuerdos personales. Ella aparece hasta en las páginas más alegres, como las que dedica al cómico percance acaecido al teniente Vergara en *Cayó el matrero*,— á manera de leve sombra, necesaria para amortiguar los efectos de los colores sobre una retina muy sensible. Por lo que respecta al caso en sí mismo, lo hemos oído referir en el interior de la República, aplicado á otros personajes y relativo á otros sitios y sucesos, de tal manera que ya podemos anticipar que será materia del futuro folk-lore nacional.

Pero no siempre ha presidido en este punto del material histórico un criterio local, ni la sola información del recuerdo, porque, seducido por el prestigio de la erudición americanista, ó quizá por un deseo de fundir en uno solo diferentes caracteres ó atributos de nuestro dilatado país, nos habla también de cosas traídas á su suelo nativo desde las distantes regiones que encierran las montañas andinas, reuniendo sobre la tierra del charrúa las reminiscencias ó reliquias de la raza incana. Si esta fué en los tiempos de su gloria la que más amplio espacio abarcara, nunca fundó cosa alguna más al oriente del río Paraná, que, con su inmenso y profundo cauce, marcó la frontera etnológica de dos grandes porciones de nuestro país. No dejó por eso aquella nación dominadora de impo-

ner hasta las márgenes del río de la Plata, hasta las orillas del Océano la influencia ya de su idioma heroico, ya de sus instituciones sorprendentes... Pero queríamos decir sólo que *El chasque* es una muestra de esa tendencia del autor de este libro á mezclar las graves enseñanzas de la biblioteca con la sencillez conmovedora de los relatos; y así, no es extraño que en éste veamos al mismo tiempo asomar la cultura quíchua, con sus carreteras gigantescas y sus correos admirables, y oigamos la tierna relación del anciano vencido por los progresos de la civilización. Tipo bellísimo, sin duda, es el del antiguo correísta en nuestra sociabilidad, desde un extremo á otro del territorio, no sólo porque representa una edad juvenil llena de encantos, y la eterna é inviolable santidad del secreto, sino por las innumerables escenas á que, por ser portador de « lágrimas y sonrisas », debía siempre asociarse.

Del mismo artificio se vale para presentarnos en hermandad simpática las tradiciones del Norte con las supersticiones del Litoral, y para añadir interés novelesco á las páginas del libro, aquella mama Juana, tipo real y noble de la antigua raza, asimilada á la nuestra en tres siglos de vida común, que si había adquirido los hábitos de la que conquistara la tierra, no pudo perder lo que era la esencia de la autóctona, el alma, la substancia misma del suelo en que naciera. Los que hemos vivido en el ambiente de esa raza y la hemos experimentado en la compañía de nuestros hogares de provincia, ó en la servidumbre, suave como el yugo del predicador de Galilea, sabemos que no se inventa cuando se le atribuye esa fantasía, ese encanto con que refiere los cuentos de sus mayores, que conserva amorosa, solícita, y como consciente de realizar una misión de perpetuidad y legado hacia las generaciones venideras. Así, no es extraño que la anciana ésta, « que parecía hablar con la voz de una raza extinguida, en el reposo imponente de los bosques », deleitase con sus relatos al joven interlocutor, y que más de una vez le hiciese estremecer con los medrosos efectos que ella misma sintiera, al percibir ciertos rumores, notas, gritos ó vislumbres en la

noche, que despertaban su recuerdo de la tierra lejana, cual si soplasen en el corazón de las cenizas la brasa viva que en ellos se oculta.

Aunque fuese fingida ó artificial la presencia de este personaje, en el conjunto de los que llenan el escenario de los *Recuerdos de la tierra*, sería siempre, como antes decíamos, portadora del mensaje de fraternidad entre dos regiones distintas y separadas de nuestra patria, las cuales, por tal modo, vendrían á confundir sus almas, á comunicarse sus fantasías del pasado, y sus ensueños informes aún del futuro. El autor sugiere un bello cuadro rústico, en esa vivienda que los árboles añosos sombrean y las enredaderas nativas, con amor meridional, insaciable, cubren por entero de perfumado y colorido ropaje. La huérfana misteriosa, Cornelia, es quien mantiene la llama de amor en aquel cuadro, pero como tributado á una memoria, pronto á convertirse también en mito, en sobrenatural abstracción, gracias al poder creador de la raza: es el novio muerto, cuyo espíritu vaga en torno, y mantiene en exaltación religiosa su apasionado culto, ya repitiéndole en los ruidos nocturnos sus promesas frustradas por el crimen, ya iluminando las selvas con llamadas semejantes al incendio... ¡Oh, eterna virtud de los amores supremos, esta de ver á través de la muerte la forma, oír la voz, sentir la presencia del ser amado! Esa es una ley universal, y por eso todos los pueblos fundaron sus religiones y epopeyas sobre un sentimiento del pasado.

Esta leyenda de las almas errantes es una de las que persisten con más fuerza y carácter general en la tierra argentina; alimenta con la misma esencia múltiples y heterogéneas historias y personajes, matizados y aun transformados en las diversas localidades, según la intensidad de sus elementos étnicos. Rafael Obligado ya la cantó en su aspecto más poético en *Santos Vega*, recogió otra de sus formas extrañas en la montañesa *Mula ánima*, y ha ido á aprender en los bosques tucumanos el lamento del *Cacuí*,

... el quejido, el sollozo,  
El alarido de un llanto

De esos que nacen del fondo  
Del alma rota en pedazos;

y ahora el autor de este libro, con más aire de crónica que sentimiento poético, imprime también su interpretación arrancada de libros doctos. Así, para él, que escribe *Kakuy* según la etimología quichua, este animal lloroso simboliza en la mitología del norte « una india que está condenada á llorar á su hermano », por el trágico suceso acaecido « allá, en los tiempos de los soles largos, entre las quebradas de una sierra del Tucumán » y que la convirtiera en ave, como Scylla se transformara en alondra, en castigo de haber robado á su padre el fatal cabello. Hacen compañía al dolorido cacuí en el reino alado, y con él se reparten el imperio del país, otros pájaros de canto melancólico, vinculados hondamente al alma de nuestros pueblos, los buhos fatídicos, habitantes de las tumbas, de cuevas ó nidos abandonados por otras aves ó por el hombre; la torcaz que invita al romanticismo y á los ensueños infantiles con su tierno arrullo maternal; el *ñacurutú* que ronda en torno de los campamentos y las tolderías; el *caráu* de las riberas y las lagunas bordadas de tupidos cercos de arbustos acuáticos; las solitarias *viudas* ó *monjas*, privadas de canto, pero cuya incurable tristeza se traduce por un lastimero y débil silbido, que apenas turba las noches silenciosas ó las siestas ardientes. Todos ellos, y otros que por esas dilatadas llanuras, valles y serranías mezclan sus notas en el concierto gigantesco de lo creado, son los que llevan el tono de la universal, inmanente y eterna melancolía de todas las cosas, que tiene en el organismo humano la cuerda unísona pronta á vibrar á la primera pulsación ó á la primera simpatía. Y en tal sentido, la naturaleza patria, como fuente directa de observación y recursos de arte, así para el filósofo y poeta, como para el pintor y el músico, es un tesoro aún oculto, reservado á los tiempos venideros, cuando el pensamiento, en su labor creadora, busque en sus senos fecundos la savia que agotaran los vicios, las aberraciones y las vanas y hueras sabidurías.



Las más atractivas, las más animadas, las más sentidas de estas páginas son aquellas en que figura el elemento poético por excelencia, en los cuales el autor, menos preocupado de poner la unción ú óleo santo de la pesadumbre psicológica, se ha entregado al impulso espontáneo de su entusiasmo y seguido los libres caprichos de la imaginación y del recuerdo, tras de escenas, cuadros y paisajes llenos de luz y de alma y de música, y se ha propuesto pintarlos con sus naturales colores y contornos. Las costumbres de las gentes de campo, — de las gentes argentinas se entiende, — ora las relativas á sus labores agrícolas, á sus faenas rurales que ejecutan sin pena y sí con la esperanza en los corazones, ora las que se refieren á sus goces y comunes alegrías, tendrán siempre en este libro una imagen viviente, porque son su sangre, su carne, su espíritu. Tal como ellas son, están distribuidas en la obra con desorden, con mezcla, con algarazara, en confusión de líneas y colores, de sombras y sonidos; y no pocas de sus creaciones se apagan y reaparecen, de trecho en trecho, cual si transmigrase la substancia de unas páginas á otras, ó cual si el pintor, enamorado de ellas, no se resignase á dejarlas, sino que quisiera que le acompañasen todo el camino. Razón tiene, en verdad, en no querer privarse un momento del arrullo adormecedor de esas fiestas, zambras y cantares, y por eso le vemos en diversos pasajes reanimar los mismos cuadros y encender las mismas luces que ya brillaron en otros. Reconoceremos, además, en todas ellas, aunque habiten las suaves y favorecidas llanuras de la Mesopotamia, los mismos caracteres esenciales del alma nativa, de ese gaucho argentino, que lo mismo afronta los horrores de una pelea y las miserias de la suerte, que, en torno del fuego regenerador, bajo la sombra del ombú, ó al aire libre de la primavera, se alza radiante de arrogancia y hermosura ingénitas para la danza nacional, en la

que mozos y mozas, desbordantes de savia, remedan en sus giros graciosos el ondular de los ríos y el serpentear de los arroyos que fecundan sus campañas :

*Ero lou règne, aqui, di farandoulo,  
La naciounalo danso roudanenco,  
...i jour de voto,  
Di viravout dou Rose imitarello,  
Ersejo a fai la serp au long di dougo.*

Se nos figura que el autor, en presencia de la naturaleza, ha extendido un gran lienzo, y presa de un capricho, ó de un vivo deseo de bosquejar, reunidos todos los asuntos para una serie de trabajos de detalle, hubiese en unos prodigado las tintas, diluído las sombras, borrado ó confundido los contornos y las facciones, y en otros, por el contrario, hubiese puesto más análisis, más precisión técnica, más amor : así sucede que en el campo de su obra aparezcan repartidos con intensidades diversas, con dibujos desiguales, con rasgos comunes muchas escenas, cuadros, tipos, que, á haberse realizado la tarea definitiva del taller, habrían salido á luz con su dibujo concluído, sus matices nítidos, sus sombras y luces acentuadas y cada una con su marco propio y en su sitio aparente. Pero, esta es, quizá, regalía de espectador metropolitano, que exigiese del artista algo que bien pudiera depender de su propia atención, y raciocinio; porque, cuando se analiza esa tela imaginaria, se distinguen con claridad y se iluminan con toda la luz externa é interna necesarias los bosquejos que contienen. Así, se sienten el bullicio y las correrías, se oyen los cantos, las exclamaciones y estrépitos de concursos alegres y festivos de la *minga*, en que junto con los frutos de la común fatiga, llegan las bellas ilusiones y despiertan las ternezas y las imágenes, forma indefinida de la gratitud de la criatura hacia la tierra materna que no sólo la nutre y vigoriza, sino también la arrulla y hermosea. Lo mismo, pero con mucha mayor hondura de concepto, de color y de dibujo, hasta el punto de resaltar sobre todo el escenario del libro, se nota el cuadro, en que hay más de una pincelada heroica,

titulado *Parando rodeo*, en que el observador queda suspenso ante aquella « isleta de espinillos en flor, ataviados con el manto regio de las rubias aromas », á presenciar la lucha conmovedora del toro embravecido que, después de hacer temblar la selva y la comarca, se rinde ante el valor y la pericia del campesino, auxiliado por sus perros de caza. Al lado de este episodio podemos colocar *La creciente*, fenómeno interesante no conocido en tal forma por los hijos de las montañas, porque en la región de los bosques litorales los ríos se hinchan y agrandan, cual si sacasen del fondo de la tierra todo su cuerpo sumergido, y ahogan entonces los rebaños, los campos y los bosques más altos en majestuosa inundación ; pero allá, donde las cumbres abruptas rompen con el blanco filo de sus nieves el intenso azul, cada vez que rebalsa el agua de sus torrentes, y se derrumban hacia los abismos, es porque en la altura arden las fraguas, se entrelazan los rayos, se incendian las cimas, estallan los truenos hórridos y repercuten sin término como los ecos de una batalla de gigantesco ejército ; y entonces el alma sólo tiende á difundirse, á lanzarse de la vida terrena, y convertida en una nube de incienso, en un acorde sagrado ó en un rayo de luz, envolver en un raptó de suprema admiración á la fuerza, la mente, la ley, la idea que rige los mundos, los lanza al espacio y los aniquila con un soplo.

¡ Con cuánta alegría sellan los hombres las paces con la naturaleza irritada ! Y en aquellos donde las luchas son más frecuentes, por hallarse al borde de los ríos caudalosos, bajo las selvas tropicales ó entre las montañas escarpadas, tienen más que los otros riqueza de artísticas manifestaciones de este júbilo íntimo con que se festejan las horas de tregua, de sosiego, de adormecimiento de todas las energías. Por eso, después de cada labor, al fin de toda jornada de la diaria faena, la danza, la música, la confidencia, la poesía, hacen su entrada triunfal. Y no habrá país en la tierra que pueda exhibir al arte variedad más abundante de bailes nacionales, de canciones y estilos poéticos, los cuales adquieren formas, tonalidades y modismos como los caracteres de las regiones principales

del territorio, y según las influencias hereditarias ó de otras sociedades vecinas. En no pocas especies de bailes se mezclan en estrecho consorcio los ejercicios del ingenio nativo, ya en la poesía con que se anima el aire musical, ya en las tiernas ó picantes *relaciones*, que en instante propicio han de dirigirse las parejas, en versos improvisados ó aprendidos, que tienen toda la gracia, el color y el aroma de las flores y hierbas campestres. Algunos de ellos son comunes á todas las Provincias, porque logran salvar, en fuerza de su hermosura y donaire, las fronteras interiores é imponerse á la admiración de los más cultos: el *pericón* y el *cielito* reinantes en la campaña bonaerense y todo el litoral de nuestros grandes ríos, con sus cuadros de conjunto, actitudes estatuarias, zarandeos y giros multiformes, y con los prodigios de picaresca y ágil versificación, que los convierte en torneos donde se lucha con la estrofa y la melodía, como en una batalla de flores y de luces; el *gato*, el *triunfo*, la *huella*, el *malambo*, los *aires* y las *mariquitas*, en Córdoba y demás provincias del centro y del Norte, que se caracterizan por la rapidez, la viveza y combinación de los movimientos y dibujos, por la música y las palabras, de estilo é índole especiales, y en los que tanto hace la apostura del galán, como cautiva los ojos y arranca delirantes palmoteos de aplauso el cuerpo cimbrador y ondulante, las curvas y arabescos, que en el suelo trazan los pies ligeros de las muchachas campesinas, desbordantes de rosas en las mejillas y pasión nativa en las almas; la *zamacueca*, el *escondido*, la *chacarera* de las tierras andinas, en los que domina un estilo más severo, sin ceder nada en encanto á sus congéneres, antes bien elevándose por su pensamiento musical la primera, por su marcada forma escénica el segundo, y la tercera por la delicada, exquisita y adorable gracia de los juegos y huidas á que se entregan, al compás de música resplandeciente de alegría, los gentiles y jóvenes cazadores de amor. Y este libro despierta todas las reminiscencias, evoca todos los recuerdos, conjura todas las sombras errantes de las costumbres nativas, que van ya desvaneciéndose ante la hoz mortal de las nue-

vas generaciones... Con harta razón después de cada uno de sus cuadros llenos de vida y de calor de la patria, hay siempre una despedida triste á todo lo esencialmente argentino, que se va, se esfuma, se pervierte.

Aquí he sentido, después de tanto tiempo de ausencia de mi tierra provinciana, llegar los ecos arrobadores de los cantares del pueblo no recopilados aún ni en el pentágrama, ni en el libro, destinados á unirse para perpetuar y legar á tiempos mejores, del porvenir, antes que desaparezcan por siempre, las armonías sencillas, casi primitivas de nuestros campos, fuente virgen aun de la futura música nacional, apenas vislumbrada hoy por algunos espíritus sinceros, y desconocida por los demás que no ven en ella lo que Beethoven percibiera en los ruidos de la noche, ó en los ingenuos cantos de los pastores. No ; es casi una iniquidad convertir las sagradas melodías en que el alma de la tierra ha llorado su dolores, soñado sus esperanzas y exaltado sus victorias, en objeto de espectáculos exóticos ó de mercantiles acomodados ; porque les faltará « el paisaje decorativo del bosque, la inmensidad desolada de los campos que parecen murmurar voces extrañas y las sombras nocturnas que avanzan... » La *vidalita* es de origen montañés, tiene su abuelo de aquella raza que tuvo al sol por deidad suprema, y era adorado en templos colosales de piedra, ó bajo el infinito cielo de América, á la hora en que el dios flamígero se hundía envuelto en llamaradas rojas en el pavoroso occidente, y cuando aparecía de nuevo, aprisionado aún por las nubes de la noche que al asomar la aurora se bañan de deliciosos rubores. Ella tiene su unísono en el *triste* de la llanura donde cantó Santos Vega. Tiembla la voz que modula aquella música, lo mismo que la de las vírgenes sagradas cuando entonan sus salmos ante los altares; y cuando el campesino la repite sin palabras en las laderas y en los bosques, en la *quena* legendaria de sus antepasados, se siente brotar lágrimas de las peñas y de los árboles centenarios, y correr en silencio sobre el granito el llanto secular de la Niobe de Ovidio:

... ubi fixa cacumine montis  
Liquitur, et lacrymas etiamnum marmora manant.

Ha querido también aquí el autor de los *Recuerdos de la tierra*, unir en fraternal abrazo la melancolía montañesa, la dulce tristeza que brota de la leyenda antigua, con la alegría abierta y la chispeante galantería de la región oriental. Las varias escenas en que nos exhibe esta atractiva fase del carácter argentino, como en *Juvenilia*, *Junto al fogón* y otros capítulos ya enunciados, pueden dar la verdadera impresión de lo que es el espíritu del gaucho, su imaginación siempre veloz, la ternura de sus afectos y sutileza de su ingenio; y se sabe que el autor conoce como pocos el vasto repertorio de la poesía y la música populares. Algunos clásicos ejemplos nos ofrece en sus páginas, risueños ó conmovedores, y al leerlas se ocurre desear que compilase los más auténticos é indiscutibles, porque es fuera de duda que mucha mezcla moderna nacida de las payadas de teatro ha venido á enturbiar el límpido seno de la que brotara en la pampa, en las riberas, en la llanura, en los valles andinos.



No daríamos á estas líneas color ni forma de crítica, si no dijéramos algo del libro en sí, como obra de estilo y de concepción literarios, pues que así ha de entrar en la no abundante nomenclatura de los que realizan la creación de un arte propio. Sus elementos constitutivos, como los de toda labor culta entre nosotros, — el nativo ó criollo, y el universal ó clásico, diremos así para designar el idioma sancionado por los doctos, — lucharán sin cesar hasta fundirse en una unidad indivisible de fondo y de forma á que den vida los preceptos originarios, en racional y natural fusión con los libres, nuevos é ingénitos caracteres de esta sociedad. Pero no será sin duda por medios violentos ó ficticios, que esta metamórfosis se realizará en el tiempo, sino por una gradual, sucesiva y latente serie

de evoluciones, presididas en todo momento por esos insaciables soberanos de toda obra intelectual, que se llaman el buen gusto, la conciencia estética, la cultura de la forma y la pureza de la idea.

Quizá en este nuevo libro que la literatura nacional adquiere, se encuentren en desequilibrio notable esos dos atributos, pero deberá todo lector reconocer que hay en él riqueza grande de uno y otro; y en cuanto á poesía y arte nativos, no sólo ha sido fecunda la mente que lo trazara, porque ha habido derroche á manos llenas, sino que abierto el seno de la tierra, han surgido, de él como después de largo encierro, en torrentes desordenados y rumorosos. Por eso entre los tópicos diversos que abraza, algunos de los cuales no hemos analizado en particular, se advierte cierto descuido, formas difusas, tonos desiguales, caprichosos y, por tanto, no siempre justas distribuciones del color y de las sombras, exceso visible de determinados recursos y efectos, cual si repitiendo su ejecución hubiera querido grabarlos más en la memoria ó en el corazón de sus lectores. Pero hay mucho de interesante en esta confusa galería de retratos y de escenas pintados con colores de selvas, ríos y cielos, en la tela nunca agotada de la tierra argentina. Aquel « curandero » recuerda á veces á un Diógenes agreste, y otras á un rey Lear sin corona y sin hijas ingratas, y dentro de esta rara familia podría figurar tal vez ese otro loco advenedizo llamado *Chabaré*. Las mujeres que llevan en estas páginas el estandarte inmortal del amor y la ternura, son las « morochas » apasionadas ó despreciativas que encienden la inspiración del poeta campesino, despiertan los impulsos caballescicos ó enfermizos en las almas incultas del hijo de los llanos, los bosques y las montañas, y son también tipos originales del escritor, por él sólo observados, pero que pudieran confundirse como hermanos en un solo hogar, sobrio, abandonado, del que hubiese huído la esperanza. Dionisia, Cornelia y Marcela son hijas de una misma concepción espiritual, huérfanas las tres de amor, de ilusiones y de todo afecto, pero la última se aparta con relieve singular del grupo melancólico: nacida en brazos de la miseria, un incen-

dio la dejó sin padres y sin hermosura; su bondad y su tristeza la hicieron encontrar hermanos, pero reclamaba la tierra su fruto y un rayo la redujo de nuevo á cenizas. ¿Por qué el autor, — diremos el poeta, — no ha elegido mejor sus personajes predilectos, y no ha consagrado al idilio de Marcela todo el religioso culto de arte que encerraba? Fué un sueño doloroso la vida de esta criatura adorable y piadosa, y también una tenue lumbre que llena de unción las breves páginas en que atraviesa su silueta deleznable, como una flor misteriosa del agua y del viento.

Debemos terminar, bien á pesar nuestro, aunque nos falte decir tantas cosas contenidas en este pequeño volumen, que es, al propio tiempo que un tesoro de recuerdos íntimos de hogar y de infancia, de episodios patrióticos, de costumbres nativas y relatos animados y coloridos, un nuevo y positivo concurso al estudio de nuestro idioma en América, su genio local y su crecimiento, aparte de lo mucho que en él deberá encontrar quien investigue con amor en las intimidades del alma argentina.

J. V. GONZÁLEZ.

Buenos Aires, octubre 25 de 1896.

# EL BRASIL INTELECTUAL

IMPRESIONES Y NOTAS LITERARIAS

(Continuación)



## V

Antes de dar á luz su *Historia de la Literatura Brasileira*, en 1878, publicó Silvio Romero un opúsculo sobre la *Filosofía en el Brasil*. Debo decir algunas palabras á propósito de este ensayo crítico, cuyo examen me permitirá indicar alguna de las múltiples facetas del pensamiento brasileiro contemporáneo. Temo que mi juicio sobre esa obra no sea todo lo benévolo que yo desearía. Empero, el tema que trata me parece altamente interesante, y la figura de Tobías Barreto, estudiada en él, llama fuertemente mi atención por los elogios apasionados que le consagra el señor Romero, tanto en este trabajo como en la obra á que me he referido anteriormente. Desde luego, la *Filosofía en el Brasil* revela un estado de efervescencia cerebral poco en consonancia con la calma y la frialdad analítica que reclama el criterio filosófico. El señor Romero principia por establecer la poca importancia de la contribución prestada á la filosofía por los escritores de su patria. No obstante, se propone estudiar las escasas obras que en ese orden de

especulaciones intelectuales han visto la luz pública en ella, y todas las cuales acaban de ser envueltas en una misma condenación por el impetuoso escritor. La lista de sus víctimas se abre con la ejecución del *Compendio de Filosofía* del Padre Fray Francisco de Mont Alverne. No conozco ese libro sino á través de la crítica del señor Romero, pero las transcripciones que de él nos hace, así como las observaciones que le sugiere, demuestran que él realmente estaba imbuído en un espíritu de escolástica estrecha. Según el crítico mencionado, Mont Alverne coloca en el mismo rango, como ciencias gemelas « la elocuencia, la filosofía y la teología » y este rasgo de inocencia paradisiaca provoca la indignación del señor Romero. « La filosofía y la elocuencia—dice—igualmente se repugnan; en toda la historia de ambas, sólo dos hombres se nos muestra en que ese consorcio fué posible: Fichte y Cousin. » De Fichte dice que « el patriota ofuscó al pensador »; y de Cousin que fué « gran orador porque no fué nada que se pareciese á un filósofo », es decir « un espíritu *sin norte, un literato* que errara su camino ». Sintetizando su opinión sobre el desgraciado *Compendio*, el señor Romero encuentra en él « unos restos estropeados de Locke y de Condillac, reducidos á figuras mínimas por los discípulos y comentadores, y algunas frases engañosas de Laromiguière, « brillantes por el estilo y frágiles por el análisis ». La anemia incurable de este libro, no le llama la atención, y cuando piensa en su autor, dice él con profunda lástima: « Tan pobre, tan insalubre fué el alimento que le dió la cultura de su patria, en su tiempo; tan ingratas las influencias á que tuvo que ceder, que la crítica siéntese con impulsos de absolverlo. »

El segundo escritor estudiado por el señor Romero es el doctor Eduardo Ferreira França, autor de unas *Investigaciones de Psicología* publicadas en Bahía en 1854. En el prefacio de esta obra, su autor declara que « imbuído en la idea de los llamados sensualistas, entusiasta de Destutt de Tracy, se afilió á la escuela materialista », hasta que después de largas lecturas sus ideas se modificaron « y el *profundo* Maine de Birán contribuyó especialmente para es-

clarecer su inteligencia ». Naturalmente, esta confesión desagrada profundamente al señor Romero que la compara con la análoga de Jouffroy, haciendo resaltar la enorme diferencia que existe entre el estilo del doctor Ferreira França y el del penetrante escritor francés. En suma, en el libro de éste encuentra falsas concepciones psicológicas, deficiencia de información científica, eclecticismo vago, imitado de Cousin, á quien el señor Romero trata con un desdén altivo y una acritud constante.

Abandonado el doctor Ferreira á su poca suerte, comparece en la barra de los acusados otro discípulo de Cousin, ó peor que eso: « un discípulo de Mont Alverne desenvuelto por Cousin ». Se trata del doctor Domingo de Magalhães, cuyo *Hechos del espíritu humano*, aparecieron en París en 1858. Para el señor Romero « él es un escritor vulgar, sin elevación de ideas, sin firmeza de doctrina, sin fuerza de análisis, sin habilidad de forma ». Me extraña que después de esta pintura tan poco halagüeña, no haya concentrado su opinión en el conocido juicio que inspira á aquel filósofo, igualmente difícil, con quien antes lo he comparado, el desgraciado soneto de Oronte :

*Franchement, il est bon à mettre au cabinet...*

El señor Romero, sin embargo, se ocupa detenidamente de una obra á la que acaba de negar toda clase de condiciones, si bien es cierto que lo hace en una forma sarcástica y agresiva, y que mezcla en su análisis no pocas alusiones picantes á las veleidades poéticas del señor Magalhães, autor de unos quejumbrosos *Suspiros Poéticos*, que don Juan María Gutiérrez comparó con los *Consuelos* de nuestro ingenuo Echeverría, y de un poema épico anteriormente citado sobre la *Confederação dos Tamayos*. El filósofo le parece tan lacrimoso y vetusto como el romántico cantor de Aimbire y Pindoburú.

El señor Romero, como el Lazarillo de Tormes pasaba del servicio de un fraile al de un caballero, abandona á un caballero para

ocuparse nuevamente de un clérigo, el Padre Patricio Muñiz, « pensador muy mediocre y orador en las mismas condiciones ». Si las observaciones del señor Romero son exactas — y su alta inteligencia no permite dudarlo, — este apreciable sacerdote no pertenecía á la edad teológica de Comte, tomada en un sentido figurado, sino á la edad inquisitorial de Felipe II. Era un teólogo de tomo y lomo, partidario del tizón y la hoguera, refractario á « la metafísica alemana », lo que subleva con razón al señor Romero, amante de la escolástica y del catecismo, y que no me extraña teniendo en cuenta sus estudios y su carácter sacerdotal. Reprochar á un cura párroco que crea en Santo Tomás de Aquino, en vez de creer en Augusto Comte, en Kant, en Schelling, en Hegel y Krause, me parece un colmo de propagandista y una exageración de sectario. El señor Romero gastará en vano sus apóstrofes más brillantes y su lógica más abrumadora. La *Teoría de la Afirmación Pura* del Padre Patricio Muñiz, será todo lo detestable y atrasada que quiera. Al hacerla así, él ha cumplido con sus deberes religiosos. Dirigirle reproches por esta causa, es casi cometer un atentado contra la libertad de conciencia. Juzgo más justo y más humano dejarlo gozar en paz de su tranquila mediocridad. Lo mismo debo decir de otro pernambucano, « médico, periodista, ultramontano », según el señor Romero, que escribió unas compilaciones de Santo Tomás y un *Compendio de Filosofía* según los principios y el método del angélico doctor. La opinión que sobre él manifiesta es contundente y decisiva, en su misma concisión. Refiriéndose á aquel mamotreto indigesto de 700 páginas banales, dice con razón: « Ó se acepta en él todo, ó todo se rechaza. Nada existe que pueda analizarse. Un libro cadáver no se discute; la filosofía no es un anfiteatro anatómico ».

El libro del doctor Américo Figueredo, *La Science et les Systèmes*, publicado en Bruselas, en 1869, ocupa luego la atención del señor Romero. El señor Figueredo es un distinguido pintor, y la obra mencionada, escrita en francés, constituye la tesis que pre-

sentó para adquirir el grado de doctor en la Universidad de Bruselas. Desde luego, el autor expresa que si su libro « hubiera sido escrito en el Brasil, carecería seguramente de *color local*, pues ninguna de las cuestiones que aborda, con algunos desenvolvimientos, se encuentra tratada allí bajo *un punto de vista nacional* ». Prescindiendo del *color local*, que poco tiene que ver con las disquisiciones filosóficas, el señor Figueredo manifiesta en el fondo una opinión que está de perfecto acuerdo con las ideas del señor Romero sobre el atraso de los estudios filosóficos en el Brasil. Y sin embargo, el estimable crítico rebate ese juicio con ardor, y sale valientemente á la defensa de la ciencia que ha negado, y de los autores á quienes acaba de *rosser d'importance*. « En 1869, — dice, — cuando el digno doctor por la Universidad de Bruselas se expresaba en aquella forma, algunos de los sistemas que cruzaban sus armas delante del viejo público europeo, ya eran conocidos por pocos adeptos brasileros. De entonces para acá, gracias á la cooperación de algunos espíritus juveniles, las cosas han cambiado mucho de aspecto, y en la propia prensa diaria y en la tribuna de las conferencias públicas, algunas de las últimas luchas han sido debatidas ante espectadores nacionales. Para no citar otros hechos, fuera de aquellos de que me he de ocupar en el curso de este ensayo, nadie dirá que las *Tres Filosofías* del doctor Luís Pereira Barreto, el *Fin de la Creación* del Vizconde de Rio Grande, las *Funciones del cerebro* del doctor Gúedes Cabral y los *Ensayos y Estudios* del doctor Tobías Barreto, no estén nutridos de las ideas *peligrosas* que dividen el pensamiento europeo y no revuelvan totalmente el viejo y empodrecido terreno en que dormitaba la ignorancia patria. » Verdad es que pocas líneas después, y replicando nuevamente á una frase en que el señor Figueredo se felicita porque su patria « no ha experimentado la acción disolvente de *materialismo positivista* », el señor Romero se contesta á sí mismo diciendo que « no caerá en el irrisorio disparate de comparar la grandeza y seriedad de las actuales cuestiones debatidas en el viejo mundo, con las imitaciones cómicas que ellas están teniendo

entre nosotros ». Al penetrar, por fin, en el análisis de *La Science et les Systèmes*, el distinguido crítico brasileiro hace notar con razón que aquel título no corresponde á la obra y que en vez de una indagación filosófica sobre la ciencia en general y los diversos sistemas, sólo se encuentran en ella algunas notas biográficas sobre grandes artistas como Miguel Angel y Rafael, ó sabios como Galileo y Newton. Por lo demás, el señor Figueredo pertenece « á la parte liberal del eclecticismo francés, es espiritualista, sectario del método racional, un poco refractario á la teología ». Esto basta para comprender si el señor Romero lo tratará con altura, máxime cuando antes se ha permitido la ligereza de acusar á la ciencia moderna de *empirismo*. La indignación del autor de *La Filosofía en el Brasil* estalla inmediatamente, y empieza por ensayar sus primeros dardos contra Victor Cousin, *la bête noire* de ese opúsculo interesante. « Sentaba bien á un Cousin, — dice, — acusar á Lamettrie ó á Helvecio livianamente de aquel defecto. Pero venir el doctor Figueredo á decirnos seriamente que Comte, Littré, Büchner y toda la cohorte de sabios y filósofos que ilustraron los últimos tiempos, no han practicado un exacto y verdadero método ... es singular. »

El ilustrado escritor brasileiro toma aliento al llegar á este punto de su trabajo, sacude el polvo de los viejos libracos que lo han detenido y se dispone, alegre y satisfecho, sin « necesidad de que su pluma se agite trémula sobre el papel, porque *ideas amigas* le darán suave curso », á apreciar « los cuatro *espíritus brasileiros de más saliente cuño en este siglo* ». Se refiere al doctor Luis Pereira Barreto, á José Araujo Ribeiro, Vizconde de Rio Grande, al doctor Guedes Cabral y especialmente al doctor Tobías Barreto de Meneses. El primero de ellos, dice el señor Romero, es un Comtista aferrado, que, como el maestro, quiere reformar hasta el calendario. Su primer libro está datado en Jacarehy, en 18 de César de 86 (10 de marzo de 1874). El doctor Guedes Cabral y el Vizconde de Rio Grande, siguiendo la misma clasificación, son *darwinistas* pronunciados « que suponen tal vez para siempre encadenada la verdad en

los dobleces de su sistema ». En cuanto á Tobías Barreto, el señor Romero no lo define de una manera clara. Para él es un *reactor*, un propagandista, un divulgador de los escritores de la Alemania moderna.

Veamos cómo trata ahora á esos cuatro privilegiados. Por lo pronto, nos manifiesta que « sin desdeñar las inapreciables ventajas que trajo á la filosofía la doctrina de Augusto Comte, hay en la grande obra del insigne pensador, ideas *completamente inacceptables* y peligrosas para la ciencia ». Cree que ese sistema fecundo, á pesar de la pretensión de sus discípulos, ha quedado retardado. El señor Romero es amigo de la novedad, de la última palabra en la ciencia y en el arte. Así, confiesa que « en otro tiempo sectario de Comte, en la ramificación dirigida por E. Littré, sólo lo dejó cuando libros más desprevenidos y fecundos le llegaron á las manos », y que « Comte sólo fué abandonado por amor á Spencer, á Darwin, á Haeckel, á Büchner, á Vogt, á Moleschott, á Huxley ». El positivismo le parece uno de los grandes sistemas de filosofía que, en este siglo, han sufrido censuras menos fundadas. Recordando la frase de Stuart Mill sobre las dos maneras de juzgar la obra de Augusto Comte: « hallar buena la organización y malos los detalles, ó viceversa, reconocer un gran número de ideas de detalle como profundas y como malo juzgar el conjunto », el señor Romero dice que, á su juicio, hay defectos y aciertos en el plan general y hay defectos y aciertos en los detalles. Entre los aciertos encuentra la excelente clasificación de las ciencias, « superior á las propuestas por Ampère y por Spencer (1) »; también aplaude en esa doctrina el haber « abrazado, ayudado á desenvolver y á propagar los cuatro principios fundamentales del monismo contemporáneo: la relatividad, la inmanencia, la evolución y la unidad de los seres ». Verdad es que inmediatamente de hecho este elogio, el señor Romero se contesta

(1) En una publicación reciente de que me ocuparé más tarde (*Doctrina contra Doctrina*) el señor Romero combate esta clasificación que al principio tanto le satisfacía.

nuevamente á sí mismo diciendo que « estos elementos indispensables á la ciencia de nuestros días no fueron descubiertos por Comte; él los aceptó y es por esto un benemérito del pensamiento libre ». Volviendo á los aplausos, encuentra que lo « que es altamente duradero é inapreciable en la obra del reformador es su ley de la historia, la ley de los tres estados, teológico, metafísico y positivo ». De esa ley deriva para él la guerra abierta contra los procesos de las dos filosofías anteriores y la preconización del método y tendencias positivas, cualidades que constituyen el lado inatacable del sistema y por los cuales éste se liga y se confunde con el realismo científico contemporáneo.

La doctrina positivista, para el autor de *La Historia de la Literatura Brasileira*, tiene sin embargo dos errores, dos falsas apreciaciones que importan al mismo tiempo dos graves injusticias; una es considerar el espíritu crítico como un dato de la metafísica; y otra el rechazar el materialismo, bajo el pretexto anterior. El señor Romero se encrespa al ver que Pereira Barreto, denomina *metafísicos* á hombres como Darwin, Haeckel, Moleschott y otros. Verdad es que se consuela pensando que, á su turno Laffite, que dirige el grupo llamado ortodojo, también arroja el epíteto terrible á la faz de Littré y otros discípulos de Comte. En suma, para Silvio Romero, « el positivismo, sistema truncado que degeneró en teología con su *Religión de la Humanidad*, sólo cuenta con un espíritu de primer orden: el de Augusto Comte ». ¿Ha puesto en su verdadera luz al maestro, el libro del doctor Pereira Barreto? Según el señor Romero « no se conoce al grande hombre por las compilaciones del médico de Jacarehy ». Más lejos lo llama « dilettante filósofo » y le recomienda las obras de Büchner. Finalmente, acaba por clasificarlo de « sectario obcecado », de los que permanecen « terribles, intratables, irreconciliables en medio del ajeno triunfo, dejando oír de tarde en tarde el ridículo ex-conjuro: *metafísicos* ». Sobre los estudios del doctor Pereira Barreto, el crítico no es más dulce: « á lo que parece, — dice, — conoce y juzga el sistema de

Darwin por la incompleta exposición que de él hizo Quatrefages, como conoce á Schopenhauer por el librito de Dumont». Hasta ahora no encuentro, —hablando con ingenuidad, —que el señor Romero dé al autor de las *Tres Filosofías* un tratamiento de acuerdo con su posición privilegiada de uno de los espíritus de más valiente cuño de su siglo en el Brasil. Por fortuna, el elogio franco aparece al final del artículo, con motivo de las aplicaciones que el libro del señor Pereira Barreto hace en sus teorías á los acontecimientos del Brasil, «aconsejando á la nación que se regenere por la ciencia, emergiendo de la ignorancia en que ha estado ahogada ».

El vizconde de Rio Grande es *Darwinista*, y en su calidad de tal merece especiales consideraciones de parte del crítico de que vengo ocupándome. Sin embargo, como hasta ahora en sus más tiernas caricias, y aun cuando mayor empeño muestre en poner *patte de velours*, el señor Romero deja ver la garra del polemista : desde luego nos advierte que aquel filósofo «no obstante *disponer tan sólo de una erudición de segunda ó tercera mano*, revela en toda la extensión de su escrito una gran tensión de espíritu y un sentido crítico elevado ». El *Fin de la Creación* es para él una obra de mérito que dilucida muchos puntos oscuros de la geología brasilera, aunque su tesis principal, probar el crecimiento de la tierra, no sea original, sino sacado de autores como Meunier, el sabio belga Delbœuf y el sabio alemán Hartmann, «que admite y proclama que toda la materia que existe está dotada de vida, sensibilidad é inteligencia, en estado inconsciente en el universo y consciente en el hombre». Este espíritu de imitación filosófica, este sometimiento al pensamiento de maestros europeos, el señor Romero lo encuentra igualmente en el libro *Las Funciones del Cerebro* del doctor Guedes Cabral. «Este libro es una repetición, —dice, —de algo de lo mucho provechoso que se ha escrito sobre el asunto. En la parte filosófica el autor se adhirió especialmente á Buchner, Moleschott y Luys, adjuntos á Taine y Bain. El doctor Cabral estudia el cerebro y la sensación, el cerebro y el pensamiento, el cerebro y el sentimiento; y más espe-

cialmente, las localizaciones de las facultades intelectuales, el origen de las ideas llamadas morales y las cuestiones conexas con la pasión y el crimen. Á propósito de este último tema, el señor Romero hace una larga transcripción de *Las Funciones del Cerebro*. Debo confesar con franqueza que, como trozo de un filósofo, ella no me satisface del todo. Encuentro allí un eco apagado de esa ciencia de fantasía, que es á la verdadera filosofía lo que las novelas de Ponson du Terrail á la literatura, y que hoy está puesta en boga por el profesor Lombroso y otros cultores de la antropología criminal.

## VI

El libro de Silvio Romero termina con el estudio sobre Tobías Barreto, de quien también se ocupa extensamente en la *Historia de la Literatura*, transcribiendo allí una gran parte del juicio que le consagra en la *Filosofía en el Brasil*. No examinaré en este momento las dotes de poeta de este distinguido escritor. He leído todos los versos suyos que transcribe el señor Romero, y otros dispersos en publicaciones variadas, y me reservo decir algunas palabras á propósito de ellos, al ocuparme de las manifestaciones de la musa brasilera contemporánea. Lo que me interesa por ahora es el talento literario de Tobías Barreto, es su facultad crítica, ya que nada encuentro en él que autorice á llamarlo filósofo. Desde luego, su vida inspira una viva simpatía por su persona. Ese joven, destituido de medios de fortuna, que sale de Campos, un villorío de Sergipe, para conquistarse solo y sin apoyo de nadie una educación difícil de lograr en su tiempo y en su residencia; esa llegada á Bahía y el ingreso al Seminario de donde sale después de un solo día de permanencia; sus largas peregrinaciones por la ciudad desconocida y hostil que parece querer expulsarlo de su seno, pues la primera noche en que se hospeda en ella, el hotel donde entró fué presa de las

llamas; su estudio tenaz de la lengua francesa y sus coloquios consoladores con Victor Hugo y los románticos de la época; sus luchas en Pernambuco para terminar sus estudios de derecho, sosteniéndose con el producto que le proporcionaba una cátedra de latín, pues el pobre muchacho, no se sabe cómo, había tenido tiempo de profundizar esta lengua clásica: toda esta larga serie de contrastes, de sacrificios y de combates, forma una de las biografías más nobles é interesantes de que pueda enorgullecerse un escritor sud-americano. Los incidentes de esta vida, por otra parte, explican y disculpan cierta acritud altanera y cierto orgullo misantrópico que se trasluce en los escritos de Tobías Barreto. Debajo de su calma de hombre formado, de autor eminente, se adivinan los dolores pasados y las amarguras de los días de prueba. Es el lote común de los espíritus que se forjan en la batalla, en la tristeza, en el abandono. Su fibra se temple, su inteligencia se acerca, pero es á despecho de sus cualidades afectivas y de su bondad ingénita. Al perder desde temprano las ilusiones y las dulzuras de la infancia, piérdese cierta ingenuidad de sentimiento, que nunca se recupera en la vida. Tal sucedió entre nosotros con ese espíritu genial que se llamó Sarmiento, y tal pasa en el Brasil con Tobías Barreto.

Terminado su bachillerato en ciencias jurídicas y sociales y conquistado su título de abogado, el escritor sergipano se retiró á Escada, pequeña ciudad situada á trece leguas de Pernambuco. Allí se hizo dueño de una pequeña tipografía donde, dice el señor Romero:— « su sobrino, muchacho de diez y seis años, ha servido de impresor y él de regente de buena porción de periódicos, como *Un Signo de los tiempos*, *La Comarca de la Escada*, y otros que han flagelado nuestra general ignorancia y los abusos cometidos por la oligarquía de aquellos lugares ». Al mismo tiempo, su sed inextinguible de ilustración, lo hacía abandonar las atracciones exclusivas de la musa francesa, para entregarse á estudios de crítica religiosa y literaria, de filosofía y lenguas. Según su afectuoso biógrafo « en el alemán es autodidacta, en toda la fuerza de la palabra, y tanto más admira-

ble cuanto que escribe bien este idioma según afirman personas competentes ».

Los lineamientos de esta educación y de esta vida, desenvueltos en un medio obscuro de provincia, lejos del bullicio y el roce forzado de las grandes capitales, son por sí solos el mejor comentario de la mentalidad de Tobías Barreto. La independencia de sus estudios solitarios, le inspira una libertad de criterio de que usará en todas las circunstancias de la vida. Sus largas meditaciones sobre los problemas morales y filosóficos que surgen á su paso y que analiza á través de sus autores favoritos, lo hacen sistemático, de vistas profundas pero estrechas. Acostumbrado á no conversar sino consigo mismo, á escucharse á sí propio, á buscar en su satisfacción íntima la recompensa y el consuelo de sus largas fatigas intelectuales, sin pulir los ángulos salientes de su naturaleza poderosa en esa convivencia de la vida social que dulcifica los caracteres y suaviza sus asperezas, posee una alta conciencia de sí mismo y un orgullo defensivo basado en la fe que tiene en sus propias fuerzas. Su horizonte intelectual debe ser limitado; sus gustos exclusivistas; sus amores escasos, pero ardientes. Y tal se presenta, en efecto, en las páginas de los *Estudios Alemanes*, que acabo de leer de nuevo, con atención y con interés, así como á través de la biografía y del juicio que le consagra su amigo más fiel, su discípulo más constante.

« Como poeta y como prosador, — dice Silvio Romero, — apoyando en el fondo esta síntesis psicológica de su espíritu, — es completo fragmentista; cortos, ligeros ensayos, dirigidos por una idea bien determinada y definida, y revestida de un estilo correcto y lleno de movimiento, es cuanto sale de su pluma. Nunca tentó el drama, el romance ó cualquier obra de aliento, á que ciertamente no se presta la naturaleza de su talento que, en todo caso, no es heredero ni continuador de quien quiera que sea entre nosotros. Las durezas de su tierra natal, los solitarios arenales de la pequeña aldea de Campos, y la mala fortuna social del poeta, influyeron, es cierto, sobre él, dejándole en el espíritu alguna señal del abandono y de la aspe-

reza; pero los provechos de la civilización, el comercio constante con los libros alemanes, neutralizadas las mórbidas influencias del medio que lo circunda, lo hacen en la Escada, entre campesinos semi-bárbaros, un entusiasta consciente de la cultura tudesca». Ese entusiasmo, el crítico hace bien en advertirlo, no tuvo en él siempre la misma intensidad. En sus primeros escritos, también encorvóse « al extenuado espiritualismo francés, teniendo por iniciadores en filosofía á Birán, á Cousin, á Jouffroy, Simón y al escolástico español Balmes ». Este período de influencia francesa se dilata de 1865 á 1870, en que empieza á dominar en su espíritu de una manera tiránica la influencia germánica, hasta la época de su muerte (1889). Los ensayos que componen los *Estudios Alemanes*, publicación póstuma de 1892, pertenecen á las dos épocas, y dejan por consiguiente ver la evolución producida en las ideas de su autor.

La idea matriz de los *Estudios Alemanes*, es la superioridad de la cultura alemana sobre la de todos los pueblos modernos, y como contraste, el atraso terrible del Portugal y el Brasil. El señor Romero es inexacto é injusto, cuando refiriéndose á la Francia, dice que escritores como Renan y Taine, que reconocían esta prioridad, trataron de negarla después de la guerra. Tomo al acaso cualquiera de las obras de Renan, para no referirme sino á este grande maestro, cuyo germanismo ha sido más caracterizado, las *Questions Contemporaines*, por ejemplo, y encuentro que desde 1857 al tratar de los trabajos intelectuales de la Alemania, su crítica no se confunde con el endiosamiento. « La filosofía alemana, — dice en una carta á los Directores de la *Revue Germanique*, — es algo muy particular, que no puede ser comparado á nada de lo que existe y cuyo valor sólo podrá ser apreciado con el tiempo. En cuanto al conjunto de las producciones que se llamaban en otro tiempo « obras del espíritu » y que se designa ahora con el nombre de « literatura », la Alemania no se ha escapado á la decadencia general que hiere á las obras de imaginación en nuestros días; ella ha tenido, en ese género, hombres de genio; en la hora actual posee apenas en él algunos hombres de

talento. La verdadera excelencia de la Alemania reside, á juicio mío, en la interpretación del pasado. La Alemania ha comprendido la historia más como una ciencia que como un arte. No tiene grandes historiadores, en el sentido que damos á esta palabra; es necesario para merecer ese nombre un talento de composición que ella parece desdeñar; pero jamás raza alguna poseyó una aptitud más maravillosa para las investigaciones eruditas. La ciencia crítica é histórica del espíritu humano, la filosofía, instrumento de esta ciencia, he aquí su creación » (1). La verdad es que durante la guerra, según lo dice Gabriel Séailles, — la conducta de Renan « fué la de un filósofo, valerosa, medida, su pensamiento de una sorprendente lucidez. Supo, sin caer en el ridículo, dar á los vencedores consejos de moderación; en el tumulto de las pasiones salvajes hacer oír una voz tranquila, levanta el debate sin frases ni declamación. No conozco páginas más justas, más graves, de una filosofía más alta que las de su artículo de la *Revue des Deux-Mondes* (15 de septiembre de 1870) y la de sus dos cartas á D. Strauss, trazadas por una pluma francesa durante la guerra. Sin esfuerzo, Renan se libra de las cóleras, de los odios que gruñen alrededor suyo; de un vuelo se eleva encima de la hora presente que reduce á sus verdaderas proporciones, poniéndola en su lugar, entre el pasado que la preparó y el porvenir que mantiene en incubación ».

Tobías Barreto y sus compañeros, neófitos entusiastas de la secta espiritualmente llamada por Carlos de Laët, *escuela teuto-sergipana*, no conciben ninguna limitación, ninguna reserva sobre el objeto de su pasión intelectual. Esa pasión invade su espíritu como el *coup de foudre* repentino de las novelas románticas. La época y el instante de su nacimiento, repugnan un poco á mis sentimientos personales, sin que deje de comprender el deslumbramiento que se produjo entonces en el ánimo de Tobías Barreto. Fué al día siguiente del triunfo sobre la Francia, en ese año de tan funesto recuerdo para

(1) RENAN. *Questions Contemporaines* (Les Études Savantes en Allemagne).

el vencido, en que nuestro autor se sintió rendido por la grandeza de la nación preponderante. Su adhesión parece, en esos momentos, poco generosa, sobre todo tratándose de la Francia, nuestra madre común intelectual, el *alma mater* vigorosa y fecunda que durante tantos años ha guiado nuestros primeros pasos y ha disipado las primeras nieblas de nuestro espíritu. Sin embargo, — según dice Silvio Romero, — « con aquel ardor que él ponía en todo, con aquella enorme facilidad de aprender que lo distingue, Tobías Barreto entró en el almacén de libros de Lacaillard, en Recife, en la calle del Emperador — compró un diccionario y una gramática alemanas y pidió al librero que mandase traer de Europa el *Geschichte des Volkes Israel*, de Ewald. Fué este el primer libro alemán que poseyó el poeta sergipano. En el intervalo entre el pedido y llegada de la célebre obra, nuestro compatriota quedó estudiando la lengua alemana consigo mismo. Lo que después siguió, todo el mundo lo sabe: Barreto apasionóse por la lengua, por los autores, por las ideas, por todo cuanto venía de la Alemania y no abandonó hasta morir su querido *alemanismo*. Diez y nueve años empleó él en su incesante propaganda; tuvo que renovar todas sus ideas después de los treinta años, edad en que casi nadie tienta semejante aventura. Literatura, crítica, derecho, religión, política, filosofía, todo tuvo que recomponerle y modificarlo al influjo de los autores alemanes, siguiendo de preferencia « la dirección monística, donde en esferas diversas fulguraban los nombres de Helmholtz, Haeckel, Noiré, Spir, Hermann Post, Fröbel, Ihering y tantos otros de menor importancia ».

La consecuencia de esta adoración súbita, de esta voracidad pantagruélica de lecturas de toda índole, se ve de una manera patente en los *Estudios Alemanes*. No es este libro una explicación del pensamiento alemán, una síntesis de la filosofía alemana, ni siquiera un alegato en favor de la cultura germánica opuesta á la cultura latina. Es una serie de artículos de gran variedad de temas, históricos, filosóficos, críticos, literarios, hasta humorísticos, que sólo responden á su título porque todos ellos reflejan el pensamiento de

algún autor alemán, todos ellos citan algún libro alemán, todos ellos encierran algún himno, más ó menos vibrante, á la cultura, á la inteligencia, al arte, al poder de la Alemania. Si Tobías Barreto se ocupa del alma de la mujer es para decirnos lo que piensa sobre ella el distinguido israelita Adolfo Jellinck; si escribe sobre zoología, es para hablarnos de las teorías de Haeckel; mira la historia religiosa del Brasil, á través de Julio Fröbel y de Hartmann, lo que poco aclara su tema; más tarde traza un « ensayo prehistórico de la literatura clásica alemana », fundado en las mismas bases, así como señala algunos rasgos de literatura comparada del siglo XIX, extractados de Georges Brandes, que, aunque creo no es alemán, aparece allí como si lo fuera. Analiza los estudios históricos de Renan para darse el lujo de deleitarse en Ewald, en Graetz y Ranke; como más tarde habla de la filosofía en el Brasil para evocar « un recuerdo de Kant ». En fin, en todas las páginas de su libro, como él mismo lo dice, « la Alemania es el centro de sus operaciones, es su punto de partida, su *terminus comparationis* ». Cuando este término se emplea en el terreno de la crítica histórica ó de la filosofía, nada tengo que observar, dadas las predilecciones manifiestas de Tobías Barreto. Lo que me parece de un buen gusto, por lo menos discutible, es que hable de los salones literarios de Francia, esos centros infinitamente cultos y espirituales, cuya pintura exige la mayor ligereza en el pincel, el arte consumado de los matices y las medias tintas de un Sainte-Beuve ó un Renan, apoyándose en un Herman Hettner, en un Carl Freusell y otros escritores igualmente autorizados, pero en cuyas manos poco sensibles, como alguien lo ha dicho, todas esas mariposas frágiles pierden el polvo dorado de sus alas. ¿ Negaré por eso el esfuerzo intelectual respetable que importa ese libro, la seriedad y la importancia del trabajo que representa, los nobles ideales que lo han inspirado? Sería una injusticia flagrante. Lo que encuentro es que nada de lo que nos dice Tobías Barreto es una novedad para espíritus cultos de nuestra época, para diletanti más ó menos profundos que hayan frecuentado bibliotecas y que estén un poco al

corriente del movimiento de las letras de Europa. Lo que desearía hallar en él no es lo que dice Ewald, Hartmann, Jellink, Ranke y otros, porque ello me es fácil averiguarlo leyendo sus obras, si no algo original, algo nativo, sacado de su propia substancia, como es la *Historia de la Literatura Brasileira* de Silvio Romero, como son los estudios de José Veríssimo y de Araripe Junior, como es ese admirable *compte rendu* del libro de Balfour, *Los Fundamentos de la Fe*, hecho por el señor Ruy Barbosa, y en el cual aparece con rasgos tan definidos y brillantes la distinción de ese talento extraordinario, que es hoy la más alta é indiscutible gloria de las letras en el Brasil.

## VII

Fuera de la erudición alemana, el mismo biógrafo de Tobías Barreto lo confiesa, los conocimientos de éste eran deficientes en lo que respecta á otras literaturas. Vemos que cita á algunos italianos como Settembrini; en cuanto á los franceses, ya sabemos que considera mediocre el pensamiento de esta nación. Quedan los ingleses, poseedores de una literatura vasta, luminosa, profunda, encabezada por el inmenso poeta que uno de sus filósofos llamó «el rey Shakespeare», y que posee en todos los órdenes del pensamiento obras monumentales. Pues bien, Tobías Barreto parece que no sólo desconocía estos tesoros, sino que, usando la frase del señor Romero, «tuvo siempre una especie de ojeriza á la lengua, á la literatura, á la nación inglesa». Aquel filósofo que hablaba con énfasis de Darwin y Huxley, no tenía de ellos ni de Spencer un conocimiento directo. ¿Conocía á Hume, cuyos ensayos profundizan las precondiciones del conocimiento, el origen de las ideas metafísicas y su capacidad, dando á la filosofía un tinte decididamente crítico y positivista? El señor Romero dice que si lo conoció fué á través de los alemanes, del mismo modo que si criticó algunas veces á Stuart Mill, á Buckle, á Draper y á Spencer fué rindiendo culto á

las preocupaciones de algún autor de la misma nacionalidad. Este rasgo de sometimiento es indigno de un espíritu superior y abona poco en favor de la iniciativa intelectual de Tobías Romero. He aquí por qué, divorciado de las tendencias peculiares á los hombres de su raza, aislado en su pagoda solitaria, en el culto exclusivo de sus dioses, — él no ha sido popular entre la juventud brasilera ni ha dado la medida exacta del poder y la extensión de su inteligencia.

Á despecho de los elogios ardorosos del señor Romero, esto es lo que se transparenta de la lectura de *La Filosofía en el Brasil*, del estudio cuidadosamente elaborado sobre Tobías Barreto en *La Historia de la Literatura* y del prólogo que encabeza los *Estudios Alemanes*. El señor Romero ha seguido un maestro, no diré malo, sino desgraciado. Y tal vez algunos de sus defectos, que parecen en él artificiales, postizos, buscados como un desafío al vulgo y un reproche á la indiferencia general del público por los hombres de letras, los debe á la admiración que profesa por el ingenio de Tobías Barreto. Porque, es necesario decirlo, el libro del señor Romero, que me ha dado tema para escribir todas estas páginas, tiene no pocos detalles reprochables é imperfectos. Ellos han sido señalados, con gran acierto, muchos años hace, en un artículo publicado en *La Revista Brasileira* por el doctor Souza Bandeira. Mi opinión coincide en un todo con la del distinguido escritor, si bien no me detendré en todas las deficiencias que él señala, por temor de que esto me lleve demasiado lejos. El principal defecto del libro del señor Romero, es que él es completamente negativo. El autor se queja de que sus compatriotas no obedezcan á ningún plan filosófico y empieza por declarar que su sistema fisológico «redúcese á no tener sistema ninguno, porque un sistema comprime siempre la verdad». Nada es más vago, más amplio, más fluctuante que su profesión de fe filosófica. El señor Romero afecta en muchos párrafos de su libro tratar con un alto menosprecio á Victor Cousin, á Royer-Collard, á Jouffroy, á Janet, etc. «Sentaba bien á un Cousin, — hemos visto que dice en alguna parte, — acusar á Helvecio

de empirismo ». Más lejos se refiere *al pobre librito* de Janet, sobre el materialismo contemporáneo. En ambos casos la injusticia es tan irritante, que ella puede confundirse con la petulancia. « La gloria de M. Cousin — dice Renan en el *Avenir de la Science* — será haber proclamado la crítica como un método nuevo en filosofía, método que puede conducir á resultados tan dogmáticos como la especulación abstracta. El eclecticismo no se ha debilitado sino el día en que necesidades exteriores, á las cuales no ha podido resistir, lo han obligado á abrazar exclusivamente ciertas doctrinas particulares, que lo han hecho casi tan estrecho como ellas mismas, y á cubrirse con algunos nombres, que se debe honrar de otra manera que por el fanatismo ». Podría, siguiendo el método del señor Romero, oponer á aquellos ataques repetidos á Cousin, muchas autoridades respetables. Prefiero recordar otro párrafo del mismo maestro encantador y profundo, cuyas obras ofrecen tan grandes seducciones á mi espíritu. En la primera faz de su vida, dice Renan: « Cousin fué un espíritu singularmente abierto á los ruidos del exterior, fué un elocuente y profundo intérprete de todo lo que se agitaba en la conciencia europea, un joven entusiasta, ebrio en su día de ideal y de alta especulación. Sus defectos de entonces son los de su tiempo, — tiempo preocupado hasta el exceso de elocuencia, de poesía, de éxitos mundanos; son sobre todo los defectos de sus maestros los alemanes ». Finalmente, refiriéndose al curso de 1818, añade: « Tengo la convicción de que muchos de los cuadros de mi espíritu vienen de allí, y he aquí por qué, sin haber sido jamás de la escuela de M. Cousin, he tenido siempre por él el sentimiento más respetuoso y deferente ».

Es este sentimiento el que por lo menos, y á pesar de las flaquezas de Cousin, debió mostrar el señor Romero respecto al filósofo francés. Y digo por lo menos, porque meditando friamente sobre la obra crítica del señor Romero, no obstante sus conatos darwinistas, nada encuentro en él sino un vasto eclecticismo en que predominan veleidades de criticismo científico. Souza Bandeira es de la misma opi-

nión. « El señor Romero — dice — es antes un ecléctico inconsciente que equivocó su camino y júzgase positivista solamente porque conoce algunos de los principios de la nueva escuela, y nunca tuvo ocasión de leer las doctrinas de Cousin sino en las páginas de Taine, un adversario ». Y más adelante: « El eclecticismo está aniquilado, mas lo que lo mató fué la falta de un criterio sólido; en cuanto á las vistas de Cousin, ellas eran enteramente aceptables, y el señor Romero juzgando hacer novedad con su criticismo, casi no hace sino repetir las frases de ecléctico ». Pero este eclecticismo es estéril é inconsecuente; él demuestra en el señor Romero una viva inteligencia, una independencia de criterio que merece aplaudirse, un afán devorador por abarcar todos los conocimientos filosóficos de su época; y toda esta actividad cerebral se gasta en pura pérdida, sin dejarnos un plan de renovación de la filosofía brasilera que él quería vivificar, ni una guía segura para alcanzarlo (1).

¿Me será permitido, antes de separarme del interesante y sugestivo libro del señor Romero, repetir una vez más una frase del autor de la *Vida de Jesús*, que acude en este momento á mi memoria? Ella se refiere á Hegel y se encuentra en un precioso artículo sobre Henri-Frédéric Amiel. « Al salir del colegio — dice Renan — Amiel fué á Alemania, y abrazó con ardor la disciplina intelectual que dominaba allí entonces. La escuela hegeliana le enseñó sus maneras complicadas de pensar, y al mismo tiempo le hizo incapaz de escribir. Esta escuela tendía más á la facundia y á la disertación sobre toda clase de temas, que á la composición seguida que exige la prosa. Hegel tiene buenas cosas, pero es necesario saber tomarlo. Es necesario limitarse á una infusión; es un té excelente; pero no deben mascarse las hojas ». Con esto está dicho todo, en lo que respecta

(1) « El autor de este ensayo, espíritu por cierto, inculto, incapaz, inhábil, huye de los sistemas. En poesía sigue el *naturalismo crítico*, porque es la tendencia del tiempo; en filosofía y literatura el *realismo científico*, y la verdad de donde quiera que venga. Esto envuelve una serie de afirmaciones y negaciones, que aparecieron en los diarios de Pernambuco en ocho años, de 1869 á 1876 ». (SILVIO ROMERO, *Estudios de Literatura Contemporánea. Página de Crítica*. Rio de Janeiro, 1885).

á Tobias Barreto. No creo posible encontrar una fórmula más fina y expresiva, más dulcemente irónica y más exacta para caracterizar la enfermedad filosófica de que ha sido víctima ese espíritu tan distinguido como inquieto, tan impaciente como ávido de saber, tan respetable á pesar de todo, por su ambición generosa de propagandista, su fe inalterable en la potencia intelectual y su ardiente empeño por poseer la ciencia y la verdad.

### VIII

La *Filosofía en el Brasil* es una obra de juventud. No debe olvidarse esta circunstancia para la apreciación justiciera de su valor intelectual. Ya en plena madurez, Silvio Romero ha publicado últimamente un nuevo libro de polémica filosófica destinado á atacar al positivismo, con el título de *Doctrina contra Doctrina*. No quisiera penetrar en el terreno candente de la política, estudiando detenidamente la acción ejercida sobre algunos de los primeros hombres de aquel país por las doctrinas de Augusto Comte. Al hacerlo, no sería tal vez enteramente exacto, corriendo el peligro de tomar por realidades lo que quizá no pasa de suposiciones de los adversarios del régimen militar, ó de los que han sido víctimas de los excesos de la dictadura que pesó sobre el Brasil en la época de la deplorable revolución encabezada por el almirante Mello. Lo que es un hecho evidente y conocido, es que la secta positivista cuenta con numerosos adeptos en aquella nación y que está organizada en su doble aspecto filosófico y religioso bajo la dirección general del Apostolado dirigido por los señores Lemos y Teixeira Mendes. ¿Hasta qué punto deben atribuirse á las teorías de Comte, los accidentes dolorosos de la vida brasilera en los últimos años? ¿Es cierto, como lo pretenden algunos espíritus superiores, que la influencia tiránica del credo positivista ha deformado la conciencia de muchos de los mandata-

rios que han figurado en el período revolucionario, y cuyo nombre está ligado á vergonzosas escenas de sangre que parecían imposibles en un pueblo de índole apacible y noble? Y en caso de que esta deformación materialista y feroz se haya producido, ¿cómo explicar la degeneración del sistema del filósofo convertido en catecismo de venganza, de opresión y de degüello? « La Iglesia positivista, dice un escritor brillante que se oculta bajo un seudónimo, en su panfleto ardoroso sobre los *Hechos de la Dictadura Militar en el Brasil* (1), goza de todos los privilegios y fueros de una religión oficial. Es intolerante, dominadora, exclusiva y el Gobierno impone la opinión de ella, manifestada en sus divisas. Ella reguló el pabellon republicano, ella da interpretaciones legales y religiosas á los actos del Gobierno, en los editoriales del *Diario Oficial* ». Y más adelante, refiriéndose á los neófitos de la religión de la Humanidad, añade lo siguiente: « El clero numeroso y el pequeño número de fieles de la nueva religión oficial dirigieron un mensaje al dictador Deodoro de Fonseca, elogiáronle la violencia, pidiéronle que no tuviese miedo de ser déspota, sugiriéronle que no hiciese caso de elecciones ni de representación nacional... Contáronle en ese Mensaje que en Francia el parlamentarismo por poco no fué derribado últimamente, pero que lo sería en breve... La tiranía que ejercen (los militares gobernantes y los abogados que se sirven del ejército) necesita un apoyo moral, y la dictadura juzga encontrarlo en el pedantismo de la clerecía positivista, discípula fanática del apologista del crimen del 2 de diciembre y del filósofo que convidó á Nicolas de Rusia á conquistar la Europa y reducirla al despotismo. En el Brasil, los positivistas de secta aplauden ese despotismo, cuando él aparece, y quieren destruir el pasado, esclavizando el presente, para dominar el futuro. » He querido traducir aquí esa opinión radical, de un combatiente franco, porque deseo limitarme á dejar sentados los términos de este

(1) Este folleto inflamado é interesante, escrito con *verbo* y desenfado, se atribuye por algunos al doctor Eduardo Prado, autor de *La Ilusión Americana*, de que me ocuparé más adelante.

arduo problema. En frente de ella, conviene leer los párrafos que dedica á la influencia positivista uno de los escritores que figuran en las filas situacionistas, el doctor Felisbello Freire, ex-ministro de Hacienda del Mariscal Peixoto. En su *Historia Constitucional de la República de los Estados-Unidos del Brasil*, expresa este distinguido escritor que « aunque Benjamin Constant no fué un representante genuino del Positivismo, fué él entretanto en quien la cátedra del profesor inculcó sus principios en la juventud de las escuelas militares, dependiendo de él su generalización entre los alumnos ». Las tendencias positivistas de aquel profesor, que pasa en el Brasil por ser el verdadero fundador de la República, datan de 1867. En ese año, según Felisbello Freire, escribía Benjamin Constant á su esposa una carta concebida en estos términos curiosos : « Recuerda que soy tu mayor y verdadero amigo, que te amo más que todo y á todos en este mundo, que eres mi única felicidad, mi religion, mi única ventura. *Tú eres para mí más, mucho más que lo que Clotilde de Vaux era para el sabio y honrado Augusto Comte.* Sigo, como sabes, todas sus doctrinas, sus principios, sus creencias ; la religion de la Humanidad es mi religion, sígola de corazón con la diferencia empero de que, para mí, la familia está encima de todo. Es una religion nueva, sin embargo la más racional, la más filosófica, y la única que dimana naturalmente de las leyes que rigen la naturaleza humana. No podía ser la primera *porque ella depende del conocimiento de todas las leyes de la naturaleza*, es una consecuencia natural de este conocimiento, y por tanto, no podía aparecer en la infancia de la razón humana, y cuando las diversas ciencias estaban en embrión ; no habría aparecido aún, si el genio admirable de Augusto Comte no hubiera sabido, por la amplitud de su inteligencia, trasponer los siglos que han de venir, sorprendiendo por su sabia providencia las ciencias en su término y dándonos en su religion positiva la religion definitiva de la Humanidad. » ¡ Qué párrafos tan sugestivos en su ingenuidad declamatoria y banal, en su ridiculez inconsciente ! y ¡ cuánta luz proyectan sobre el alma y el cerebro de aquel político que de-

sempeñó un papel tan prominente en la evolución republicana de su patria!

El psicólogo necesita documentos de esta especie para penetrar en los pliegues y en las modalidades que caracterizan á un personaje é iluminan las complicaciones de su sér íntimo. Por mi parte, ese grito de prosélito, dirigido por Benjamin Constant á su esposa, me enseña más, á proposito de su acción y su personalidad, que todo lo que he leído á su respecto, ya sea la crítica de sus enemigos, ya sea el himno de sus turiferarios. Entretanto, es indubable que la influencia del positivismo se ejerció de una manera marcada en el comienzo de la República, y todos los escritores brasileros que se ocupan de esa época lo dicen claramente. « Por un singular fenómeno cuyo estudio será muy interesante para el futuro, — leo en el libro *Imperio y República Dictatorial* de A. de Carvalho, — de súbito manifestóse en ciertas regiones próximas al gobierno, una decidida tendencia hacia la supresión, aunque sólo fuera temporal, de todas las libertades, y surgió el más decidido entusiasmo en favor del régimen dictatorial, que unos declaraban indispensable para contener al mismo tiempo á los monarquistas y los socialistas, y que otros, más científicos, exigían en nombre de la filosofía positivista de Augusto Comte ». ¿Cómo comprender, me pregunto nuevamente, que la religión de la Humanidad haya producido después esos resultados mezquinos, opresores, y hasta sangrientos que le reprochan sus adversarios?...

Hay en esto algo obscuro para el observador extraño, algo que no puede ser concebido de una manera clara y evidente, sino por los que están en el secreto de muchos detalles y antecedentes que escapan forzosamente al extranjero. Por mi parte, he sido siempre un poco incrédulo á propósito de la influencia de Comte sobre el espíritu de los militares que ordenaron los cobardes asesinatos de Santa Catalina y de Curitiba, por ejemplo. La barbarie y la crueldad de sentimientos me parecen por desgracia bastante comunes en naturalezas inferiores sin que necesiten explicarse por silogismos filosóficos.

Ni López ni Oribe leyeron seguramente á Comte, y cualquiera de ellos, como nuestro famoso Cuitiño, puede mostrar en su activo algunas, aunque no tantas de las hazañas sangrientas que hicieron célebre al coronel Moreira César, una de las personificaciones más bajas y repugnantes del verdugo político, que pueda enseñar la historia de nuestras pobres naciones americanas. La propaganda positivista de los señores Lemos y Teixeira Mendes en el Brasil, como la del señor Lagarrigue en Chile, me pareció siempre inofensiva y excesivamente lírica. Sus publicaciones frecuentes en la prensa de Río de Janeiro, oponiendo su inocente veto á las medidas y proyectos más diversos, pueden explicarse como una manía que á nadie perjudica y que hasta tiene su mérito como medio de solaz para el observador indiferente (1). Algunas veces, — es necesario decirlo con franqueza — su crítica misma está fundada en bases sólidas y generosas. Tal sucedió con motivo de la llegada de una comisión uruguaya, portadora de las medallas conmemorativas de la guerra del Paraguay, recibidas con gran fausto por las autoridades brasileras. El apostolado positivista, hizo oír su voz para hablar en nombre del vencido y mostrar la inconveniencia y la poca generosidad de manifestaciones de esta especie después de veinte y cinco años de terminada la campaña ; y

(1) Una de las representaciones más curiosas del Apostolado Positivista del Brasil es la que dirigió al Congreso Constituyente de 1890, proponiendo modificaciones al proyecto de Constitución presentado por el gobierno. Los considerandos que las preceden son característicos. Véase en calidad de ejemplo los que fundan el pedido para sustituir en el artículo 1º las palabras *perpetua é indivisible* que se refieren á la República del Brasil : « Considerando : 1º que las leyes naturales de la sociedad demuestran, según Augusto Comte, que las patrias verdaderamente libres, no pueden componerse de más de uno á tres millones de habitantes en la tasa media de sesenta habitantes por kilómetro cuadrado ; 2º que las grandes nacionalidades resultaron de violentas agregaciones políticas que siguieron á la ruptura del lazo católico ; 3º que por lo tanto el sistema federal constituye apenas la forma empírica de coordinar por medios políticos la unión histórica de ciertas patrias ; 4º que tal sistema está destinado á desaparecer, en futuro más ó menos próximo, luego que surja la unidad religiosa, determinada por una fe universal científica, sustituyéndola á la fe católica, actualmente en disolución ; 5º que las fórmulas políticas actuales deben desterrar los compromisos absolutos, cuya ineficacia social y moral para garantir el orden y el progreso está demostrada todos los días, especialmente lo evidencia la revolución que inauguró la república brasilerá, etc., etc. ».

sus frases sencillas, morales y levantadas me parecieron lo mejor que se dijo en aquellos momentos de expansiones oficiales tan entusiastas. Luego, á primera vista, creo que el apostolado positivista tiene bastante en que ocuparse con sus rencillas internas y con sus pleitos de familia, para entretenerse en envenenar el alma de caudillos más ó menos bárbaros, enseñándoles el exterminio del adversario. Por lo pronto, él no manifiesta una virtud muy grande de subordinación y disciplina, á juzgar por su separación ruidosa del pontífice Pierre Laffitte y las cartas-brulotes dirigidas por el señor Lemos á aquel San Pablo del positivismo (1).

De todo lo que, disperso en artículos de polémica ó en publicaciones de otra índole, he leído en el Brasil á propósito de la acción y la influencia del positivismo, nada me satisface más que un estudio publicado por José Verissimo en la *Revista Brazileira* (2). El libro de Silvio Romero queda excluido de este juicio, porque más que una obra de exposición filosófica es un vigoroso panfleto de combate, en que resaltan de una manera elocuente, todas las condiciones que para este género de literatura posee el ilustrado escritor. El ensayo á que me refiero ha visto la luz con motivo de la obra del autor de la *Filosofía en el Brasil*. Es un análisis imparcial y sagaz de *Doctrina contra doctrina* y, á pesar de su concisión ó tal vez á causa de ella, desarrolla su tema con tal firmeza de criterio, con un conocimiento tan perfecto de sus fases diversas, — que nada me parece más conveniente que extractar aquí sus principales ideas.

Para José Verissimo, la influencia del positivismo ha sido en el Brasil «más extensa que profunda, pero aún así incontestable y sensible». El despertar de las ideas comtistas sucedió en aquella nación á la filosofía clásica: «el evolucionismo spenceriano, el monismo haekeliano, como el positivismo comtista, fueron las principales formas del pensamiento nuevo introducidas en el Brasil». Las

(1) *L'Apostolat positiviste au Brésil. Rapport pour l'année 1885 par M. Lemos.*

(2) *O Positivismo no Brazil por José Verissimo. Revista Brazileira, 1895.*

dos primeras, defendidas por personas que en general carecían de una sólida preparación científica, no ejercieron una acción directa social; mientras que el comtismo, atrajo á sus filas á algunos espíritus preparados « en lo que es la base misma del sistema, las ciencias físico-matemáticas ». En el Brasil, por otra parte, no había ninguna organización que pudiera oponerse á la acción y al objetivo de un grupo enérgico y animado de propósitos definidos; « no lo estaba el propio Estado, á pesar de sesenta años de monarquía, no lo estaba como aún no lo está la Iglesia, y menos aún el academismo, el oficialismo, en suma cualquiera de esos elementos de la vida nacional que en otras partes son un obstáculo á la intrusión de ciertas ideas ». Esa falta de cohesión entre las diferentes moléculas del cuerpo social, preparó el terreno á los avances del positivismo. Fué mediante las matemáticas que él penetró en el seno de las escuelas militares « ganando así su mayor número de adeptos y propagadores en la corporación que, entre nosotros, era tal vez la única que tenía una organización tal cual y mantenía algún espíritu de clase; y por una de esas fenomenales incoherencias de que parece tenemos el privilegio, fué de la sementera del ejército que salieron, sino los sacerdotes, los acólitos de la doctrina fundamentalmente hostil á los conflictos armados, al régimen militar, á los ejércitos permanentes ». Al mismo tiempo que el positivismo, se introdujo en la milicia la idea republicana. Á la caída de la monarquía la influencia y el prestigio de la escuela de Augusto Comte, se traslucen en la nueva Constitución. Á ella se debe principalmente el hecho de la separación de la Iglesia y el Estado y el establecimiento del régimen presidencial federal. El señor José Verissimo coincide con la opinión, anteriormente transcrita, de A. de Carvalho respecto al carácter que tomó el Positivismo, convirtiéndose casi en la religión del Estado. Los neófitos de la nueva secta pulularon entonces, de una manera sorprendente. « Vióse en Roma la misma cosa, — dice José Verissimo. — cuando, con Constantino, los Césares se hicieron cristianos. El argot positivista, « la anarquía mental », « la pedanto-

cracia », « el régimen normal », « el orden es factor del progreso », « la integración del proletariado », « los muertos gobiernan á los vivos », « las patrias brasileras », todas las formas y variaciones de las palabras sistema, integración, incorporación y otras favoritas de la escuela, entraron á hacer parte obligada de todos los discursos, de todas las arengas, de todas las discusiones ; y viéronse diarios de provincia, que de Augusto Comte hasta el nombre ignoraban la víspera, mechar con frases positivistas su prosa sobre política local. En ese período, el positivismo, oficialmente dominante bajo la égida del más influyente miembro del Gobierno provisorio y de sus lugartenientes inmediatos, sólo encontró, sino neófitos muy convencidos, catecúmenos condescendientes, devotos espontáneos ó por lo menos paganos simpáticos. En los propios jefes, á despecho de sus protestas en contrario, siéntese que no les repugna esa alianza de su capilla con el Estado, que determinará primero la apropiación y después la canonización de Benjamin Constant, de quien ellos harán, á pesar de los hechos y de sus mismas afirmaciones olvidadas en interés de la secta, el padrino, el patrono del positivismo en la República. Artículos de nuestra Constitución, el lema de nuestra bandera, algunas fechas de nuestras fiestas nacionales, — por sí sólo bastan para probar su influencia en ese momento, sin exagerarla ».

En *Doctrina contra Doctrina*, el señor Romero estudia también esta invasión del positivismo, considerando á la secta de Augusto Comte « como uno de los nuevos partidos políticos del Brasil ». Para combatir sus principios y detener su marcha triunfante, él impulsa á los « sectarios del materialismo evolucionista, cuya fórmula sintética puede ser bebida en Herbert Spencer, á que se organicen también en un centro de propaganda y procuren reaccionar por el diario, por el libro, por la conferencia, por la lección oral, contra el neo-jesuitismo que invade el país ». José Verissimo encuentra el título poco feliz y el consejo poco factible. « Lo que justamente distingue al positivismo de todas las construcciones filosóficas, — dice, — es ser una doctrina completa: una filosofía,

un dogma, una política. Siendo sobre todo una religión, porque para él el punto de vista moral prima sobre todos los otros, da á sus fieles un criterio único, les impone el mismo dogma y los sujeta á la misma disciplina. Condenando el libre examen y la libertad de conciencia, erige á su fundador en Maestro (con mayúscula) infalible. Ninguna relación del hombre con el universo, de orden científico, de orden literario, de orden social, de orden económico, de orden sentimental, escapó de ser explícita ó implícitamente prevista y asentada en la obra copiosa y difusa de Augusto Comte ». Y más lejos: « El spencerista ó evolucionista puede ser en política republicano ó monárquico, en religión, por lo menos ateo ó deista, en arte, idealista, realista, naturalista ó simbolista, en ciencia quedar en Darwin ó en Haeckel; puede ser partidario ó enemigo del divorcio, favorable ú hostil al libre cambio, al presidencialismo ó al parlamentarismo, al café, al alcohol, á las comidas pimentadas. El positivista, no; el mismo dogma que le determina una convicción científica, le da un criterio moral y artístico y le reglamenta la familia, la mesa, la actividad política, económica y hasta sexual. Es en esto justamente que reside, sino su originalidad, su distinción y su fuerza. Por eso sus adeptos pueden constituirse en corporaciones, en iglesia, y en virtud de la ley de gravitación, verdadera también en el mundo moral, obrar sobre las masas inconscientes y desorganizadas que lo rodean ».

No obstante estas observaciones, el libro de Silvio Romero, quedará como un nuevo esfuerzo brillante del distinguido escritor en pro del adelanto y la cultura de su patria. Es una de sus más interesantes publicaciones, porque en ella se expanden, sin trabas ni cortapisas, las cualidades realmente sobresalientes de este autor en el terreno de la polémica. Su espíritu vivaz, su flexibilidad intelectual, sus facultades de analista, — todo se subordina en él á sus tendencias de combatiente. No concibe la crítica como un examen frío, desapasionado, sino como un alegato ó una filípica. Los escritores que no han luchado, que no han probado el bautismo de fuego,

son para él mediocres ó detestables. Á Machado de Assis, en sus *Estudios de Literatura Contemporánea*, lo trata con visible injusticia, desconoce toda la seducción artística de su estilo primoroso, y le reprocha principalmente que « sin convicciones políticas, literarias ó filosóficas, *no es, nunca fué un luchador* ». El mismo cargo dirige en otra parte al Visconde de Taunay, y al poeta Luiz Delfino, diciendo que « nadie conoce sus opiniones científicas, políticas ó literarias » y se ha limitado á « tener la cabeza erguida, querer intimidar á los otros, sin haber escrito, *discutido, luchado*; conservándose como un incógnito, *mientras los otros batíanse pecho á pecho* ». Podría multiplicar las citas de este género. En *Doctrina contra Doctrina*, como en sus numerosas publicaciones anteriores, aparecen bajo una luz vivísima todas las cualidades y los defectos de Silvio Romero; sus hallazgos frecuentes de excelente crítica filosófica y sus desahogos repentinos; la valerosa impetuosidad con que se lanza á cuerpo descubierto en la batalla, y la exageración preconcebida de alguna de sus opiniones extremas. Á pesar de todo, su obra vasta y variada es un producto intelectual valioso, que revela en su autor un alto grado de cultura científica y convicciones morales dignas del mayor elogio. Ella es al mismo tiempo un timbre de honor para su patria, al mostrar la seriedad y la competencia con que en el Brasil se discuten y desmenuzan las más arduas cuestiones que preocupan el pensamiento contemporáneo.

MARTÍN GARCÍA MÉROU.

(Continuará).

# MARINAS Y PAISAJES AMERICANOS

(Continuación)

---

## II

### DE LIMA Á COLÓN

Después de una quincena de gratísima estadía, — velada acaso por una impresión de conjunto que me será penoso formular, — tengo que arrancarme de Lima, la muy noble y hechicera, que desprende el encanto melancólico de la grandeza venida á menos. Presiento que tan sólo ahora comienza para mí el verdadero y rudo viajar: es decir, el extrañamiento, la soledad moral sin el paréntesis de las arribadas á casas amigas, lo que en estrategia se llama « la pérdida del contacto ». Oh! qué dura será esta larga abstinencia de comunicación, el eterno soliloquio del espíritu replegado sobre sí! Nunca más cierto que en la peregrinación, el *Væ soli* de la Biblia: Ay! del solo! que cuando cayere, no tiene quien le levante...

Hasta Lima había llegado, adelgazándose más y más al estirarse, el hilo invisible que me ata á Buenos Aires: no sólo encontraba

donde quiera una propagación de afectos ó relaciones fáciles, en Chile y el Perú, sino que comprobaba personalmente la irradiación directa de la tierra adoptiva. El hilo está roto. ¿Qué individualidad puedo esperar, allí donde la Argentina parece mucho más desconocida y distante que en París ó Londres? Tengo de ello una percepción inmediata, desde que piso la cubierta del vapor *Imperial* que me lleva á Panamá.—*Once more upon the waters!* Pero esta vez, Childe Harold encanecido y sin lirismo, me siento desorientado, aislado de veras, separado de mis cien compañeros de cautiverio, menos aún por la falta de trato anterior que por la ausencia de posible afinidad futura.

Desde que dejo de agitar el pañuelo hacia el grupo cariñoso que se queda en el Callao, la brusca invasión del aislamiento cae en mi alma como un gran silencio repentino; y en un ensayo de reacción infantil, me pongo á leer dos ó tres pobres cartitas de «recomendación» para Guayaquil y demás tierras calientes. Luego, semejante al medroso que canta en las tinieblas, me doy á pensar que, en adelante, mi mejor y fiel amigo hasta Méjico y California, mi interlocutor más sufrido en esa vasta *terra incógnita*, donde me tornaré al pronto tartamudo y sordo á medias, será este cuaderno de papel blanco que he comenzado á ennegrecer.

¡Triste paliativo para quien el escribir es tan tedioso! ¿Será posible que exista un sér inteligente y delicado que, con toda buena fe y espontáneamente, se entregue á este fastidioso enhebrar de frases impotentes, desdeñando el noble deleite de imaginar á solas, sin lanzar á la plaza pública sus confidencias? Ello parece tan inverosímil como atribuir gustos de artista al ente subalterno que persigue mariposas en la pradera, con el único afán de fijarlas, muertas y descoloridas, en una caja de cartón... Otra ha de ser la razón de los «apuntes de viaje». Creo hallarla en el fondo de perversidad humana que descubre especial fruición en el anhelo de lo vedado, ó, más generalmente, en la inobservancia del deber...

Ejemplo al caso: este deplorable oficio de «corresponsal» y

futuro autor de « impresiones », que tan de ligero me he impuesto, no tiene sino esta faz agradable: el no cumplirlo. Entonces se vuelve encantador. El más insípido vagar cobra sabor de fruta prohibida. Decid al soldado en campaña que su fatigosa requisición de víveres es libre merodeo, y le veréis volar á la *corvée*! ¿Quién osaría comparar las delicias de una « rabona » á la tibia satisfacción de un asueto legítimo? He descubierto, pues, este remedio—que me permito recomendaros—contra el pesado aburrimiento de las horas de viaje: el tener siempre por delante un programa de trabajo que no se ejecutará jamás. Así, al perder en cualquier chata partida ó en la sola ociosidad, el tiempo que se debiera « consagrar » á la escritura, se experimenta una sensación de triunfo: « Otra que te raspé! » Este condimento del pecado es lo que llaman los moralistas el « remordimiento ». Reflexionad: en la vida no hay más cosas buenas que las prohibidas,—las contrarias á la convención social, á las reglas de la prudencia, á la salud. La *obligación*—la misma palabra lo dice—es todo lo que *liga* al hombre, coartando su independencia y soberbia altivez. La santa Bohemia, ignorada de los burgueses y filisteos, sería en verdad la tierra de promisión, si éstos no fueran los más fuertes y no nos impusieran la ley.

Confieso, por otra parte, que esta filosofía de turista no sería inatacable, considerada « bajo el prisma » de la pedagogía ortodoxa. Pero ¡ en viaje!. Como el *Maître Jacques* de Molière, que cada uno de nosotros lleva consigo, trocaré mañana la sonrisa del escéptico por el gesto convencido del educador, de « uno de nuestros más autorizados educacionistas »! Aunque, en el fondo, no sabemos mucho más respecto de la virtud de nuestra pedagogía, que los médicos acerca de su terapéutica. Andamos á tuestas: *obscure cernimus*. Apenas si comenzamos á sospechar que los preceptos del catecismo y los sermones carecen de eficacia; y que la real educación del sér joven no modifica perceptiblemente el elemento innato de la raza y el atavismo, sino por la acción prolongada del medio, el choque diario de la experiencia, la presión brutal de la necesidad

que elabora las ideas útiles y crea los poderosos hábitos... Pero, queden para mañana los negocios serios!

#### GUAYAQUIL

Reconocemos al pasar la histórica ruina de Tumbes en su arenal, que amojona la frontera peruana por el norte, y ya estamos en la bahía de Guayaquil, remontando el amplio estuario. Á esta hora matutina, la costa baja parece encantadora, con su isla y aldea de Puná, abigarrada de blanco y rojo, que se destaca netamente del verde intenso. — La primavera, la aurora, la infancia : todo ello se muestra hechicero bajo los trópicos ; más tarde, muy pronto, la gracia se evapora con el fresco cendal de la mañana, los rasgos se espesan ó se entumescen bajo el clima disolvente y el sol implacable.

Las riberas del caudaloso Guayas se aproximan lentamente ; piraguas afiladas, especies de jangadas cubiertas huyen delante de nosotros, traqueadas por el violento oleaje de nuestra singladura. Hacia el nordeste, adonde vamos, lindas colinas arboladas se desprenden del claro cielo, desenrollando hasta la ría sus tupidos vellones de follaje. En torno de las cabañas brotadas entre los acuáticos paletuvios, algunas vacas rojizas, airosos potros dispáranse por la fresca pradera, húmeda todavía del rocío nocturno que el sol naciente absorbe en una hora. Garzas y cigüeñas blancas hunden en el légamo sus zancos rígidos ; loros y cotorras pican su color vivo en el paisaje ; azuladas tórtolas revolotean en las esbeltas palmeras, se posan en las gruesas raíces adventicias de los mangles, que, bañando en el agua inmóvil, remedan una imagen reflejada de su ramaje. Oigo cantar los gallos en los vecinos cortijos ; y esta alegre diana que desde un año no escuchaba, transporta mi pensamiento muy lejos, á otras llegadas matinales entre la algazara y la risa de los niños bajados del tren medio dormidos : las temporadas de la estancia, los galopes á caballo por aquellos bosques balsámicos y amigos,

cuyas sanas emanaciones, en vez de esta pérfida sombra tropical y su envenenada frescura, traían efluvios tonificantes, devolvíanme con la existencia independiente, la fuerza y la salud. . .

La alta barrera de los Andes ha prolongado la breve aurora ecuatorial; pero, al punto de emerger el disco del sol sobre la cordillera, derrámase el incendio sobre el paisaje bruscamente iluminado; parece que el lejano Chimborazo estuviese en erupción de llamas y rayos ofuscadores; á poco se agita y hierve el río Guayas, haciendo espejear su epidermis resplandeciente, chapeada de escamas metálicas. En breve espacio, casi sin transición, hemos saltado del alba al mediodía, del clima templado al tórrido, del dulce Floreal al ardiente Termidor. Á medida que penetramos en el puerto fluvial, Guayaquil desarrolla su hilera pintoresca, en la margen derecha. Á través de la caldeada atmósfera, cuyo espejismo hace vibrar las barcas en el río y las casillas de madera en sus orillas, cual si estuvieran en vía de derretirse, las manchas verdes de los cacao y los inmensos penachos de los plátanos envían la ilusión de la frescura y la sombra. Las casas sobre pilotes, con sus altos en desplome, se alinean interminablemente, confundiéndose con las balsas cubiertas que obstruyen el puerto, y remedan una pequeña Venecia tropical — sin historia ni monumentos.

Bajamos á tierra al mediodía, — en esta tierra, diría Tennyson, en que es siempre mediodía (1), — y cruzo el malecón y la calle del Comercio, en busca de la casa de correos. Doy con una tienda obscura y estrecha, amueblada con un mostrador; un mocito con cara de terciana me vende una estampilla, y se retira tras de una mampara donde adivino un catre tentador. Como noto que la estampilla no está engomada, esbozo un reclamo tímido. Sale una voz de la trastienda: « ¡Ahí tiene el tarro de goma! ». Efectiva-

(1)

*In the afternoon they came unto a land,  
In which it seemed always afternoon.*

(TENNYSON, *The Lotus-Eaters*).

mente, está un enorme tarro de cola sobre el mostrador con un pincel descomunal. ¿En qué estaba pensando? Procuro realizar la operación, — sin éxito, probablemente, pues del centenar de cartas que durante esta media vuelta al mundo he de escribir, la de Guayaquil, con tarro y todo, será la única que no llegue á su destino. El servicio de correos es correlativo del estado de civilización.

Recorro la ciudad. Todas las construcciones son de madera, desde las iglesias recargadas de florones y pinturas hasta las aceras de tablo- nes escuadrados. Á la sombra de los portales en arcada, adorno y re- fugio del malecón y calles adyacentes, el hormigueo de los negros y mestizos, los puestos chinos con sus nauseosas emanaciones, las carnicerías criollas, las pirámides de piñas y bananas, las cocinas al aire libre, las tiendas con sus muestras vistosas tendidas en los lar- gueros: todo eso y lo demás, ya muy visto y conocido, rehace para mí el cuadro sabido de memoria de todos los puertos tropicales. Ningún movimiento, ninguna vida aparente en las habitaciones de los pisos altos; ventanas y balcones tienen bajadas las celosías, como párpados cerrados.

Fuera de esas calles próximas al puerto, donde se mueven las exportaciones de caucho y cacao que convergen á Guayaquil, un vasto y pesado silencio amortaja el emporio ecuatoriano: el reino de la siesta. Entro en el principal bazar de la calle del Comercio: está vacío. Me enseñan « curiosidades »: esculturas á cuchillo pos- tizamente bárbaras, adornos y chucherías de marfil vegetal, ma- marrachos al óleo que remedan el arte quiteño — indios mascando el *chonta-ruru*, etc., — y que desde los quince pasos huelen á baja factura italiana; y luego, pieles de fieras, cocodrilos empajados, sombreros de jipijapa, — todo el desembalaje cursi para turistas en demanda de color local...

Me meto en un tramway vacío, tirado por dos mulas éticas que an- dan paso ante paso, respetando el descanso de su cochero y mayoral. Las afueras de la ciudad se muestran ya invadidas por la vegetación tupida, espléndida, inquietante, que exuberera y chorrea savia nu-

tricia. En la bóveda rebajada del cielo gris, la densa colgadura de nubes se desprende á trechos, como cortina mal fijada, mostrando parches de lapislázuli. Se respira un tufo de sudadero romano, un denso vapor caliente, saturado de miasmas y fragancias vegetales, que se arrastra por el suelo, entre las charcas de la lluvia de ayer y la atmósfera siempre húmeda del chaparrón cercano. Ya se desploma, circunscrito y local, en tanto que, acá y allá, en torno nuestro, sigue el sol derramando sus cascadas de fuego. Sin un rumor, sin un hálito de brisa, las gruesas gotas tibias se aplastan en el camino, quedan en glóbulos de cristal sobre las anchas plumas verdes de los bananos. Junto á sus ranchos ó bohíos de bambús techados de palma, algunas mujeres y muchachos sorprendidos por el aguacero, en su hamaca colgada bajo una enramada, dejan correr la lluvia en su cutis de bronce. « Si va á pasar... ¡ Quién se toma el trabajo!... » ¡ Sabia economía criolla del esfuerzo, religiosamente observada en Sud-América !

Volvemos á los barrios centrales ; me bajo del tranvía para andar más á prisa. Visito la catedral de « estilo » jesuítico-español, cuyo frente cuajado de molduras y rosetones encubre un interior suntuosamente lúgubre ; el colegio monumental y despoblado ; el palacio episcopal, advenedizo y cualquiera. En la plaza de San Francisco, una estatua del presidente Rocafuerte— por Aimé Millet?— parece montar la guardia delante del convento. Esta capilla es parecida á sus congéneres de Santiago ó Lima, sencilla é interesante en proporción de su relativa desnudez. En la penumbra de la nave rectangular, tres ó cuatro mestizas arrodilladas forman un grupo confuso tras de una joven que reza, la cabeza envuelta en su mantilla. La veo salir, bajo la plena luz del atrio, y quedo estupefacto ante su esplendor que contrasta maravillosamente con todas las caras pálidas y marchitas que hasta ahora he visto en esta tierra envenenada. Rubia, fresca, de esbelta robustez, esta legítima flor ecuatoriana tiene el pelo de oro y los ojos azules de una wili, con la carnación divinamente transparente de la Santa Catalina del Correggio.

¡Extraño misterio, que en todos los pasajeros del *Imperial* producirá el mismo asombro, — pues será nuestra compañera de viaje hasta Panamá, con su marido, rico comerciante francés que vuelve á la patria extenuado por este clima fatal! Ella evoca el recuerdo de esas espléndidas orquídeas de las selvas natales, cuya mágica florescencia extrae frescura y color de una atmósfera de fuego. Con su pobre marido, carenado por una estación en Vichy, la volveré á ver en París, indiferente y pasiva en los Campos-Elíseos lo mismo que en el atrio de San Francisco, irradiando su belleza inalterable y fría como una gema, — á manera de esos témpanos cristalizados que el Cotopaxi arroja á la distancia y son trozos de hielo salidos del cráter en ignición.

Al cruzar la plaza, leo en una pared blanca, en letras enormes como de muestra comercial, el nombre de un diario guayaquileño, y recuerdo que traigo una carta de Lima para su director. Falta una hora para levar anclas: aprovechémosla, puesto que viajo para instruirme.

En un cuarto bajo y blanqueado á cal, delante de una mesa de redacción que fuera ocioso describirnos, me recibe un joven esbelto y pálido, de modales corteses y aspecto simpático. Parece convaleciente, como casi todos los indígenas. Como mi carta viene de un antiguo dictador — ó poco menos — el periodista me considera afiliado á su liberalotismo de oposición: y me encuentro lanzado en plena corriente de política ecuatoriana, en las polémicas de campanario y las batallas liliputienses del papel — misterios todos que conozco á igual de los combates de los trogloditas. Felizmente, mi amigo flamante — «Cuenta usted con un amigo!» — es un pequeño Cotopaxi oratorio. Escucho el desfile previsto de la vida y milagros del déspota del día — idénticos á los del déspota de ayer, y aun de antes de ayer. El gobierno actual es, por supuesto, una tiranía apenas disfrazada, y el clericalismo más subido impera en la capital. Guayaquil es la única ventana abierta sobre el mundo civilizado: aquí la mayoría es independiente, liberal, radical. Está en elaboración la próxima revolución, inevitable, triunfante, destinada

á realizar todos los ideales, todos los progresos, probablemente en nombre de Alfaro—ó de Veintemilla, de quien creo que es pariente mi emancipador. — Poniéndonos en lo peor, la ventana sirve también para decampar. Por lo demás — seamos justos — el tiranuelo actual, hombre de letras, no gasta medios violentos; deja á los periodistas libres, en Guayaquil; ni siquiera suprime los periódicos: se contenta con cortarles los pies, como hacían los déspotas orientales con sus cautivos, dejándoles arrastrarse por el suelo, en torno de su mesa. De acuerdo con el obispado — ¡foco del obscurantismo! — el gobierno se limita á confiscar sin ruido todos los ejemplares de los diarios opositores que se envían por correo. Como el « avaro Aqueronte », el buzón no devuelve su presa. (¿Allí quedaría mi carta de marras?) — Pero todo está á punto de concluir, de reformarse: la próxima constitución — anexa á todo vuelco gubernativo — será perfecta y definitiva. Etc., etc...

En tanto que el tórrido tribuno — sin duda, sincero — asesta en el vacío su « ecuatorial »; miro la susodicha estatua por la ventana abierta, y aquella figura convencionalmente meditativa del caudillo guayaquileño, evoca por asociación las de sus predecesores y sucesores, cuya historia recorría á bordo, y no por cierto en autor adverso al tan hueco y estéril cuanto celebrado liberalismo (1).

¡ Lúgubre y carnavalesco desfile de revoluciones sangrientas, de pactos y traiciones vergonzosos, de manotones « sorprendivos » y dente-lladas famélicas, con el acompañamiento repugnante de esa fraseología jacobina, medio siglo después que en Europa ha sido arrojada á la espuerta de la basura! Figuraos una opereta en cien actos cuyas escenas trágicamente cómicas fueran reales, con asesinatos, envenamamientos, saqueos y orgías de verdad: las peripecias del *Príncipe* de Maquiavelo puestas en acción, no por Malatestas y Castrucios, elegantes en su misma corrupción y ferocidad, sino al compás de la bámbula, por mestizos ebrios y lúbricos... Más sencillamente:

(1) MURILLO, *Historia del Ecuador*. 1890.

imaginad nuestra anarquía sanguinolenta de una década, prolongada por más de medio siglo — todavía dura — y, en lugar de nuestra franca barbarie provincial de vincha roja y chiripá, una parodia nauseabunda de constituciones deformes y proclamas idiotas, que parecen eructos á la « libertad » (1) !—Cada capítulo de esa « historia » repite al anterior con insoportable monotonía, tan sólo amenizada por lo grotesco del estilo. — Los anales del Ecuador ostentan la uniformidad abrumadora de su clima sin estaciones. Siempre la violencia impulsiva en el pueblo, como el estío implacable en la tierra; el atentado brutal ó la usurpación insidiosa para asaltar el efímero poder, y que de antemano justifican y atraen las anárquicas represalias. Una sola década hace excepción en más de sesenta años : la de García Moreno, cuya mano de hierro se enguantaba de terciopelo clerical, y que fué barbaramente sacrificado, no por su despotismo y más ó menos justificadas crueldades, sino por su energía autoritaria que creía posible fundar el orden en el catolicismo intransigente. En suma, aquella dictadura, con sus defectos y violencias, representa el único esfuerzo intentado con éxito para domesticar el anarquismo ecuatoriano. Con ella la nave nacional, bien ó mal orientada, seguía un rumbo fijo, en lugar de ser juguete de las olas embravecidas, como antes y después de la famosa Constitución de 1869.

Un tanto hipnotizado por el runrun oratorio, he seguido mi pensamiento, dejando vagar la mirada en torno de la estatua de Rocafuerte, más que nunca meditativo, pues ahora, con el miraje, parece cabecear de pie. En un resuello de mi hombre, murmuro distraidamente, designando al presidente de bronce :

—¿García Moreno era de Guayaquil ?

El periodista liberal me mira estupefacto: leo la indignación y el

(1) « Las revoluciones son el bautismo con que los pueblos se regeneran !... » (Veintemilla). Con axiomas de esta fuerza y novedad, es que la mitad del pueblo ecuatoriano ultraja, saquea, degüella y destierra á la otra mitad desde la convocación del « Congreso Admirable » hasta nuestros días.

escándalo en su boca abierta, y aprovecho la coyuntura para esquivarme, después de las « cortesías de estilo », como dicen los reporters criollos : « Cuento V. con un amigo ! »

Si escribiera para lectores europeos, no me sería perdonado el dejar á Guayaquil sin hacer mención de los cocodrilos del Guayas. Podrían servirme de disculpa mis sendas alusiones á los yacarés políticos... En puridad, nada tengo que reprocharme. Caudillejos aparte, y á pesar del sol rajante (2° de latitud), habíamos fletado — seis ingleses y yo — un vaporcito armado en guerra para remontar el Guayas hasta la región de los saurios. Todo estaba pronto : provisiones, armas — una colección de spencers, winchesters, etc., con que despoblar el reino de los caimanes — hasta un aparato fotográfico, *ad perpetuam rei memoriam*... El tiempo de entrar en mi camarote para cerrar mi baúl, y los amables ingleses se habían marchado, capturando el bote como un simple pedazo de Venezuela. — Por lo demás, este rasgo de forbantes no les ha sido de provecho. Tres ó cuatro horas después, volvían al *Imperial*, trayendo á uno de los cazadores con una insolación. La aventura, felizmente, no ha tenido mayores consecuencias, merced á la intervención enérgica de la ciencia. El médico de á bordo, un mestizo rechoncho con cabeza de batracio, acude al pronto, arremangándose con convicción, seguido por el comandante cargado de frascos. Sinapismos, compresas heladas, friegas á brazo partido... nada ! El enfermo, tendido en un banco en la toldilla, no se movía, ya en camino, al parecer. Por fin, el doctor destapa un frasco azul, murmurando : *agua sedativa*; y echa una dosis en las manos del capitán, puestas en escudilla sobre el pecho desnudo del paciente... ¡ Doble rugido del capitán que larga todo y del enfermo que recibe el chorro en el estómago ! Era ácido fénico. El efecto ha sido maravilloso, y es, sin duda, la curación más notable que haya perpetrado este descendiente de los brujos incásicos. Con semejante médico á bordo, se puede viajar tranquilo : si se atreve á nosotros el vómito negro, dará con la horma de su ojota !

## PANAMÁ

La entrada de Panamá por el Pacífico es un encanto : parece una reducción de Río de Janeiro ; sólo que aquí conviene llegar al alba, en tanto que la portentosa rada brasilera necesita del sol declinante para resplandecer en toda su gloria magnífica y teatral. Con la aurora, estamos en pie — y no es mucho esfuerzo dejar cuanto antes el sudadero del camarote. — Con lentitud y precaución, á través del dédalo invisible de los bancos de coral, el steamer da sus últimas vueltas de hélice para fondear á pocos cables de la isla Tobago.

Á nuestra izquierda, los conos arbolados de Naos y Flamenco surgen con deliciosa audacia del círculo espumante de los escollos. El viejo Panamá, — sombrío y erizado de rocas abruptas, que fueron bastiones y parapetos en tiempos de Morgan y Pointis, — la ciudad nueva, un poco al oeste, pintoresca y alegre cual estampa iluminada, se yerguen contiguas bajo las puntas agudas del cerro de Cabras. Un oficial me enseña las torres cuadradas de la catedral, de ese recargado estilo hispano-colonial, que no parece vulgar en este paisaje; la ensenada del canal interoceánico en la Boca; al pie de la colina de Ancón, el hospital de la Compañía, innumerable serie de pabellones elegantes, lujosos, escalonados en la falda, como *chalets* de recreo á la sombra de cedros y naranjos. El sol naciente y tibio apenas alza su disco entre las islas verdes, arrojando en el paisaje el oro y la púrpura de la mañana : por doquiera, es una erupción de follajes y flores que alegran la vista, y hasta rejuvenecen los arruinados terraplenes que la menguante deja en seco; la brisa fresca nos trae sonidos de campanas con ráfagas de fragancias forestales y perfumes de magnolias... Y bajamos á tierra bajo esta impresión de alegría y bienestar, después de una pesada travesía: todo parece arreglado para seducirnos, hasta este privilegio de puerto franco, que nos ahorra el enervamiento del

equipaje trastornado por la inquisición aduanera! Estoy á punto de encontrar que Panamá, ciudad y clima, es adorable: un verdadero «paraíso terrenal», como lo llamaban los Wyse, Turr, Lesseps, Zavala: todos los del reclamo gigantesco que cruzaron el istmo á vuelo de buitre...

Por su aspecto general, la ciudad no difiere mucho de las antiguas poblaciones peruanas; pero, sobre el antiguo fondo colonial, se encuentra á cada paso el contacto de las dos influencias rivales, yankee y francesa, que se han combatido ó yuxtapuesto. Muchos avisos y muestras comerciales están en las tres lenguas. El tramway eléctrico, el pavimento y las aceras de las calles centrales, la bonita plaza de la Catedral—donde hacen buena vecindad el *Grand Hôtel*, la Agencia del canal, el Banco del judío Ehrmann y el obispado; el alumbrado público y hasta los uniformes modernos de la policía: todos los adelantos materiales de la ciudad nueva son regalos más ó menos directos de la opulenta Compañía. La era de las obras del canal ha sido la edad de oro de esta provincia de Colombia, y, por rechazo, de todas las otras.—El cochero negro que me hace dar mi primer vuelta de Panamá, me toma por un ingeniero y me pregunta con vivo interés si los trabajos no volverán á seguir. Le afirmo que sí, ¡palabra de ingeniero!

Por lo demás, este paseo es encantador. Vamos rodando desde las callejuelas de la ciudad vieja, con sus volados balcones de bastidores hasta las espesuras umbrías de la colina que descende á la Boca; el ambiente está delicioso: acá y allá, algunas gotas de lluvia, anuncio de la primera tormenta que caerá mañana, como *début* de la estación húmeda. Á derecha é izquierda del camino arenoso, en que las ruedas abren estela como en el agua, los ranchos de cañas dejan ver hamacas colgadas, catres de palo en los cobertizos, y en sus contornos, mangos, cocoteros, plátanos, sandiares: la vida abundante y fácil para la indiada ociosa é indolente. De éstos, muy pocos han quedado en los cortes y terraplenes del canal, — fuera de los jamaiqueños conchavados por centenares! Pero, como estos anónimos

se enterraban en zanjones que se rellenaban después, á guisa de langosta saltona, poco han figurado en las estadísticas.

Todos los enterrados no han guardado el incógnito,—desdeluego los «celestes». Acaso este cementerio chino, tan característico, contenga, en su ínfima y muda protesta de los ignorados efímeros contra el olvido, una melancolía más intensa que los otros. Hasta en la tumba persiste la tendencia encogida y achaparrada de la chuchería chinesca: los túmulos uniformes y microscópicos se componen de piedrecitas verticales que rematan en una bola, en el lugar de la cruz, enseñando cada cual su extraño jeroglífico negro que parece un coleóptero aplastado.

Visito después el cementerio francés, en muy buen estado, lleno de árboles y flores que las hermanas del hospital cuidan esmeradamente, como un pedazo de patria. ¡ Y cuántas hay de esas calles fúnebres, de esas hileras de cruces, de esas piedras grises y tablas negras, en que dos ó tres nombres van acolados al mismo apellido, como que encubren una sola familia! Diríase el campo mortuorio de una población entera. Y de todos estos epitafios ingenuos y desconsolados, que ningún deudo lejano leerá jamás; de todos esos nombres humildes de seres juvenes, caídos casi en la misma fecha, se alza un vago lamento sólo para mi alma perceptible — *sunt lacrymae rerum* — denunciando el rigor del destino y el crimen de los hombres. — Bien sé que no eran ciudadanos ejemplares, muchos de los terrajeros caídos en este suelo envenenado. Pero, con todo, encuentro muy dura la oración fúnebre colectiva que les dedicaban algunos financieristas repletos de París, al atribuir los estragos que ya no podían ocultar, únicamente á la incuria, al libertinaje, á los excesos de los trabajadores. Me figuro — y tengo datos para ello — que todas las víctimas no fueron la espuma y escoria de nuestras poblaciones, y que más de un jornalero llegó con mujer é hijos, impelido por la honrada pobreza y el deseo de mejorar á los suyos. No son únicamente vagabundos y mujeres perdidas los que duermen aquí, lejos de la aldea natal, bajo una humilde piedra de limosna, al lado del

viejo de barba gris que primero sucumbió. Y entre tanto — ¡oh miseria é insensatez! — al rededor del vasto osario, junto al gran campamento de la Boca, al pié de la costosa *Folie Dingler* y á cien metros del Río Grande, donde podían derramarse, — los inmundos pantanos exhalando el miasma, apestando á fiebre y muerte, se extienden todavía allí, intactos, sin haber recibido jamás una sangría de drenaje, un ensayo de terraplén que, en cambio de algunas coimas cercenadas, habrían salvado la vida á centenares de hombres! . . . « Y es en estas condiciones de eterna primavera que se concibe el paraíso terrenal! » ¿ Quién habla así? Un Bonaparte (1), pues! Es el estilo pastoso y enfático de esa familia de aventureros más ó menos coronados, que nunca lograron hablar de corrida la lengua de Molière.

¡ Pobres aldeanos franceses!

He quedado cinco días en Panamá y sobre el istmo, recorriendo á caballo ó en bote las obras de la bahía de Limón, el Río Grande arriba de la Boca, y el resto del canal alrededor de la bonita isla de Manglar hasta la Puerta Ebbé, — fuera de la parte análoga en la vertiente del Atlántico. La excursión por agua, sobre todo, me ha impresionado, en el silencio y la paz melancólica de esa gran esperanza perdida. El ancho canal cortado en talud se alargaba á nuestra vista, recto y profundo. Quería figurarme que se prolongaba así hasta muy lejos, sin interrupción, después de vencidos los obstáculos, cortado el cerro de Culebra, embozado el Chagres brutal. Me daba por instantes la ilusión de la empresa concluida, después de tanto dinero derrochado, llevada á feliz término por la ciencia y el patriotismo, é inaugurándose al fin en una universal y gloriosa aclamación. . .

Dejemos los ensueños y volvamos á la realidad : en cuatro ó cinco horas, he recorrido la parte del canal definitivamente cavada; agregad un trecho doble ó triple por la vertiente atlántica, y tendréis una tercera parte del trayecto en longitud, entrando en la cuenta

(1) LUCIEN B. WYSE, *Le Canal de Panamá*.

las bocas naturales utilizadas. En absoluto, como proporción de las obras por realizar, apenas una fracción centesimal. Todo lo difícil y problemático queda en pie, sin haberse decentado más que de trecho en trecho y por vía de ensayo. El ingeniero en jefe que me acompaña no cree, naturalmente, que la partida esté perdida. Está en su papel profesional. Ha obtenido nuevos plazos en Bogotá, creo que con una *enésima* comisión de dos millones. La compañía futura tiene dos años para constituirse y volver á emprender las obras. Se preconiza hoy el canal de esclusas, que se atacaba diez años há. El inevitable Wyse demuestra ahora que es salvable y hasta utilizable la dificultad del Río Chagres. El *bief* superior se alimentaría con las aguas de dicho río, almacenado en el valle central. No se trataría ya más que de 500 millones de francos. Etc., etc.

No tengo opinión formada en la cuestión técnica. Me limito á desconfiar de las demostraciones « matemáticas » que ocurren tarde, y son diametralmente contrarias á las que se presentaban antes, como el fruto de veinte años de estudios no menos matemáticos. Por otra parte, si se encontrara el capital, es muy dudoso que el gobierno francés autorizara la formación de una nueva compañía, que no podría subsistir sino haciendo tabla rasa de la anterior. El proyecto se estrella contra un doble *non possumus* financiero y legal. Luego vendría la cuestión internacional. Por un concurso de circunstancias que ya no existen, — sin olvidar á Lesseps, cuyo coeficiente personal tenía importancia incalculable, hasta en Washington y Nueva York, — los Estados Unidos aceptaron hace veinte años lo que hoy combatirían enérgicamente. El reciente pegamiento — ó pagamiento — de Bogotá ha suscitado fuertes resistencias del lado yankee. Se ha logrado, merced al convencimiento general de que carecía de alcance práctico, con ciertas reticencias que á todos aprovechaban: para el representante de la compañía, era un éxito personal; para los agentes colombianos, dos millones de francos no son fruslería; por fin, los Estados Unidos ganaban una situación privilegiada ante la sucesión abierta.

Las obras por el Nicaragua han quedado interrumpidas, en parte por la presión de las grandes compañías ferrocarrileras. Con todo y contra todo, se hará el canal interoceánico, acaso en Nicaragua, más probablemente en Panamá.— La influencia de la enorme república es invencible en esta parte del continente. Sin esfuerzo ni violencia, por la simple ley de la gravitación, se anexará, cuando sea tiempo, las regiones útiles del centro y « protegerá » las del sud. Cogerá á Guatemala, Costa-Rica, Cuba, y el resto, como peras maduras. El mismo México se siente ya en la esfera de fascinación del pueblo constrictor : la era de anarquía, que infaliblemente sucederá á la dictadura actual, le hará rodar en la pendiente yankee. En este Panamá, los americanos nos han reemplazado con admirable presteza, y lucran donde nos arruinábamos. Detienen el ferrocarril, el telégrafo, la prensa, — el comercio de tránsito, que se reparten con los judíos, sin detrimento para unos ni otros. Se han instalado en el famoso *Hôtel Central*, cuyo hall vió á Lesseps presidir banquetes tropicales en mangas de camisa : del bar al oficio, todo es yankee. Nadie sabe palabra de francés, ni de español! Los libros de caja, los anuncios, las listas, las cuentas : todo está redactado en inglés... Á propósito de judíos, recojo de paso esta bonita muestra del latitudinarismo colombiano. Se alza en la plaza el vasto palacio episcopal; como el obispo no ocupa sino el piso superior, alquila el piso bajo á un sanhedrin israelita — muy caro, para hacer obra pía : de suerte que, en medio á las cruces y emblemas católicos de la fachada, florece — *ad majorem Dei gloriam* — esta muestra comercial impregnada de modernismo : ISAAC AND Co — en mayúsculas de oro!

¡ Oh! sí, decididamente, la creo sepultada para siempre la empresa francesa de Panamá! Es la impresión que del conjunto y de los detalles recibía, cuando iba recorriendo el canal por última vez, al descender el mudo crepúsculo. El material abandonado en la ribera, las lanchas inmóviles, las gigantescas dragas anquilosadas en sus posturas oblicuas : todo parecía aumentar el universal silencio, la sensa-

ción melancólica de soledad y abandono irrevocable. Los animales desalojados por los obrajes han reaparecido, y viven allí con toda confianza. Garzas blancas y flamencos rosados exploran el cieno, bajo los cangilones de hierro; y un caimán, que sorprendemos al paso, saca del agua su hocico deforme, y, en vez de bucear, se arrastra sin apuro hasta el paletuvio vecino, sobre sus patas en cartabón.

En resumen, de todo lo visto, oído y estudiado, resulta para mí la convicción de que la obra nunca fué conducida como debiera, — como la habría llevado, sin duda alguna, en un espíritu de sano patriotismo y amor de la gloria verdadera, ese noble y honrado Michel Chevalier, cuya *Memoria* profética es, aún hoy, digna de ser leída y meditada. Todo el edificio del Panamá se ha construído en desplome, hilada por hilada. El público confiaba en Lesseps — una leyenda; Lesseps se entregaba á sus colaboradores ordinarios, politiqueros y arbitristas, que concluían por creer á medias en los *boniments* por ellos pagados; los profesionales estudiaban el asunto por encargo, y, con la hipótesis de un capital inagotable, concluían por un informe favorable; los sabios, en el Instituto ó la Sociedad de Geografía, resolvían la cuestión en abstracto, como un teorema, sobre la base de que los estudios de Wyse merecían absoluta confianza...

Ahora bien, no la merecían en grado alguno, y el edificio, además del desplome, se asentaba en base deleznable. Las investigaciones históricas de Wyse son tan poco serias, que ha ignorado — por confesión propia — el nombre y la obra de su predecesor más benemérito. Sus estudios de 1878, sobre el terreno, que han decidido la ejecución del canal á nivel, han durado tres semanas y pertenecen á Reclus. ¡Tres semanas para estudiar el trazado, las nivelaciones, los sondajes, el levantamiento de ochenta kilómetros, con obras de arte inauditas, insensatas, — como ese proyectado túnel de 43 metros de luz! — Entretanto, el teniente Wyse negociaba en Bogotá la concesión, que era el principal asunto. Después de demostrar en un primer libro, perversamente escrito en todo sentido, que el canal de nivel era el único aceptable, afirma hoy, en otro libro, que

fué aquello una exigencia colombiana, cuando consta que la modificación, que persiguió entonces é hizo anular, se refería á un canal de esclusas ! Todo ha seguido ese giro científico. No ha existido jamás un trazado definitivo completo, fundado en estudios geológicos y topográficos minuciosos : la Compañía del ferrocarril ha suministrado las distancias y niveles vagamente aproximativos, como que la línea dista mucho de costear el canal. El famoso congreso reunido por Lesseps no ha tenido más elementos de examen y discusión.

Entonces entró la aventura en su faz financiera y ejecutiva ; y no tengo que volver á sacudir esos trapos cenagosos. Hoy mismo, y para un transeunte como yo, la sensación de desorden y despilfarro persiste y domina el cuadro. El estreno de Wyse fué comprar el *Panama Railroad* á razón de 800.000 francos por milla : y todo rodó por esa pendiente « uniformemente acelerada », como se dice en mecánica. *Après nous le déluge !*— Para cebarse en paz, los gordos daban parte á los chicos. En París, sólo se ha conocido el lado francés : se ignora la tarifa local, la cuenta pasada por el patriotismo colombiano. Ingenuamente, Bonaparte Wyse insiste sobre la « estatua » que el congreso de Bogotá le ha votado, como padre de la patria ; ello es apenas suficiente : para ese grupo dirigente y *dirigente* ha sido, no un padre, sino una nodriza !

He visto las villas de los Lesseps en Colón ; he ido á la de Dingler por la vía del Corozal, cortada á pico en la montaña, para evitar á la familia del director la humillación del camino común de la Boca, que pasa á cincuenta metros... Lo fantástico de esas y otras obras de lujo, no es su ejecución sino su precio, en los libros de la compañía. Todo ello ha sido dicho y repetido al tanteo por Drumont y otros — por los mismos informes oficiales con bastantes atenuaciones.

Pero algunos rasgos hay que no pueden ser tomados sino en el sitio, con el vivo color de la realidad. He aquí un rápido croquis de un contratista francés, socio de Lesseps *junior*, el cual, no teniendo

nada que ver con el asunto financiero, disfruta tranquilamente en París sus millones pescados en los pantanos del istmo.—Hace unos doce años, caía en Lima, sin un cuarto, medio maquinista medio vagabundo, y desertor por añadidura. Entró en un ingenio azucarero y, como tuviera la mano ligera,—y pesada,—un buen día acogotó á un pobre *culí* chino. La situación se tornó desagradable, no tanto por la justicia peruana, cuanto por los compañeros del muerto que, dos ó tres veces, estuvieron á punto de suprimir al asesino. Al fin, tuvo que fugarse de noche, para salvar el interesante pellejo. El patrón, apiadado por sus lágrimas de *bonne crapule*, como diría Zola, le hizo embarcar en el Callao: él mismo me refería el hecho, en el ingenio donde sucedió. Llegado á Panamá, el aventurero, enérgico y audaz, ascendió pronto; pasó del simple merodeo y la coima garitera á las proveedurías de río revuelto, descolgando á la postre pingües contratos, con participaciones anónimas. Volvió á París millonario. Al principio, quisieron molestarle por su travesura militar; pero, entonces, ni los presidios ni las compañías argelinas de disciplina estaban hechos para los forbantes del Panamá...

El inmenso y magnífico hospital de la Compañía ha sido otro negocio, pero algo largo de contar. Nada más pintoresco y lujoso que esos pabellones aislados, en la falda de la colina Ancón, en medio de parques y jardines llenos de esencias y flores espléndidas, entre grutas y juegos de agua. Aquello es realmente suntuoso, y por cierto que no exigían tanto los pobres calenturientos.—Todos los pabellones están vacíos; sólo recorren los parques y jardines «príncipescos» algunas docenas de huérfanas, guiadas por las hermanas de caridad, y que viven con desahogo en la fastuosa villa Dingler, también abandonada. Y la tarde apacible en que estuve allí, era un cuadro de infinita tristeza esa bandada de muchachitas pálidas y finas, de suerte más sombría que sus vestidos de luto, al cuidado de esas hermanas de cofia blanca, que les hablaban francés con su voz dulce, vagando unas y otras sin destino por esos esplendores desiertos, aquellos maravillas del arte y de la naturaleza, que eran

el resumen y residuo de tantas miserias sufridas, de tantos esfuerzos para siempre perdidos...

Ah! no escasea el material de construcción ni la maquinaria, á lo largo de la línea ferrea que me llevaba esa mañana desde Panamá á Colón; ni tampoco las poblaciones enteras de villas, barracas, casillas y *chalets* vacíos! — Debo decir que los talleres y campamentos de la Boca están bien cuidados y en orden perfecto — esperando á las visitas. Pero los otros — los que los viajeros entrevén rápidamente entre dos estaciones — tienen aspecto menos confortable. Las fábricas ruinosas, enmohecidas por el desuso y la intemperie, destrozadas por los huracanes, ostentan su esqueleto desvencijado, sus aparatos á medio desmontar, con el material sembrado á la rastra, ya roído por la herrumbre, invadido por hongos y musgos que remedan una lepra vegetal. Dragas, remolcadores, motores, mecanismos de todas clases se hunden en el cieno, junto á las improvisadas poblaciones cuyo maderaje desarticulan y pudren las lluvias torrenciales del istmo. El *krach* de allá repercutió aquí como cataclismo. Ante el desastre y el *sálvese quien pueda* de la obra humana, la reconquista del desierto y la selva cobró no sé qué airada violencia de desagravio. La impetuosa avenida forestal terraplena las zanjas, nivela los taludes, cual si la naturaleza se afanase por borrar sus estigmas y cicatrices, en tanto que los indios buscadores de caucho y los negros *tagueros* se albergan en los *chalets* de ingenieros y contratistas. Nos pinta Virgilio el asombro de los labradores romanos al desenterrar con sus arados las armas y despojos de las edades heróicas: ¡con qué extrañas reliquias tropezarán los campesinos colombianos del siglo veinte, si la humedad no ha conseguido destruir hasta su último vestigio!

Salvo la obsesión invencible que para mí empaña y entristece el paisaje, no puede imaginarse camino más pintoresco que el de Panamá á Colón. No he experimentado sino en el Brasil, y acaso menos intensa, esta sensación casi embriagadora del esplendor vegetal.

Es como una erupción frenética de árboles y lianas, de flores y follajes, que estalla por doquier, en las faldas de los cerros, en las ribe-  
ras del Chagres y sus arroyos tributarios, hasta en el balaste de la  
vía. Por momentos, el tren se precipita por debajo de unos arcos triun-  
fales de ramajes entrelazados, de bóvedas tupidas y sombreadas que  
despiden efluvios balsámicos, capitosos hasta el vértigo. En el fondo  
de algunas quebradas estrechas, la marea vegetal revienta en oleadas  
y remolinos de verdura, evocando fantásticas erupciones de materia  
orgánica súbitamente germinada y crecida, como en la obra de los  
seis días ; tan imposible parece que esa flora exuberante haya bro-  
tado por entero del suelo fecundo ! Los cedros y caobas gigantes, los  
preciosos palisandros y palos de rosa, los guayacanes de tronco  
en ánfora, los rectos membrillos de flores purpurinas, los sándalos  
amarillos, los gutíferos chorreando savia, los bongos enormes en  
que se ahuecan piraguas de treinta toneladas: todos los colosos  
forestales, cubiertos de enredadas lianas y deslumbrantes orquídeas,  
como un guerrero bárbaro de arambeles y pedrerías, atropellándose  
por alcanzar el aire y la luz, estiran el tronco y las ramas casi verti-  
cales fuera del ambiente estancado y perennemente tibio del humus  
denso en que bañan sus raíces. Los euforbios lechosos y los desmayados  
plátanos alternan con las esbeltas palmeras que surten al sol sus  
abanicos rígidos ; las hojas metálicas del naranjo rozan el verde  
encaje de los helechos arborescentes, —y, por todas partes, aras mul-  
ticolores, tórtolas azules, cardenales y colibris, insectos de zafiro y  
esmeralda hienden el espacio, revolotean en los ramajes, chillan y  
zumban en la espesura, son la sonrisa y la gracia de esa magnificen-  
cia. Mariposas de cien matices se posan en los cálices abiertos, como  
flores cambiantes sobre otras flores, y, por instantes, una ráfaga de  
brisa arrebatada del mismo arbusto alas y pétalos, que vuelan confun-  
didos por el aire... Es la selva virgen del trópico en la breve  
mañana de su verano eterno ! Me siento perturbado, sofocado, atur-  
dido por los vapores y perfumes de esa inmensa orgía de savia univer-  
sal ; y, vagamente, sueño con las épocas primitivas del mundo joven,

cuando el loco ímpetu de la vida elemental se desbordaba en la corteza blanda y humeante del planeta, reventando en organismos colosales apenas desbastados que se enredaban en las selvas espesas, pobladas de árboles gigantes que son ahora nuestros desmedrados arbustos,—donde reptiles monstruosos surcaban los mares ó abrían horribles alas membranosas en la atmósfera densa, esbozando el vuelo del ave futura...

En la estación de Emperador, invade el único salón del tren una caravana de negras, vistosas y chillonas como una bandada de tucanes. Los hombres quedan en el balcón, haciendo muecas á través de los cristales. — El negro ríe siempre, con un encanto de bobería irresistible. Debajo de su tupida borra de betún, sus ojos de marfil viejo y su jeta simiesca se rien provisionalmente, antes de causar risa. Con su media lengua graciosa, estorbada por el bezo, y su perpetuo zarandeo, participa del niño y del cachorro. Para cobrarle horror, es menester encontrarle en los Estados Unidos, pretencioso, insolente, ciudadano! complicando su husmo natural con repugnante perfumería. En cualquier otra parte, nos divierte y le cobramos simpatía, como á una criatura inferior, grotesca y jovial. No así el indio : éste es triste y taciturno, como que lleva el peso de su decadencia, de su degeneración invencible y mortal. Éste representa la prueba malograda de un buen original; el negro es su caricatura. Por eso vive robusto, resistente, satisfecho de su condición, ahora como antes. En el aparato melodramático del famoso y mediocre *Uncle Tom's Cabin* hay mucha majadería. La sed de emancipación de los negros fué pelea de blancos. La paradoja de que son hoy menos útiles que ayer es defendible : en cambio de las plantaciones del sud arruinadas, se tiene á los libertos, sirvientes en Washington, ó lustrando libremente, en todas las ciudades de la Unión, las botas democráticas de sus conciudadanos. Puro ó mestizo, el hombre de color untado de civilización, tiene alma de mulato. *C'est tout dire!*

Criada con soltura y lejos de las ciudades, la negrita joven es graciosa. Delante de mí, — no muy cerca, — hay algunas monísimas,

en su género. Una, sobre todo, compondría un bonito bronce policromo, parada y sosteniendo un candelabro, al pie de una escalera. La pañoleta colorada sobre el vestido blanco, de mangas muy cortas, dejando libre el ébano de los brazos y de la garganta; en la cabeza crespada, un foulard amarillo enroscado en turbante, con enormes zarcillos dorados en las orejas : bajo este arreo estrepitoso, revuelve sus ojos blancos, se ríe con toda su dentadura deslumbradora, que remeda en su hocico moreno, un tajo fresco en una nuez de coco. La «sapita», diría Voltaire, ha dado instintivamente con el perifollo y los colores adecuados para parecer bella á su *crapaud*. Hasta su collar de cuentas rojas es un hallazgo. Toda la gentil bestezuela está perfecta en su coquetería criolla y montaraz : evoca escenas de *Pablo y Virginia*...

Pero, es en Matachín donde los negrillos, escapados de los bohíos de cañas, acuden y nos invaden como cucarachas! Nos ofrecen ramos de jazmines y orquídeas fragantes ; canastillos de palma llenos de guayabas, mangos, bananas, *guabas* — que semejan algarrobas enormes — chirimoyas, ananás, — y unas extrañas pomarosas que tienen aspecto de huevos verdes ; por fin, sabrosas pastelerías de leche con miel. Con tanto ensordecernos, nos obligan á tomar su mercancía — aunque sea para regalarla á sus congéneres de enfrente. Por otra parte, nada vale : todo ello superabunda en las cercanías, ahora desiertas, y, á lo largo de la vía ferrea, los racimos de bananas se pudren en las ramas, intactos.

Panamá conserva, á pesar de todo, su doble atractivo pintoresco é histórico. El advenedizo Colón es franca y siniestramente vulgar. Hago moción para que se le inflija ó se le deje su nombre yankee de Aspinwall! — Bajo un cielo de estaño en fusión, en una atmósfera de fuego que no deja un instante de tregua, ni trae un hálito de confortante frescura á las tres de la mañana, compone casi toda la población un reguero de casuchas voladas sobre el malecón, con algunas callejuelas llenas de pantanos donde los sapos están de broma toda la noche. Los huecos del gran incendio reciente han que-

dado abiertos, como negros alvéolos de dientes caídos. La calle del puerto está ocupada por agencias marítimas, depósitos, almacenes, *bars*. No se encuentra una sola mujer en los portales — salvo negras : ninguna apariencia de familia, de hogar, en este campamento de mercaderes cosmopolitas. Á orillas del mar, las dos grandes villas de madera de los Lesseps se levantan, lúgubres y vacías, rodeadas de altas palmeras que surgen del ardiente arenal y parecen artificiales.

Corro á la agencia inglesa — todo aquí es inglés ó yankee — y pido informes sobre el vapor cuya salida se anunciaba en Panamá : es un *cargo-boat*, sin pasajeros, sin sombra de confort, tan desprovisto, que el mismo comandante se entremete con el agente, para que me devuelva el dinero y me embarque por otro rumbo. Me describe el itinerario : tendremos quince días de navegación, tocando en infinidad de puertos imposibles, en Guatemala, Honduras, Yucatán... Acaba por confesarme que, á último momento, al alba, embarcaremos un centenar de negros jamaiqueños — de grado ó por fuerza — que se destinan á los terraplenes de Puerto-Barrios. Estoy en un buque negrero ! — No importa : á pesar del aspecto fúnebre del vapor, de la perspectiva inquietante, del furor sordo de los oficiales á quienes voy á incomodar, y de los ojos furibundos del *stewart* que arroja mi equipaje en el camarote que antes ocupaba, — me embarco en el *Engineer*, de Liverpool, que leva anclas dos horas después, — porque desde Buenos Aires, he resuelto entrar en los Estados Unidos por Méjico y California.

P. GROUSSAC.

# ESTÉTICA MUSICAL

## Y CONCIERTOS SINFÓNICOS

(Continuación)

---

### III

#### LA MÚSICA EN BUENOS AIRES

Al remontarnos á los manantiales que dieron origen á las corrientes de la música sinfónica y la dramática en la ciudad de Buenos Aires, encontramos que, durante la primera mitad de este siglo, las manifestaciones de la música son casi todas de orden dramático. En este sentido, la música en Buenos Aires sigue la misma evolución que siguiera en el curso de su historia general.

La primera orquesta que se formara aquí, la vemos aparecer en el antiguo Teatro Argentino, construido en 1804 frente á la iglesia de la Merced, y que fué el segundo de los teatros que funcionaron en Buenos Aires. Dicha orquesta era pésima en un principio, según el testimonio de un testigo de entonces ; pero fué mejorando paulatinamente, sobre todo cuando, engrosadas sus filas con 28 ejecutantes, entre aficionados y artistas, el maestro Massoni, célebre aquí después, se hizo cargo de su dirección.

Al tenor español Pablo Rosquellas, que se estrenó en el Teatro Argentino, el 28 de febrero de 1823, cantando canciones españolas como la *Tirana* y el *Contrabandista*, puede considerársele como iniciador de las representaciones de ópera en Buenos Aires. Por aquel entonces, llegaron á nuestras playas algunos artistas líricos italianos, que cantaban arias, duos y tríos. Rosquellas se ausentó en busca de otros artistas que completaran aquel núcleo, y consiguió reunir á su regreso, en junio de aquel mismo año, el siguiente elenco que constituyó la primera compañía lírica italiana, bajo la dirección del violinista Massoni: Ángela Tanni, Maria Tanni, Carlota Anselmi, Rosquellas, Vacani, Ricciollini, Marcelo Tanni, Zappucci y Viera. Improvisando un cuerpo de coristas con italianos de diversos oficios, lograron estos artistas representar las óperas de Rossini: *Tancredo*, *Otello*, *Cenerentola*, el *Barbero de Sevilla*, la *Gazza Ladra*, etc. Los papeles del *Barbero de Sevilla* se distribuyeron así :

*Rosina* : Ángela Tanni.

*El Conde de Almaviva* : Rosquellas.

*Don Bartolo* : Viera.

*Don Basilio* : Ricciollini.

*Fígaro* : Vacani.

Viera, el cantor que desempeñaba el papel de Don Bartolo, era mulato ; de artista dramático se convirtió en artista lírico, aprendiendo la música con rapidez increíble, dice don José A. Wilde, de quien tomamos estos datos. Rosquellas y Vacani, como los demás profesores de esa compañía, se dedicaron á la enseñanza del canto.

Esta primera iniciación de cultura musical, comenzada con obras de Rossini y cimentada luego por la enseñanza del canto, va á influir poderosamente en el gusto musical de los bonaerenses ; por largo tiempo, la melodía frívola formará el deleite de los aficionados, y la escuela rosiniana representará el dechado del arte musical. Así como la educación del hombre maduro se resiente siempre de las enseñanzas de la niñez, del mismo modo la educación artística de este país se resentirá de las obras que modelaron su gusto estético

con la fuerza de las impresiones vírgenes. El público se mostrará por algún tiempo frívolo, y permanecerá frío é inconsciente ante la ejecución de las obras de arte de los grandes compositores, quienes, á pesar de la coraza de indiferencia, vencerán al fin; *la música clásica* será sinónimo de música aburrida, mera combinación de fusas y corcheas sin expresión ni alma, engranaje de inútiles ruedas que rechinarán desagradablemente en los oídos; la crítica saturada de cosméticos rosinianos y de ungüentos de todos los compositores cursis de fantasías para piano y romanzas para canto, pasará desdeñosa ante las manifestaciones de verdadera estética, y confundirá las obras de Beethoven con el tedio mortal, y las páginas de Wagner con el ruido; nuestros primeros compositores encorvarán el cuello al yugo de esas influencias primeras, y aun en nuestros días no acertarán algunos á sustraerse completamente á ellas.

Pero reanudemos el hilo de nuestras informaciones. Después de edificado el Teatro Argentino, nacieron los primeros de los compositores argentinos en el orden cronológico: Alcorta, Zavalía, Esnaola y Alberdi; y cuando estos eran niños aún, se compuso el himno nacional, el primogénito de nuestros cantos populares, fuera de la música folk-lórica de los gauchos. El nombre de Blas Parera, catalán de origen, está vinculado á la historia del arte argentino, por ser autor de la música del Himno Nacional, cuya letra fué compuesta en la noche del 8 al 9 de mayo de 1813, por D. Vicente López y Planes, leída y aclamada como la «única canción de las Provincias Unidas» en la sesión del 11 de mayo de la Asamblea General Constituyente, y publicada el 14 de mayo del mismo año, en el papel y formato en que se imprimía la *Gaceta Ministerial del Gobierno de Buenos Aires*, y con tipos de la imprenta de los Niños Expósitos, bajo el título de *Marcha patriótica*. Se conserva un ejemplar de esta edición en el Museo histórico nacional que dirige D. Adolfo P. Carranza. Blas Parera daba lecciones de música en casa de las principales familias de aquel tiempo, y según datos recogidos por D. Julio Núñez, «ocupaba una habitación baja, á la calle, en la casa hoy

reedificada, calle Belgrano esquina á Chacabuco, frente al sur », teniendo como 50 años de edad por aquel entonces. Parera compuso la música del himno en la casa de D. Miguel de Luca, padre de Estevan y Miguel de Luca, casa hoy reedificada en la calle Venezuela n° 544. Sirviéndose del piano de la familia de Luca, escribió en pocas horas la canción patria, y en seguida la instrumentó para pequeña orquesta. Al poco tiempo se verificó el primer ensayo del Himno Nacional Argentino, y el 25 de Mayo, los alumnos de la escuela que dirigía el educacionista Rufino Sánchez, lo cantaron por vez primera en la fiesta cívica de la patria, ante el pueblo congregado en la plaza de la Victoria.

Se han hecho numerosas ediciones del Himno Nacional: la del año 1822, publicada en París en la *Lira Argentina*; una edición impresa en Londres, no sabemos en qué año y que tiene el siguiente título: « Marcha del Río de la Plata, acomodada al piano y dedicada al Pueblo Argentino por Juan Monro »; « Chant national de Buenos Aires » transcripción para piano por Luis Messemaeckers, publicada en París; el arreglo para canto y piano, publicado por Esnaola en 1860, y que ha servido de modelo para las ediciones posteriores de Pedro Albornoz, Baltazar Ponsjoan, Santiago Calzadilla, Gabriel Díaz, Miguel Rojas, Gracioso Panizza y tantos otros. Nicolás de Giosa, que compuso como veinte operas, introdujo el himno en su overtura « La Alborada de la Libertad », que se ejecutó el 25 de Mayo de 1873 en el teatro Colón, donde era Giosa director de orquesta. Sinsoiller hizo una transcripción para orquesta. Edmundo Guion, una para banda militar; Alfredo Napoleón, Pelegrín Baltazar, F. Amavet, Amelong y muchos otros escribieron transcripciones para piano. Arturo Beruti intercaló el himno en una de sus overturas para orquesta; el que estas líneas escribe publicó el himno armonizado á cuatro voces iguales y *a capilla*, el cual fué cantado por el coro de alumnas del Conservatorio, en la fiesta cívica que organizó el Ateneo en 1895.

No cabe en los límites que nos hemos trazado, hacer el estudio

crítico de las ediciones del himno, pero digamos al pasar que la música de Parera ha experimentado verdaderas transformaciones en el tiempo transcurrido desde 1813 hasta nuestros días. Hemos comparado las diversas ediciones que poseemos con el texto original, gracias á la amabilidad de las señoritas de Luca que lo guardan como una reliquia, y aun cuando éste no tenga el canto sino la parte de piano tan sólo, puede deducirse que el arreglo de Esnaola es el más genuino, y ha embellecido al original, á pesar de sus incorrecciones de armonía. El manuscrito del himno, atribuído al puño y letra de Parera, se conserva en perfecto estado: la escritura es firme y clara; no lleva firma y el título de himno nacional parece ser debido á otra pluma y escrito posteriormente. Este manuscrito fué dado por Parera á D. Miguel de Luca, el hermano de Estevan, y padre de las señoritas de Luca, que ya hemos nombrado, diciéndole estas palabras: «Toma, á ver si lo aprendes tú». Miguel de Luca tenía 14 años entonces y Parera mismo le enseñó á tocar el himno.

La familia de Luca posee igualmente el retrato al oleo de Parera, el cual fué regalado á Miguel de Luca por D. Benjamín Villegas.

Damos estos detalles, tal vez demasiado minuciosos, con propósito de facilitar las investigaciones á los que, más adelante, se ocupen de la historia de la música en la República Argentina.

La duda suscitada acerca de la verdadera ortografía del nombre del compositor musical del himno, sobre si debe escribirse Parera ó Pareda, la creemos resuelta definitivamente en favor del primero de estos nombres, por la autoridad que en estas materias tiene la tradición de la familia de D. Vicente López y Planes, cuya esposa, la señora Lucía Riera de López, fué discípula de Parera, y la de la familia de Luca, que ha conservado, como precioso tesoro, el manuscrito y el retrato del compositor.

Se ha puesto en duda la originalidad de la música del himno nacional, atribuyéndola los unos á reminiscencias de la *Creación* de Haydn, y los otros á influencias del *Juramento* de Mercadante. Ya es tiempo de destruir estas versiones que carecen de

fundamento. Hemos releído la obra de Haydn, que ha despertado nuevamente nuestra admiración, y no hemos encontrado ni una idea, ni un compás, que pudiera autorizarnos á sostener aquella tesis. En cuanto al *Juramento* de Mercadante, bástenos decir que se estrenó en la Scala de Milán en 1837.

Hemos intentado analizar el mérito musical de esta producción, someterla al crisol de la crítica, pesar sus quilates en la balanza del juicio, y todo ha sido esfuerzo vano. Este canto, que hemos oído resonar desde la cuna como un grito de amor á la patria y á la libertad, y que llevamos siempre vibrante en la memoria, tiene la virtud de exaltar nuestro entusiasmo. ¿Á qué es debido este fenómeno? ¿Á que el canto sea bello en sí mismo, ó á que está hermosado por la imaginación que en él ve personificada la imagen de la patria con sus luchas y todos sus ideales? Lo ignoramos, y asimismo nos parece que no hay argentino que sepa más. Debemos, pues, resignarnos á acatar el juicio de los extraños, que tuvieran suficiente autoridad para decirnos lo que vale nuestro himno como obra musical. Podría creerse que lo que aquí escribimos no es más que un exceso de lirismo patriotero, pero estad seguros que esto es la expresión honrada y sincera de nuestro sentimiento. Somos siempre jueces severos para nosotros mismos, á las veces lo somos también para los demás, pero este canto desarma nuestra crítica y no nos permite juzgar.

Pasemos á ocuparnos ahora de los cuatro compositores argentinos que más arriba hemos mencionado, y que como ya dijimos son los primeros en el orden cronológico.

Todos ellos cultivaron la música por afición, sin ejercer nunca funciones profesionales, por lo cual designaremos este grupo de compositores con el nombre de *aficionados*, entendiendo la palabra en el sentido opuesto al de profesionales. Alcorta fué hombre político, economista y comerciante; Zavalía, abogado; Esnaola, comerciante millonario; Alberdi, abogado y escritor.

AMANCIO ALCORTA. — El decano de los compositores argentinos, nació el 16 de agosto de 1805 en la ciudad de Santiago del Estero, y murió en Buenos Aires el 3 de Mayo de 1862. « Venido de una familia antigua, y en la que se apreciaban el saber y la educación, fué desde niño dedicado á la carrera de las letras », dice su biógrafo Nicolás Avellaneda. Hizo sus primeros estudios literarios en Catamarca, donde fué uno de los discípulos predilectos de Fray Ramón de la Quintana, y pasó después á la Universidad de Córdoba donde permaneció cuatro años. Ahí estudió, en el Colegio de Monserrat, la flauta y la composición, con el maestro Cambeses, concertista de flauta que vino primero á Buenos Aires y pasó luego á Córdoba á desempeñar la cátedra de música en el mencionado Colegio. Tuvo Alcorta como condiscípulos á Juan del Campillo y Salustiano Zavalía, que también sobresalieron en el estudio de la música, el primero en la flauta y la guitarra, y el segundo en la guitarra, la flauta, el piano y la composición.

La época más fecunda de la producción musical de Alcorta, puede colocarse entre los años de 1822 y 1830, pero desgraciadamente la producción de entonces, que constituye las dos terceras partes de sus obras y sin duda la más nacional y exenta de influencias extrañas que escribiera, se ha perdido totalmente. En 1830, empieza para Alcorta la vida agitada de la política, y se le ve figurar en Santiago del Estero como ministro del general Deheza, en Salta como ministro de Güemes, hasta que, para escapar á la barbarie del interior y á la persecución tenaz de Ibarra, dice su biógrafo, dirigióse con su familia á Buenos Aires, extraviando caminos y atravesando soledades. Las demás composiciones, que su familia ha recogido y publicado, fueron escritas en Buenos Aires en los años que median entre 1832 y 1862, en que acaeció su muerte. Los músicos espontáneos se parecen á los pájaros del bosque : cantan desde que tienen alas hasta que mueren. Alcorta compuso toda su vida.

Las obras de Alcorta, publicadas en París por su familia, forman dos volúmenes. El primer volumen, publicado en 1869, comprende:

*El Adiós*, romanza para canto y piano; *El Remolino*, vals para piano; *Nocturno*, para flauta y piano; Trío, *en mi bemol*, para piano, flauta y violín; Trío, *en sol*, para piano, flauta y violín; *Cuarteto*, para piano, flauta, violín y violoncello. El segundo volumen, publicado en 1883, comprende: *Colección de canciones* para voces de soprano, contralto, tenor, barítono y bajo, que llevan los siguientes títulos: *Mi flor*, *El desengaño*, *La ausencia*, *Los últimos momentos de una amiga*, *La despedida*, *Quejas de un ausente*, *Á la memoria de su hijo Amancio Ramón*, *Á la memoria de una amiga*, *Recuerdos*, *El desamor*, *Los recuerdos de Flor de María*, *El destino*, *El juramento de amor*, *Á una flor*, *La simpatía (duo)*, *Lamentos de cuatro niñas*. *Colección de composiciones para piano: Valses*: *El corsario*, *La aurora*, *Reconvenciones amorosas*, *La alegría*; *Vals (sol menor)*, *Las controversias*; *El 1º de Mayo, fantasía-vals*; *Vals (sol mayor)*; *La irresoluta*; *Vals (la mayor)*; *El buen humor*; *La unión del Sud*; *Angélica, polka*. *Minuetos*: *La amistad*, *El dolorido*, *Melodías del corazón*, *Minuet (re mayor)*, *El sueño*, *Las palabras de amor*, *Minuet (re menor)*, *Minuet (sol mayor)*, *Mis recuerdos*, *Una lágrima*, *Los abrazos*, *Lamentos de una viuda*; *Un destello de amor, contradanza*; dos *Cuadrillas*. *Música de Iglesia*: *Lamentaciones para contralto, tenor y bajo con acompañamiento de órgano ó piano*; *Gradual para el día de San Martín, para barítono, con flauta obligada y órgano ó piano*; *La agonía, canto de Viérnes Santo para tenor y barítono con órgano ó piano*.

Estos dos volúmenes forman un total de cincuenta y cuatro composiciones. Si á esta cifra se agregaran las obras que se han perdido y que, como ya dijimos, constituyen las dos terceras partes de su producción; si consideramos los puestos que desempeñó como hombre público y comerciante, ya sea en las Provincias, ya sea en Buenos Aires, donde fué Senador de la Provincia, miembro de los Consejos de Gobierno, de la Comisión de los reglamentos de Aduana, de la Junta del Crédito Público, de la Comisión encargada de plantear el libre tránsito de los artículos extranjeros, Cónsul del Tribunal del

comercio, varias veces director del Banco; y si pensamos, por fin, en sus escritos económicos coleccionados en un tomo por Nicolás Avelaneda, en las ocupaciones del hombre de negocios y en su muerte prematura, tendremos una idea aproximada de la actividad intelectual de Amancio Alcorta.

En 1854, se ejecutó en la Catedral el Gradual para el día de San Martín, teniendo por intérpretes á los alumnos del Colegio San Martín que dirigía el educacionista Roberto Hempel; la parte de barítono fué desempeñada por Amancio Alcorta, el actual ministro de Relaciones exteriores, la de flauta, por su hermano Santiago Alcorta, y el acompañamiento por la orquesta de aquel célebre colegio. En el Colegio San Martín, se cultivaba mucho la música; anualmente cantaban sus alumnos una misa en la Catedral, se representaban zarzuelas y celebraban conciertos, en que descollaba la orquesta formada por los mismos alumnos.

La casa del compositor que nos ocupa, era por aquel entonces un centro musical donde se daban cita los mejores aficionados de Buenos Aires. Se hacía música de cámara en que tomaban parte, sus hijos Rosario Alcorta en el piano, Santiago Alcorta en la flauta, Amancio Alcorta en el violín, y otros aficionados como Belz en el violín, Iriart en el violoncello, Lino Palacios en la guitarra, Jorge Williams, padre del que éstas líneas escribe, en el canto y el piano.

Entre los conciertos en que se ejecutaron composiciones de Amancio Alcorta, merecen particular mención los de la Sociedad « La Lira ».

En 1877 se celebró un concierto en el salón del almacén de música de Monguillot, consagrado á las composiciones de Alcorta. Los ejecutantes fueron: el concertista Alfredo Napoleón, y los aficionados Santiago Lloveras, Juan Oyuela, Juan del Campillo (hijo), Monguillot, Arturo Condomí y Guillermo Nicholson.

No nos toca á nosotros emitir juicio acerca de las obras musicales de Amancio Alcorta, que fué nuestro abuelo materno; pero sí podemos decir que dichas obras tienen fuerte perfume nacional, á pesar

de la avasalladora influencia rosiniana ; que en ellas ha pasado algo del alma de nuestros viejos payadores; que se encuentran ritmos y giros de los cantos y bailes de los gauchos del interior, por fin, que se advierten cambios de tono análogos á los de las canciones populares, y que están impregnados de honda melancolía, como si fueran un reflejo de la pampa, un recuerdo de su infinita tristeza.

ALBERTO WILLIAMS.

*(Continuará).*

## DOCUMENTOS HISTÓRICOS

---

La siguiente memoria inédita del capitán de navío D. Santiago Liniers, más tarde virrey del Río de la Plata, forma parte de los documentos que hemos extraído del fondo manuscrito de la Biblioteca Nacional y del archivo particular del señor general D. Bartolomé Mitre, como anexos ó piezas justificativas del estudio crítico que, acerca del héroe de la Reconquista, publicaremos en el próximo número. En vista de la diversidad y extensión de dichos anexos, hemos considerado prudente dividir su publicación. No hay, por otra parte, inconveniente alguno en esta división, perteneciendo los números 6 y 7 al mismo tomo de *La Biblioteca*.

REPRESENTACION AL REY NUESTRO SEÑOR POR EL CAPITAN DE NABIO DE LA REAL ARMADA  
D<sup>na</sup> SANTIAGO LINIERS ! SOBRE LAS MISIONES TAPES Y GUARANIS DE LAS QUE SE HALLAVA  
GOVERNADOR INTERINO EN 28 DE JUNIO DE 1804.

*Señor :*

D<sup>na</sup> Santiago Liniers, Cavallero del habito de S<sup>na</sup> Juan, Capitan de Nabio de V. R<sup>ta</sup> Armada, y Governador interino de los Pueblos de *Tapes* y *Guaranis*, puesto á S. R. P. de V. M. con el mayor Respeto dice : Que al momento de entregar el Mando de esta Provincia, despues de haverla tenido serca de Año y medio á su cargo, llega á sus manos vuestra Real Cedula del 17 de Mayo de 1803 á V. Virrey de Buenos-Ayres, sobre el nuevo Regime de Gobierno que á resuelto se es-

tablezca en estas Misiones : quasi al mismo tiempo que el Paternal Amor de V. M. la dictara se hallara, en este Pueblo estendiendo algunas Reflexiones sobre este particular, que tubo la honra de dirigir A. V. R. P. pero reselando que no aygan llegado a tener la dicha de llegar a ello, acompaña un duplicado á la que se refiere añadiendo solo las que le an inspirado, las Beneficas miras de V. M. los nuevos conocimientos locales que á adquirido, y su siempre mas Ardiente Zelo y Patriotismo.

Las Disposiciones de V. M. en nombrar un Governador independiente, y quitar la Administracion General, no pueden ser mas adecuadas para la prosperidad de esta Provincia; pero Señor faltaria a los deveres de un buen Vasallo si le ocultase que los informes dado á V. M. por el Marques Aviles y D<sup>n</sup> Manuel Gaetano Pacheco, sobre la felicidad y progresos de los yndios puestos en Libertad por el primero, son muy distante de la Realidad; esta Libertad parcial, dada por solo las propuestas de los Curas, recayó en general sobre los Naturales menos benemeritos, y quya Carrera por la mayor parte havia sido la Sacristía, ó el Coro, y no á servido mas que á precipitarlos quasi todos á el abandono y los vicios, y á exesperar los que no disfrutaren de esta prerogativa. Muchos de ellos despues de haber consumido el Ganado y socorros que le subministraron sus Pueblos, sin ningun conocimiento de la Agricultura, y acostumbrados á una vida sedentaria se hallaran muy remotos de poder desempeñar la vida activa y laboriosa del Lavrador, ó ombres campestres; se an entregados á los vicios, algunos an emigrado y los mas cuerdos an solicitado ser de nuevo agregados á las comunidades, siendo un infimo numero los que an progresado. Visitando el Departamento de Santiago, Estrañé en el Pueblo de este nombre de ver quasi todo un barrio de Casas sin puertas ni ventanas, y como si ubiesen padecido un saqueo; y Preguntando al Administrador el motivo de una semejante devastacion, me respondió q<sup>e</sup> eran viviendas de los Yndios libres, quienes se hallavan Poblando en los sitios mas remotos y mas solitarios del Distrito del Pueblo, los que se habian llevado furtivamente todo lo que habian podido de las casas que tenian en el.

Yo Señor en el tiempo que estoy viviendo entre estos Yndios, me e dedicado particularmente á estudiar su caracter, yndoles, é inclinaciones, y é notado que sus principios en la Fé son generalmente mui dudosos, y toda exterior, y conservan varias practicas superstisiosas que denotan demasiado su inclinacion á las prácticas del culto de sus antepasados; á pesar del incesante quidado de los Curas en destruirlas, es rarísimo el yndio que menos en el Tiempo del precepto Pascual frecuente los Sacramentos, y aun en este caso sus Pastores Espirituales se hallan en mil apuros para que lo cumplan, no siendo unos de sus menores trabajos tenerlos que instruirlos cada Años en la Doctrina Cristiana, á pesar de que cada Domingos se reza en comun ante de la Misa Paroquial, bien que solo por la Vigilancia y el rigor asisten á ella habiendo tenido, varias veces que hazer en este Pueblo las mas vivas reconvenciones al Cuerpo Municipal, para que remediase este Escandaloso abandono.

Estos Naturales se hallan inclinados y quasi todos entregados al vicio de la Embriaguez de la Luxuria y del urto, y por consiguiente no se puede atribuir a la ignorancia de sus costumbres la serenidad y sosiego con que mueren, en el tránsito de esta vida á la espantosa Eternidad, en que el Cristiano mas fervoroso no esta exento de temores; é notado con espanto la tranquilidad que les acompaña, y la indiferencia con que admiten los socorros que les presenta la caridad Espiritual y Temporal. Al principio de mi llegada en este destino, condolido de ver perecer infinitos de estos infelices, careciendo de Facultativos y de Medicinas, me dediqué con mi Compañera a asistirlos con nuestro personal quidado y el de nuestros criados, suministrandoles los medicamentos de que nos hallaramos provistos p<sup>a</sup> nuestra familia, logrando salvar á varios considerados ya por sin esperanza de vida, pero habiendo necesitado de uzar quasi de la fuerza para hacerlos tomar los remedios; puedo asegurar a V. M. que a varios que conosidamente e sacado de la Sepultura, no les é merecido la menor demostracion de agradecimiento, por este beneficio, y que lejos de haverles inspirado confianza los aciertos de sus curaciones, se me an ócultados los enfermos, preferiendo los remedios de sus Curanderos, sin la menor asistencia, y por consiguiente la muerte a mis quidados.

Una anegdota que los caracteriza es la siguiente. Un Bote navegando por el Rio Parana tubo necesidad de tocar en su Orilla, toda montuosa y sumamente poblada de Tigres, uno de ellos salta en tierra, y se halla hecho presa de una de estas Fieras; reclama el auxilio de sus Compañeros, exclamando q<sup>e</sup> el Animal solo lo tiene agarrado de una pierna, y estos le contestan con la impavides de la Barbarie, por todo socorro: no té dé cuidado que te Agarrará Mejor!

Si a esta sensilla narracion que acabo de hazer á V. M. de las qualidades Morales de estos Yndios añado la de su ninguna Energia y estimulo, pues ¡ qual puede ser la de un yndividuo quya desidia haze la mayor felicidad, que duerme en qualquier parte, va quasi desnudo, come con exceso quando halla que, como sufre la Ambre y las demas necesidades de su precaria existencia de una manera espantosa; y sin ninguna ydea de providad, rectitud ni pundhonor, Roba sin remordimientos, Asesina sin pasion y recibe el Castigo sin verguenza! Podra V. M. por estos rasgos conocer que los que tienen inclinado su Real Animo á librar estos Yndios á su libre arbidrio separando los pocos Españoles que viven entre ellos, carresen del conocimiento práctico que se necesitara para pronunciar sobre tan grave punto, pues no se trata menos que de la suerte de Treinta y dos Mil Vasallos de V. M. solo en los quatro departamentos de *Candelaria, Santiago, Concepcion* y *Yapeyù*, y de vinte y quatro Mil Leguas Cuadradas del mas rico suelo de sus vastos Dominios.

Los Padres expulsos, no solamente mantenian triplicada Populacion, edificaban Pueblos, Colegios, Sumptuosos Templos alajados con la mayor Riqueza, pero en varias necesidades de este continente alistavan muchos millares de soldados bien disciplinados, Armados, Municionados y Montados á costa de los Pueblos,

llevando asta sus viveres y Medesinas. La invidia poca y ilustrada acumulaba á estos Religiosos, el tener minas de oro, y Plata para sobrellevar estos imensos gastos de quoyos cargos por varios comisionados de la Corte se averiguó la falsedad y la Calumnia, habiendo tenido á la vista documentos que lo acreditan ; las verdaderas Minas que le facilitarán estos recursos era la Agricultura. Al momento de la Espulsion se quiso seguir sus maximas, pero aunque las ordenansas que formó D<sup>na</sup> Francisco Bucanelli no pudieron haber sidos mas sabias, para las Elecciones á las Administraciones se consulto mas bien el favor que obtenia que la suficiencia de los sujetos a quienes se confiaron, de alli resultó insensiblemente la degradacion de esta Provincia; pero mayormente el Buitre que ha Roydo asta las Entrañas de estos Pueblos an sido los Administradores Generales quienes en su instituto no deviendo ser y no siendo en efecto mas que unos meros agentes, ó comisionados, sin ningun conocimiento de estas Misiones se ingirieron en su Gobierno, no siendo poco escandalosas las contiendas y persecuciones que tubo que sufrir el Governador D<sup>na</sup> Bruno de Zavala, del Administrador General D<sup>na</sup> Juan Angel Lascano, las que ocuparon los momentos de este buen Vasallo de V. M. y pusieron mas irresistibles travas a sus Beneficas miras para el fomento de la Provincia que le era confiada.

Una prueba Señor del abandono con que an mirados estos Pueblos es el hecho siguiente. Quando á Consultas del Virrey D<sup>na</sup> Juan Bertis se erigio el Colegio de S<sup>na</sup> Carlos de Buenos Ayres el Año de 1782, para las oficinas de este Establecimiento se necesitó algunas parte de los edificios que pertenecian a estas Misiones ; se siguió expediente sobre la materia, y evaluadas las posesiones de los Pueblos 20 000 pesos, se determinó que de este Capital se fundarian diez Becas para los yndividuos de estos Pueblos que se quisiesen dedicar a los Estudios, pero habiendo querido revendicar este derecho el Administrador q<sup>o</sup> lo era entonces del Pueblo de S<sup>na</sup> Miguel D<sup>r</sup> Bartolomé Coronel, para el hijo del Corregidor de otro pueblo no pudo conseguir su execucion, y el Padre tubo que costear la Plaza de su hijo en el Colegio sucediendo lo mismo en el dia a el Corregidor de S<sup>to</sup> Thomé, no quedando duda que a no haverse frustado este Legitimo derecho en los 20 años que tiene esta fundacion, poniendo cinco Años para cada Alumnos deberia haber 40 Naturales instruidos en Gramaticas y Filosofia, civilizados y en estado de propagar virtudes sociales en estas Misiones.

Vuestro Virrey Señor, el Marq<sup>es</sup> de Aviles llegó á apercibir el estado de devastacion y de decadencia en que las depredaciones habian puesto esta Provincia, é informado por sujetos preocupados y sin ningun conocimiento de estas Misiones empesó a dar la libertad a algunos yndios, y propuso á V. M. el nuevo plano de Govierno. Yo Señor por el solo impulso del Amor que le profeso creiera quebrantar los preceptos de la Lealtad con que siempre le é servido si despues de haverle manifestado con este corto bosquejo el carácter de estos Yndios, no le exponia la viva conviccion en que estoy, que por este nuevo sistema, estan perdidas estas Misiones, que antes de pocos años se an vuelto sin habitantes á la vida Barbara de la

que fueron sacados sus antepasados, reuniendose a las Naciones Barbaras que circundan esta Provincia como lo expuse en mi anterior representacion, y que si por un raro acaso no sucediese este gran desastre estos frondosos terrenos no producirian nada á la Monarquia ; y lo peor de todo este anti mural de las provincias del Paraguai, del Tucuman, Corrientes &ª estará imbadida á la hora que se ataque sin la menor resistencia, como lo emos visto con uno de sus mejores Departamentos.

Pero Señor, si lejo de expulsar los Españoles de estos terrenos, se procurase poblarlos de cultivadores industriosos, y activos, a demas de las imensas ventajas que resultaria a V. R. Erario por la multitud de ricas producciones que pondrian en circulacion, se adquiririan defensores en quienes el Patriotismo, tendria el estimulo del interes propio de Defender sus propiedades. Los Yndios bajo los exemplos que tendrian á la vista saldrian de su Barbarie, estimulando con algunas recompensas los casamientos de Españoles con yndias se refundirian una nacion con otra lo que agregado á la enseñanza Pública aria desaparecer el ydioma y las costumbres de estos Naturales, y como sucede en el Paraguai y partido de Corrientes, tal vez la primera ó segunda generacion no produciria ya diferencia entre Yndios, y Españoles.

Ya dije que el territorio de estas Misiones comprende 24 000 Leguas cuadradas de superficie, aunque se quiten 4000 por el espacio que ocupan los Rios, Bañados y Tierras esteriles, y que suponiendo solo quatro Yndividuos por cada familia se hallaran 8000 familias á las que (en la suposición que todas se dedicasen á la Agricultura lo que es meramente imposible) se le repartiese á cada una una Legua quadrada de tierra, resultarian siempre 12 000 vacantes (Doble extension de la ynglaterra que mantiene 5 500 000 habitantes) las que distribuidas á Colonos inteligentes produsirian mas riquezas que las Minas del Potosi ; proposicion que aunque parezca una Paradoxa se puede demostrar y calcular asta la evidencia ; pero sin profundizarla solo me Señiré á decir a V. M. que las Producciones, del Axucar, Algodon, hierba Maté, la Goma, Copal, la sangre de Drago, la Calaguala, el Ruibarbo, el Café, y el Cacao, si se plantase, el Lino que produce singularmente y solo se aprovecha para extraer imperfectamente el Azeite, el *Caraguata* y el *Guambé*, el tabaco — superiores maderas de todas clases para construcciones civiles y Navales, el famoso Bahamo extraido del Arbusto llamado *Aguaribay*, quoyos logros se renueva cada Año, y se va aumentando en rason directa del cultivo, son unas Riquesas infinitamente preferible á los minerales sujetos á tantas contingencias, imensos desembolsos, y quoyos beneficios destruyen la poblacion que aumenta la Agricultura. Un grande Ombre e ylustre Ministro del Augusto Padre de V. M. D<sup>na</sup> Bernardo Ward dice en la pagina 261 de su imortal Obra del proyecto Economico, que se deve dar por mina mas rica del mundo lo que produce la tierra con un buen cultivo.

El Fiscal Protector de Indios de V. R. Audiencia de Buenos Ayres en vista de lo resuelto por V. M. propone entre otras cosas :

1º que se quiten los Administradores particulares de cada Pueblo, substituyendo un Mayordomo en cada departamento que lleve la Cuenta y Rason de las entradas y salidas, Cobros de tributos, pagos de dependientes &ª, visite las Estancias, vigile sobre los cultivos y beneficios de los Proprios.

2º que los Capatazes de las Estancias sean Yndios.

3º que para el Cultivo de los terrenos y Plantaciones que queden á los Pueblos como Proprios para mantener los hospitales y cubrir varios gastos, se empleen los yndios quienes deben alternar en estas faenas gratuitas pª ser para todos.

4º que se vendan por el Administrador general los Bienes Raices que tienen los Pueblos en Buenos-Ayres.

5º que se permita la libertad del comercio sin permitir la permanensia de los Negociantes en los Pueblos, proybiendo la introduccion de las Bevidas Espirituosas.

Al 1º debo decir que solo el defecto de conosimiento topografico de esta Provincia pudo haberle hecho proponer esta disposicion, pues para recorrer las Estancias de este Departamento necesitaria el Mayordomo todo el Año, no habiendo mansion ninguna en ellas pues la de este Pueblo dista 30 Leguas de aqui y de esa a la de Trinidad ay 80, y asi sucesivamente; en el dia que tienen los Administradores la responsabilidad de un solo Pueblo, no pueden dar cumplimiento á los diferentes ramos de la vigilancia sobre la Agricultura, y Estancias, y la Cuenta y Rason de sus Administraciones. considero que lejo de quitar los Administradores o bien sea Mayor Domos de los Pueblos, se deben nombrar segundos con titulos de Tenedores de Libros, quienes se queden hechos cargos del Pueblo en ausencia y enfermedades del Mayordomo. Los Maestros de Esquelas Españolas habian suplido esta falta, aunque padesiese entonses la enseñansa, pero por órden del Marqués Aviles, alusinado por siniestros informes, y bajo el aspecto de una mal entendida Economia, en Providencia del 19 de Marzo de 1801 circulada en Ocho de Abril del mismo Año manda se substituiian Yndios ydoneos á estos, siendo bien reparable que se hiziese eleccion de Yndios Guaranis para enseñar el idioma Castellana y inspirar virtudes Morales á los Alumnos sus Compatriotas.

A lo 2º digo que la felicidad y prosperidad de un Pueblo depende de la direccion de la Estancia, que à de proveer no solamente la subsistencia pero todos los recursos para la Agricultura, Cria de Bueyes de Cavallos Mulas &ª comision que exige una inteligencia, una integridad una vigilancia y unos conocimientos nada vulgares, y por quio desempeño se debe buscar siempre sujetos á proposito, sin reparar en Salarios pues de el depende la Ruina, ó la prosperidad de un Pueblo. Y siendo de notoriedad que ningun Yndio tiene estas qualidades me parece que la prudencia no permite ponerse en la contingencia de experimentarlo.

A la 3ª digo que seria un gravamen insufrible para los yndios el tener que dejar sus faenas, ó sus oficios para atender al cultivo de las fincas del Pueblo, y seria encurir en lo mismo que se quiere precaber en concederle la Libertad,

siendo mucho mas Equitativo que el Pueblo tome jornaleros asalariados pagados de los fondos publicos.

A la 4<sup>a</sup> se deja ver que vendidos los bienes de Comunidad por el Administrador General resulta una quiebra del ocho por ciento que habrán de padecer los Pueblos por los derechos de dicho Administrador. pudiendo aorarsele con que estas rentas se agan por la Contaduria de la provincia, pues bajo el infimo avaluo de 100,000 pesos a que se puede graduar el importe de las expresadas fincas, serian 8,000 pesos de menos Cabos para los Pueblos.

Y a la 5<sup>a</sup> digo que quitar a los Comerciantes establecimientos fijos en los Pueblos, es privar a estos unos consumidores, y á aquellos ponerles unas travas para sus negociaciones, pues en un pays donde circula poco numerario y quasi todas las ventas se hazen á cange de frutos, el Mercader fia para ser pagado después de la Cosecha, y por este credito facilita las operaciones de la agricultura, luego lejo de ser perjudicial la permanencia de los Comerciantes en los Pueblos, de ella depende su fomento. En quanto á la proybision de la introducción de las Bebidas resultan doz Daños, el uno que se introdusen por contrabando perdiendo V. M. Sus Reales derechos, y el segundo que las ventas clandestínas que se hasen de ellas son con la mas excesiba uzura, no contentandose la Codisia con venderlas quatro y cinco veces su valor, pero adulterandolas con materias Corrosibas que supere el grado de fortaleza que debiéra tener haciendo por este Criminal abuso aun mas perjudicial su uso a estos infelices Naturales. Si al contrario ubieses Casas Publicas de Bevidas como en los demas Pueblos Españoles, sujetos á Aranseles, y a la inmediata inspeccion de la Justicia todos estos Daños se quitarian y tendria el vicio de la Embriagues, el Estimulo menos de la Privasion.

Ultimamente Señor, conosco que nada es mas digno de admiracion que la Real determinacion de V. M. en punto a la libertad que quiere conceder a estos infelices Vasallos para que pucdan disfrutar de las misma ventajas que las demas que tienen la felicidad de serlo de un tan Piadoso Monarca, pero siendo evidente que el Real Animo de V. M. es de hazerlos felices, y no precipitarlos a su total ruina, con la mayor confianza levanto mi debil voz hasta su Trono para repetirle que si se le concede á estos yndios la Libertad y se les distribuiese todas las Rentas de esta Provincia excluyendo de ella los Españoles, ó no tengo conosimiento de los ombres y e perdido todo el tiempo que e dedicado a estudiar estos Naturales y adquirir tal qual ylustraciones, o se pierden estas Misiones, deviendose necesariamente para sacar de ella las incalculables ventajas que prometen, tratar de Poblarlas como Arriba expresé, y entonces teniendo los yndios modelos que imitar en la industria, economia y vida social, quien consume los productos de sus chacras, unico cultivo que entienden, quien emplease y asalariase el gran numero sin energia ni conocimientos para ser propietario y les asegurase siempre su subsistencia y los medios de pagar sus tributos, entonces deselee enorabuena la Liberad y se á cumplido su supremo deseo en mejorar la suerte de estos Yndios.

Estas Reflexiones Señor, que el mas puro zelo y desinteres me an Estimulado a dirigirles, sabra la Sabia penetracion de V. M. apreciarla dissimulando la imperfeccion de mi modo de expresarlas, atendiendo solo al Amor, fidelidad y Patriotismo que me an inspirado, no cesando de Clamar al Todo Poderoso p<sup>a</sup> la prosperidad y dilatado Reinado de V. M.

Pueblo de Candelaria 6 de Julio de 1804.

A. L. R. P. de V. M.

SANT<sup>o</sup> LIN<sup>rs</sup>.

## BOLETÍN BIBLIOGRÁFICO

---

Los Raros, por RUBÉN DARÍO

El autor de esta hagiografía literaria es un joven poeta centroamericano que llegó á Buenos-Aires, hace tres años,

*Riche de ses seuls yeux tranquilles,*

como canta al Gaspard Hauser de Verlaine, trayéndonos, *viâ* Panamá, la buena nueva del « decadentismo » francés. Pero, si la iniciación no ha venido por itinerario muy directo, justo es celebrar la conciencia del iniciador. En cuanto á su talento revestido de modestia, es tan indiscutible, — bien lo saben los lectores de *La Biblioteca*, — que, contra mi costumbre, me tomaré el cuidado un tanto subalterno de deplorar su presente despilfarro, en una tentativa que reputo triplemente vana y estéril: en sí misma, por la lengua en que se formula, por el público á que se dirige. Á riesgo de alargar esta noticia, con detrimento de otras publicaciones recientes, presentaré á este respecto algunas observaciones provisionales y someras. Puede que interesen á algunos decadentes en botón, que se dice han brotado en el surco del señor Darío.

Ante todo, le alabaré porque vive de poesía, despreocupado de cuanto no sea el arte sagrado y su culto ideal. Como el ave y el lirio del Evangelio, él no hila ni siembra, pero es la verdad que « Salomón en su gloria » no es más esplendoroso que su ilusión. Ha elegido la mejor parte. Después de soñar, lo mejor de la vida es recordar su sueño; ya es menos sabio acosar al misterio, dirigiendo á la eterna Isis velada, preguntas indiscretas que no contestará...

Vagaba, pues, el señor Darío por esas libres veredas del arte, cuando por mala fortuna vino á las manos un tomo de Verlaine, probablemente el más peligroso, el más exquisito : *Sagesse*. Mordió en esa fruta prohibida que, por cierto, tiene en su parte buena el sabor delicioso y único de esos pocos granos de uva que se conservan sanos, en medio de un racimo podrido. El filtro operó plenamente, en quien no tenía la inmunidad relativa de la raza ni la vacuna de la crítica ; y sucedió que, perdiendo á su influjo el claro discernimiento artístico, el « sugestionado » llegase á absorber con igual fruición las mejores y las peores elaboraciones del barrio Latino. Un crítico naturalista evocaría, con este motivo, símiles ingratos : v. gr. : la imagen de esos dipsómanos cuya embriaguez, comenzada con el vino generoso y fino, remata en el petróleo de la lámpara. Tan es así que, en esta reunión intérope de *Los Raros*, altas individualidades como Leconte de Lisle, Ibsen, Poe y el mismo Verlaine, respiran el mismo incienso y se codean con los Bloy, d'Esparbès, la histérica Rachilde y otros *ratés* aún más innominados.

Tenemos ahora al señor Darío convertido en heraldo de pseudo-talentos decadentes, simbólicos, estetas — epítetos todos que nunca aceptaron Verlaine ni Régnier, y que, en el fondo, significan un achaque muy antiguo : la necesidad que tienen las medianías de singularizarse para distinguirse. Para sobresalir entre la muchedumbre, al gigante le basta erguirse; los enanos han menester abigarrarse y prodigar los gestos estrepitosos. Por eso ostentan la originalidad, ausente de la idea, en las tapas de sus delgados libritos, procurando efectos de iluminación y tipografía, á manera de los cigarreros y perfumistas, y que bastarían á caracterizar lo frívolo é infantil de la pretendida evolución. — Á este propósito, séame lícito reprochar al señor Darío las pequeñas « rarezas » tipográficas de su volumen, indignas de su inteligencia. Aquel rebuscamiento en el tipo y la carátula es tanto más displicente, cuanto que contrasta con el abandono real de la impresión : abundan las incorrecciones, las citas cojas, — hasta del caro Verlaine — las erratas chocantes, sobre todo en

francés. Créame el distinguido escritor : lo *raro* de un libro americano no es estar impreso en bastardilla, sino traer un texto irreprochable. Bien sé que los folletos del cenáculo, la *Revue Blanche*, la *Plume* y el *MERCURE* incurren en estas niñerías — pero siquiera vienen atenuadas por el escrúpulo de la corrección literal...

Lo peor del caso presente, lo repito, es que el autor de *Los Raros* celebra la grandeza de sus mirmidones con una sinceridad afligente, y ha llegado á imitarlos en castellano con desesperante perfección. Es lo que me mueve á dirigirle estas observaciones, cuyo acento afectuoso no se le escapará.

Pido á la suprema Justicia—que espero sea la suprema Lógica,— que, al llegar alguna vez la inevitable decadencia, me ahorre el dolor de verla producirse, en lo físico por la sordera, en lo intelectual, por el odio á la novedad, — lo que se llama *misoneismo* en la nueva jerga antropológica. No quiera Dios que, por ininteligencia y flaqueza mental, quede extraño á cualquiera manifestación del espíritu, ya sea en arte, ciencia, filosofía ó simplemente moda fugaz!

Según la magnífica palabra que á Virgilio atribuye un escoliasta, quiero «cansarme de todo, excepto de comprender». — Envejecer como Renan ó Taine, no es envejecer: es ganar años, es decir, experiencia, saber, indulgencia, amplitud del campo visual. Humilde alumno de tan grandes maestros, me doy el testimonio, en mi esfera limitada, de no haber dejado pasar hasta ahora una innovación artística, desde Wagner hasta Ruskin y Moréas, una tentativa científica, desde el evolucionismo hasta la novísima telepatía, sin informarme de ellas con simpatía, procurando entenderlas sin prevención hostil.

He seguido con interés el nuevo ensayo de renovación literaria, no sólo en Francia, sino en Inglaterra, donde, con Ruskin y Rossetti, ha tenido sin duda mayor alcance y verdadera significación. Por otra parte, no era en mí esfuerzo grande, habiendo sido del gremio en mis mocedades y guardando el recuerdo de los antiguos fervores.

La primera superioridad del « preraphaelismo » ó espiritualismo inglés, es que se ha afirmado con obras ; la segunda, que se ha preocupado mucho menos de los detalles exteriores que de la esencia artística. La reacción poética se ha producido allí alrededor del gran Shelley, en lugar de ser, como entre nosotros, una mezquina reacción de estilo y sobre todo de métrica, contra el macizo naturalismo y la impasibilidad plástica de los parnasianos. Además, lo repito, la escuela inglesa ha dado á luz obras maestras. En Francia, el simbolismo y sus adyacencias se han limitado á teorías soberbias, y tentativas impotentes en la realización. Nuestros renovadores representan, en conjunto, á un wagnerismo que se hubiera limitado á los diez tomos de crítica de Wagner, sin que los gérmenes estéticos florecieran magníficamente en dramas líricos inmortales. Lo único viable en el nuevo simbolismo francés — ó no es nuevo, ó no es simbólico. Verlaine es un parnasiano convertido, cuyos pocos versos realmente admirables — un centenar, que todas las antologías repiten — están vaciados en el molde de Hugo ó Banville : podrían ser de un Coppée más ingenuo y angustiado, que levantara el lamentable *De profundis* de su miseria. Lo propio diríamos de Vielé-Griffin, La Tailhède, Régnier, Wyzéwa y otros, presentes ó futuros colaboradores de la *Revue des Deux Mondes*. El mismo Moréas, en sus remedos shaksperianos, no levanta el laborioso vuelo sino en algunas baladas de estilo y giro popular, que nada tienen de decadente ni simbólico. Por fin, el apocalíptico Mallarmé ha necesitado tornarse incomprendible, para dejar de ser abiertamente mediocre : su esoterismo verbal es el cerrado secreto de un arca vacía.

¿ Significa ello que la literatura de *tout à l'heure*, que ya trae veinte años de gestación, nada se proponga en su vago tanteo, y que la idea esencial, el anhelo estético sea completamente responsable del malogro efectivo ? En otros términos ¿ serán inútiles las tentativas actuales para el gran poeta futuro, ya que presente no le hay ? De ningún modo. El empuje instintivo que se siente debajo de tanta

fórmula grotescamente expresada, bajo tanto jeroglífico pretencioso y vacío, tiende á enriquecer la poesía francesa con el elemento septentrional que le faltaba : el sentido del vago misterio y del indeciso matiz, que *sugiere*, con su balbuceo casi inarticulado, impresiones más intensas y profundas que el verbo preciso. Citaré, como ejemplo, en lugar de tal ó cual estancia sabida de memoria, sólo dos versos de un soneto de Verlaine (1) :

*Quand Maintenon jetait sur la France ravie  
L'ombre douce et la paix de ses coiffes de lin...*

El segundo verso es de incomparable belleza por su potencia infinita de evocación. Pero, notad que el efecto se ha conseguido con el giro más claro y las palabras más sencillas. Ningún rebuscamiento, ninguna obscuridad en la expresión : el « simbolismo » está todo en la imagen.

Sabido es que el principal esfuerzo de la presente innovación se encamina á transformar el ritmo poético. También es esta tentativa laudable y necesaria, pero ha fracasado generalmente en la realización, por no tener los jóvenes escritores franceses ideas exactas acerca de la rítmica. Sobre todo, ignoran profundamente el tecnicismo de las versificaciones extranjeras. Nos criamos allá midiendo teóricamente versos latinos y griegos, sin tener en el oído el acento prosódico ni pronunciar jamás en realidad un dáctilo ó un anapesto. De ahí, la confusión y contradicción de los nuevos ritmos decadentes. Los novadores franceses — *fruits secs* universitarios, en su mayoría — sólo toman en cuenta la cantidad silábica y el consonante ; de suerte que, con dislocar el verso antiguo ó enhebrar renglones asonantados de diez ó más sílabas, quedan persuadidos de haber escrito decasílabos ú otros versos perfectos. No han pasado de esa prosa poética, con aliteraciones y asonancias, que horripilaba á Flaubert, y que se parece al verso cantante y rítmico como un murciélago á un ruiseñor. Citaré una muestra de esta última medida —

(1) *Sagesse*, I, IX.

decasílabo de los españoles ó enneasílabo de los franceses — por ser una de las innovaciones más conocidas de Verlaine.

El decasílabo — que en español se usa principalmente para las odas cantadas ó himnos patrióticos (aunque comiencen tan malamente como el argentino), — no puede ser medido sino de dos maneras: por una cesura mediana, como en la oda de Moratín (*Id en las alas — del raudó céfiro*), en cuyo caso se descompone en dos pentasílabos; ó bien haciéndolo ternario, con tres acentos tónicos, según el ritmo habitual (*Con sus a-las brillan-tes cubrió*). Fuera de ello no hay verso, y mucho menos si se mezclan y confunden, como hacen los decadentes, ambas combinaciones, con otras que sólo obedecen al cómputo de las sílabas, haciendo caso omiso de voces graves ó agudas. En el libro de Souza — *Le Rythme poétique* — después de disertar doctamente el autor, de ritmos y versos nuevos, nos da una muestra de decasílabos (enneasílabo francés) que incurren en dicha confusión:

*Elle captive — en ses basiliques*  
*Notre brûlante — dévotion...*

• Es seguro que si el segundo verso está bien medido, el primero es falso. Lo propio acontece en la famosa pieza de Verlaine, *Art poétique*, que el señor Darío ha citado alguna vez. Ejemplo:

*Oh! la nuance — seule fiancée...*

después y antes de dividir el verso en hemistiquios desiguales:

*Pas la couleur — rien que la nuance...*

Por vía de *intermezzo*, y también para mostrar que no me meto de rondón en estas teologías, diréle al autor de los *Raros* que, en otros tiempos mejores y muy poco decadentes, me preocupé de métrica, procurando adaptar al francés algunos ritmos castellanos. Encuentro en mis viejos cuadernos de apuntes una pieza en decasílabos, exactamente ritmada á la española y que, á este respecto, seguramente

no tiene equivalente en francés : permítaseme citar la primera estrofa, que podría ser cantada con la música de Parera :

*Le Passé ! C'est la voile incertaine  
Qui s'efface au brumeux horizon;  
C'est l'appel de la fête lointaine  
Qu'on écoute au fond d'une prison:  
La caresse, on ne sait d'où venue,  
D'une voix jadis chère et connue...*

Con estos ejemplos, que me es fuerza abreviar, quise mostrar al señor Darío que la tentativa decadente ó simbólica, si bien plausible en su principio, se ha malogrado en la aplicación, ya se trate de la rítmica, ya del estilo mismo, en que la obscuridad, la *darkness visible* de Milton, no encubre las más de las veces sino vaciedad é impotencia. En cuanto á la prosa decadente, novela ó crítica, no existe como manifestación perceptible, para los contemporáneos y admiradores de Flaubert y Taine, de Renan y Veuillot — éste, uno de los mayores escritores del siglo — de France y Maupassant, y hasta de Barrès.

Dado ese resultado mediocre del decadentismo francés, es permitido preguntarse : ¿qué podría valer su brusca inoculación á la literatura española, que no ha sufrido las diez evoluciones anteriores de la francesa, y vive todavía poco menos que de imitaciones y reflejos, ya propios, ya extraños? Y, finalmente, faltaría después averiguar si la imitación del neo-bizantinismo europeo puede entrañar promesa alguna para el arte nuevo americano, cuya poesía tiene que ser, como la de Whitman, la expresión viva y potente de un mundo virgen, y arrancar de las entrañas populares, para no tornarse la remedada cavatina de un histrión. El arte americano será original — ó no será. ¿Piensa el señor Darío que su literatura alcanzará dicha virtud con ser el eco servil de rapsodias parisienses, y tomar por divisa la pregunta ingenua de un personaje de Coppée :

*Qui pourrais-je imiter pour être original?*

P. G.